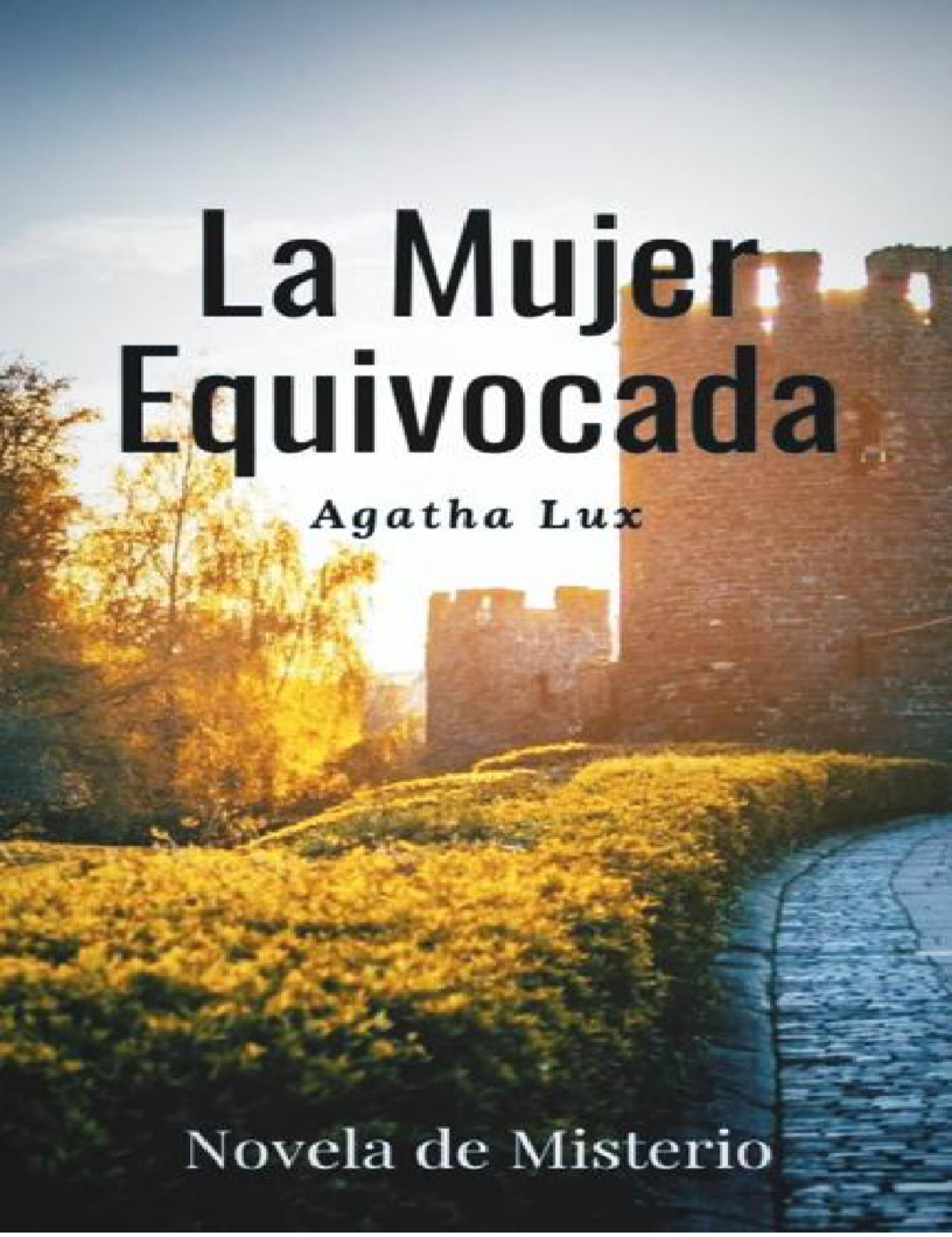
La Mujer Equivocada
Agatha Lux
Novela de Misterio

CAPITULO I

Sobre el comedor, se ha dispuesto pan tostado, mermelada y algunos pastelillos de manzana, que son los preferidos de la dueña de casa. En el centro de la mesa, destaca un gran florero con azucenas, recién cortadas del jardín. Eleanor Grant, está sentada en la gran mesa de ébano del hogar de su familia. Viste una blusa de seda color verde menta, que es su color favorito, decorado en el cuello con un camafeo negro con brillantes, que realzan la elegancia de su vestimenta. Su cabello oscuro, contrasta con el verde de sus ojos. Hija de un comandante de la Armada, dedica su tiempo a los comadreos locales y a la crianza de sus hijos. El mayor está educándose internado en la ciudad; la pequeña acompaña a su madre en sus quehaceres diarios.

Su esposo Richard, la acompaña, mientras lee el periódico matutino. Ambos rondan los cuarenta años, viven en la localidad desde que el hombre se hizo cargo de los pacientes del antiguo doctor Ross, que se retiró por causa de su edad. Es el médico más reconocido de los alrededores y las señoras lo prefieren, por ser muy amable, preocupado y bastante guapo.

—No deberíamos ir esta noche. Hace demasiado frío— declaró la mujer— Además, Chelsea aún no se repone de su gripe y quisiera quedarme con ella.
—Si no quieres, no me acompañes—dijo su esposo, tomando su mano — Yo debo ir de todas maneras. Montgomery me pidió que revise a su prima, que ha estado quejándose de molestias y no tengo tiempo durante el día de visitarla. Así aprovecho de hacerlo y como algunos bocadillos— añadió sonriendo.
—Iría solamente por comer esos bocadillos. La cocinera de los Montgomery es una maravilla— manifestó Eleanor— Ojalá Helen cocinara así y no fuera tan entrometida. Tengo que regañarla siempre que se pone a chismorrear con sus amigas.
—No te quejes. Esta muchacha cocina bastante bien. Por lo menos no nos enfermamos. Aunque sería mejor si cocinaras tú.
—Olvídalo, sabes que no me gusta meterme en la cocina— declaró ella haciendo un gesto de contrariedad.
—Cuando recién nos casamos me cocinabas— afirmó el doctor.
—Era una niña romántica. Lo hacía por complacerte— señaló mirándolo con sus ojos verdes que desaparecían al sonreir.
—¿Ya no te interesa complacerme?
—Puedo hacerlo de otras formas— contestó ella con picardía.

El doctor Grant se bebió el último sorbo de su café y tratando de

ordenar el periódico que estaba leyendo, dejó la servilleta sobre la mesa. Eleanor se puso de pie para ayudar a su esposo con su chaqueta y le arregló el pañuelo que usaba en el bolsillo. El le dio un beso de despedida y tomó su maletín, saliendo de la habitación rumbo a la calle.

Hudson, un pueblo de pocos habitantes, se caracteriza porque en su avenida principal se encuentra el gran mercado y porque en los alrededores lucen variados castillos que son el deleite de los turistas. Gracias a Dios no se han visto inundados de ellos, pero siempre aparece algún forastero en la región, que es fácilmente reconocible, ya que los residentes en general son gente de antiguas familias que han permanecido por décadas en la zona. Prácticamente todos se conocen y si no, han escuchado hablar unos de otros.

Cuando su esposo dejó la casa, Eleanor subió a ver a su hija, que hacía reposo en cama por indicación de su padre. La niña estuvo resfriada algunos días, pero ya tenía mucho mejor ánimo y no tenía síntomas. La mujer la estaba usando de excusa, porque rehuía las fiestas en casas de gente elegante. Ella era una mujer sencilla, que disfrutaba más en reuniones familiares o con sus amigas, con las que se reunía muy seguido en casa de una u otra.

CAPITULO II

La parroquia de Hudson, es una obra de arte. Emplazada en el centro del pueblo domina la calle principal. Un edificio de forma cuadrada con una nave central y dos laterales, decorado con vitrales amarillos, verdes y rojos en la parte trasera y vidrios de color azul y celeste en las paredes de los costados, que representan la figura de los apóstoles. El altar luce en su pared posterior una ojiva, en cuyo interior se refleja, también con un bello trabajo vitral, la figura de Jesús, a la que se dirigen todas las miradas.

El párroco, Jacob Murphy y su esposa Olive son una autoridad en la región. Ella como buena esposa de un hombre piadoso, cumple la misión de guiar a las almas de sus vecinos por el camino de la armonía familiar. Algunos la califican como una mujer entrometida, pero ella sólo busca colaborar.

Olive Murphy es una mujer de edad indeterminada entre los cuarenta y los cincuenta años, robusta, a pesar de que trata de no subir de peso y se cuida en demasía para lograrlo. Se preocupa de su apariencia

como cualquier mujer, sus trajes son sencillos, usa lentes de montura gruesa para leer, los que siempre lleva colgando desde una cadena dorada sobre su pecho, pues su vista ha desmejorado en los últimos años, pero desde lejos tiene una visión excelente. Su pelo dorado, en el que relucen algunas canas, le da un aire muy señorial y siempre lo lleva atado en un moño a la altura de la nuca. Tiene unos hermosos ojos oscuros, mirada astuta, que asusta a quienes la enfrentan, pues da la sensación de que pareciera poder leer en sus mentes. Es cálida, fue hermosa en su juventud y es una apasionada jardinera, aunque las labores de la iglesia no le permiten dedicarse a esa tarea tanto como quisiera.

—Hoy me retrasaré para el almuerzo, cariño. Tengo que reunirme con el profesor Samuels, que desea revisar unos registros de la Iglesia.
—Te esperaremos, Jacob— manifestó su esposa muy comprensiva— tenemos un guiso de berenjenas que se puede recalentar cuando sea necesario. ¡Qué bueno que me avisas!, entonces no me apuro. Tengo que plantar unos bulbos que me ha regalado Eleanor, así lo hago temprano. Recuerda que esta tarde tenemos que asistir a Willow Manor.
—Tienes razón. Lo olvidé por completo.
—Querido, para eso me tienes. Yo me preocupo de lo terrenal para que tu espíritu se despliegue.
—No sé si lo dices para burlarte o estás hablando en serio, querida— declaró el hombre mirándola con suspicacia.
—Lo digo en serio, cariño— aclaró en seguida— Jamás me burlaría de ti.
—Claro— dijo el con ironía— Jamás te burlarías de mí. Déjame recordarte aquella vez que me dejaste creer que Violet estaba embarazada…a sus años.
—Bueno, tú te confundiste. No era ese tipo de embarazo que tú pensabas.
—Tú me dejaste seguir confundido, hasta que hice el ridículo, preguntándole por su estado. Mi hermana todavía se burla de mí cuando lo recuerda.
—Violet es muy bromista. Ella sí que gusta de burlarse de ti, cariño— señaló tomando su labor y guardándola en un canasto.
—Debo irme. Me entró apetito por esas berenjenas que me dices. Trataré de retrasarme lo menos posible.

Jacob Murphy era un hombre grande, con un estómago abultado, por su gusto por la buena mesa. Siempre aceptaba las invitaciones de sus feligreses, sobre todo si eran del Castillo. Ahí se comía bien y se bebía licores de buena calidad. Esa noche, era la celebración del cumpleaños

de Elliot Montgomery, el acaudalado dueño de la propiedad y había que hacer los honores a ese banquete. Era una obligación para el párroco del pueblo asistir a esas ceremonias y él lo hacía con mucho gusto.

CAPITULO III

En el mercado del pueblo, Jessica Montgomery, recorría los puestos, para pasar el tiempo. No había nada interesante que hacer en el castillo. Su padre era un hombre cariñoso y preocupado, pero todo el mundo en casa era gente de mayor edad. Stella, la mujer de su padre, era una mujer intelectual y preocupada de agradarlo, aunque ambas se llevaban bien. Su tía Bridget, una mujer muy mayor, prima de su madre, que había llegado a vivir con ellos unos meses antes, era adorable, pero tenía mala salud, por lo que siempre estaba recluida en casa. En aquel pueblo no había mucha gente joven, alternaba sólo con un par de amigas. Ella tenía veinticuatro años y necesitaba diversión, lo que escaseaba en aquel lugar.

Por lo menos esa noche en casa, habría celebración y conociendo a su padre, sería una velada muy entretenida. Por suerte, en la casa habitaba un joven, guapo y muy amable, que la admiraba y probablemente esa noche pudiera alentarlo a declarar sus sentimientos. Ella estaba segura que Ralph Williams estaba interesado. Ella también lo estaba. Lamentablemente siendo sólo el secretario de un hombre importante no podía aspirar a mucho, pero ella tampoco esperaba tanto. El muchacho era abogado, inteligente, guapo y ambos eran jóvenes. Si su padre lo ayudaba, podía tener futuro en la política, pues el señor Montgomery toda su vida se codeó con gente de los Ministerios y del Parlamento.

Jessica era alta y delgada. Su falda ajustada al cuerpo y larga no dejaba ver sus lindas piernas, pero bajo ella se asomaban unas pantorrillas muy bien formadas. Su cabello rubio lo llevaba atado en una cola de caballo.

Ya estaba cansada de caminar mirando frutas, artesanías y comestibles. Sus pies la estaban torturando. Casualmente en ese momento, el auto de su padre aparecía volteando la esquina. Hizo una seña para que se detuviera.

—Hija, ¿qué haces por acá? — preguntó el caballero, sacando su cabeza por la ventana del carro.

—Nada. Paseando. ¿Vas a casa?
—Tenía que ir al correo, pero estoy cambiando de opinión. Mejor regreso—dijo haciendo lugar para que la muchacha se subiera al vehículo— Jackson retornemos a casa— ordenó al chofer que esperaba instrucciones.

El vehículo tomó rumbo al castillo Montgomery, que la gente conocía como Willow Manor. Una edificación preciosa con casi dos siglos de historia, construido en 1779. Contaba con doce habitaciones y diez hectáreas de parques y terrenos aledaños. El acceso principal lucía repleto de flores y enredaderas, formando un semicírculo en cuyo centro se ubicaba una fuente de agua majestuosa.
—¿A qué ibas al correo? — preguntó la chica.
—Me iba a llegar una encomienda que pedí desde la ciudad, un envío de un amigo, pero no es nada urgente. Mañana puede venir Jackson a buscarla— señaló mirando por la ventana— El tiempo se está descomponiendo, creo que tendremos lluvia.
—Qué pena. No me gustan las noches de lluvia— dijo la chiquilla, tomando el brazo de su padre— ¿Vas a bailar conmigo esta noche?
—Claro, hija. Si es que los invitados no te acaparan.
—No creo que el párroco o el señor Rice, sean muy buenos bailarines — bromeó la chica, pensando en los dos caballeros, que no le parecían divertidos.
—Este amigo Rice, ha sido un aventurero. Hombre de safaris y un mujeriego cuando era un jovencito. Tiene muchas historias de arriesgadas travesías que ha realizado por todo el mundo. Vivió en Africa y en América del Sur. Es un gran contador de historias.
—Tú te entretienes escuchando sus historias— aclaró la muchacha, que no encontraba interesante las historias de juventud de un veterano.

Demoraron bastante en llegar al castillo. El camino estaba despejado, pero a su padre no le gustaba correr. Jessica disfrutaba con el olor de los magnolios que impregnaban el camino de entrada. La fuente del centro del parque lanzaba agua en espesos chorros y al pasar cerca de ella era imposible no quedar con la ropa húmeda, pero a ella le gustaba la sensación y siempre que podía se acercaba a la hermosa fuente con forma circular, que en el centro tenía la figura de unos gansos. En la noche cubierta de luces iba a lucir increíble.

Willow Manor era un edificio de corte rectangular, cuyos extremos se curvaban formando un semicírculo, que albergaba a un antejardín en el que los arbustos, a los que se daba forma gracias a un buen servicio de jardineros, ocultaban parte de una fuente grandiosa. Al fondo del

terreno posterior al castillo, se encontraba una pequeña laguna y alrededor algunos árboles que se mecían con el viento y cuyas ramas parecían tocar la superficie del agua. Esos enormes árboles daban nombre actualmente a la casa. Sauces longevos, algunos con más de cien años y el más alto casi llegaba a tener diez metros. Antiguamente se conoció como el Castillo de las torres, pues sus zonas altas tenían almenas en los muros y una imponente atalaya o también se denominaba, por la gente del pueblo como la Casa Montgomery.

El castillo era de piedra y la puerta principal se localizaba luego de subir algunos escalones de piedra también. La gran puerta de madera y hierro, con decorados florales, parecía pesar toneladas. En ese momento estaba entornada. De repente, alguien se asomó desde el interior.

—Elliot, que bueno que regresaste— dijo la mujer pelirroja, alta y delgada que se apareció tras la puerta entreabierta— No ha llegado el vino que encargaste. Creo que es mejor que llames al distribuidor. Yo lo intenté, pero el hombre no me está dando ninguna respuesta.
—No te preocupes, querida— respondió siguiendo a su esposa— Yo lo solucionaré en seguida. Smith no va a querer enemistarse conmigo. Harto vino y licores se compran en esta casa. Debería ser más condescendiente. Soy su mejor cliente.
—Tú lo vas a solucionar— afirmó la mujer— A ti no te va a negar nada. Yo ya discutí con él en todos los tonos, pero él no se entiende con mujeres— señaló Stella indignada— ¡que se habrá creído!
—No sabe con quién está hablando, querida. Debiste ponerlo en su lugar.
—Eso hice. Espero que no esté muy disgustado y nos vaya a dejar sin vino para esta noche.
—Por favor, pide que vayan a buscar a Williams, voy a solucionar esto en seguida.
—Gracias. Eres un Sol— señaló la mujer, haciendo un gesto al mayordomo que se había aparecido por la sala, pidiéndole que se acercara— Spencer, por favor, traiga un trago para el señor y me sirve un café, se está poniendo fresco el día… y dígale a Williams que el señor lo necesita en su despacho.
—En seguida, señora— expresó el hombre, caminando lentamente hacia el interior y dirigiéndose al escritorio para preparar el trago.
—Jessica, no te ofrecí nada— dijo hablando recién a la muchacha que estuvo en todo momento a su lado, mientras conversaba con su esposo.
—No te preocupes, Stella. Voy a la cocina a buscar algo para el frío. Prefiero un chocolate y me voy a buscar un chaleco más grueso.

Parece que va a comenzar a llover muy luego.
—Que bueno que la fiesta la vamos a hacer dentro de la casa. Elliot quería hacerla en los jardines, pero lo convencimos con Williams de que era una mala idea. Tuvimos razón.
—Tú siempre tienes razón, querida— dijo la chica saliendo a visitar a la cocinera.

Jessica y su madrastra tenían una relación amistosa. Conocía a Stella desde hacía tiempo, pues fue la secretaria de su padre por muchos años. Su madre los dejó cuando ella tenía doce años, yéndose a vivir a Francia y rehaciendo su vida. La muchacha comprendió de manera precoz cómo era su progenitora, por lo que no le causó un gran trauma el abandono. Nunca fue una madre presente. En cambio, Stella era una mujer hogareña y se notaba que quería a su padre. Era bastante menor que él, pero Elliot Montgomery, a pesar de sus cincuenta y dos años aún tenía un encanto y un atractivo masculino muy potente. Tenía su pelo rubio plagado de canas, que le daban un aspecto muy interesante.

Stella era una esposa celosa y muy atenta a las mujeres que rondaban a su marido, pues aunque estaba retirado del mundo político, aún participaba de muchas organizaciones y era muy requerido en acontecimientos sociales. Ella había insistido, al transformarse en la nueva señora Montgomery, en que su marido sólo contratara secretarios. No iba a correr el riesgo de tener una mujer cerca de él permanentemente. Desde hacía algunos meses, estaba trabajando en casa Ralph Williams, un muchacho que le recomendó un amigo, pues su anterior secretario, Gibbons, tuvo algunos problemas de salud y tuvo que retirarse.

Luego de colgar el aparato, Elliot volvió al comedor, en donde su esposa le aguardaba con su trago en la mano.

—Querido, toma tu whisky— dijo entregándole el vaso con el licor ambarino.
—Gracias, cariño. Todo arreglado, Smith traerá el vino en cuanto regrese su camión de reparto. Fue un malentendido.
—Malentendido…Yo entendí perfectamente que no quería traer el vino— reclamó Stella.
—No seas rencorosa, amor. Ya está solucionado.

Caminaron del brazo hasta el interior de la sala de estar y avanzaron hasta el salón, en el que los mozos estaban ordenando todo para la celebración de esa noche.

—Con todo el alboroto no te conté…
—¿Qué pasó? — preguntó el caballero, esperando otro problema.
—Rachel Cook, llegó hace un rato. La señora Page la instaló en el cuarto que da a la laguna.
—Que bien. Es una gran artista. Mi hermana Margot me pidió que tuviéramos gran consideración con ella.
—¿Y por qué tanto interés? — preguntó su mujer.
—Es que sus pinturas son muy apetecidas. Te imaginas que nos retratara a los dos— dijo el hombre mirando a su esposa, que le devolvió la mirada con cara de duda.
—Cómo crees. Eso ya no se usa— señaló Stella, que no gustaba de esos snobismos.
—¿Y cómo es la señorita Cook?
—Debe tener mi edad, no es guapa, pero tiene mucho encanto. Pensé que la conocías.
—No, para nada. Williams se preocupó de todo, los pasajes del tren y todas las coordinaciones. Ella quería conocer la casa, pues Margot le comentó de la belleza del castillo.
—Este castillo es señorial. Creo que deberíamos cobrar por las visitas —dijo ella en broma, pues no le gustaba tanto el interés de los turistas. Afortunadamente no lo visitaban demasiado, aunque siempre llegaba uno que otro afuerino a admirar el entorno del castillo.
—Lo he pensado. Si alguna vez caemos en desgracia, lo abriremos al público— bromeó el hombre, que tenía tanto dinero que era imposible que llegara a pasar por esa situación.

CAPITULO IV

Llegó la noche, los invitados comenzaron a aparecer y Stella se lucía como anfitriona. Vestía un elegante vestido negro con destellos brillantes, del que colgaban algunos flecos de hilo. Se cubría los hombros con un chal negro también, de la misma tela de su vestido. Era una mujer joven aún y su cabello pelirrojo con destellos dorados lo llevaba acomodado con una peineta de brillantes sobre su oreja izquierda, dejando el resto de sus bucles caer sobre los hombros. Elliot bajaba la escalera, cuando el párroco y su esposa hacían ingreso al castillo.

—Señor párroco, que bueno que llegaron temprano. Quisiera conversar con usted algunos asuntos, no he tenido ocasión de visitar la parroquia esta semana.
—Cariño, estamos en una fiesta. Eso puede esperar— lo censuró su

esposa, tomando una copa de champaña desde una bandeja y ofreciéndola a Olive Murphy que entraba del brazo de su marido.
—No hay problema Stella, siempre estoy dispuesto para mis feligreses — declaró el clérigo, siguiendo a Elliot que lo llevó a su despacho.
—Williams— exclamó el señor de la casa llamando a su secretario, que bajaba en ese momento desde el segundo piso— por favor, necesito los papeles que revisamos en la mañana.
—Están en su despacho, señor— contestó el joven rubio, que vestía muy elegante, a propósito de la ocasión— Yo se los mostraré— dijo saludando al párroco y entrando con ellos al despacho.

Las mujeres se quedaron conversando en la sala.
—Tu esposo tiene una paciencia eterna, Olive.
—Es un alma caritativa— señaló la mujer, bebiendo un sorbo de su copa.
—¿Cómo van los preparativos?
—Estamos avanzando mucho. Le pedí a Jessica que nos ayudara. Vamos a necesitar toda la colaboración posible. El salón parroquial necesita algunas reparaciones, ¿tú crees que tu esposo…— Ambas siguieron conversando mientras entraban al otro salón.

Jessica bajaba en ese momento la escalera, observando con la mirada a los invitados que venían llegando. Solamente descubrió amigos de su padre, correligionarios de su partido, algunos vecinos ilustres del pueblo y un fotógrafo que se acercó a ella al divisarla, para hacerle un retrato. La muchacha destacaba en su traje de chiffón color azulino de manga larga, con un amplio escote en la espalda y que dejaba ver parte de su muslo derecho al caminar. Su pelo rubio lo peinó acomodado en un moño alto, engalanado con algunos broches de brillantes.

Se encontró con su amiga Hillary, la hija mayor del Juez Finch, que estaba saludando a su padre en ese momento. La jovencita era morena, delgada, de baja estatura y vestía un traje verde esmeralda, de gasa muy vaporoso.

—Hillary, que bueno que viniste— dijo al ver a la muchacha, de su misma edad, que era la mejor amiga que tenía en el pueblo y que luego de regresar había vuelto a frecuentar.
—Jessica, que bello tu vestido. Y ¡Que osado!
—Gracias, amiga. ¿Por la pierna lo dices? — respondió sonriendo— ¿Tu madre está mejor de salud?
—Sí, nos acompañó hoy, pues el doctor aseguró que ya podía caminar — dijo buscándola con la mirada— Ahí está, junto a la señora

Murphy.
—Me alegro, por favor, sírvete una copa— ofreció llamando a Spencer que apareció con una bandeja con varias copas de champaña— Nos vemos en un rato. Que disfruten la fiesta— dijo sonriendo a su amiga.

—Eleanor, que guapa que estás. ¿Cómo sigue tu hija? — preguntó Jessica al ver a la señora Grant ingresar del brazo de su esposo.
—Está mejor. Pensé quedarme con ella, pero Richard me obligó a acompañarlo— dijo bromeando y acercándose a la muchacha para saludarla con un beso.

La esposa del doctor llevaba un vestido de encaje color rojo italiano, ajustado al cuerpo, que la hacía ver muy esbelta. Llevaba su pelo oscuro en un moño bajo que le daba una apariencia muy distinguida. Los hombres, en general, todos llevaban el mismo aburrido smoking negro, a excepción de un invitado que Jessica divisó al mirar a un costado de Eleanor.

El que entraba era un hombre muy atractivo, con un elegante traje de color gris, con la vuelta negra y una corbata de raso también negra, que le daba un aspecto muy seductor. Era moreno, buen mozo, alto. Debía tener entre treinta y cinco y cuarenta años; lucía muy atlético y bronceado. Su padre que venía saliendo, junto al párroco, desde su despacho se adelantó a saludarlo.

—¡Que gusto!, Milton. Que placer tenerte por aquí— dijo el dueño de casa, dando muestras de satisfacción. Luego vio a su hija que estaba a su lado y la presentó.
—Amigo, te presentó a mi hija— dijo señalando a la bella muchacha rubia que tenía enfrente— Querida, el señor Rice— agregó dirigiéndose a Jessica.
—Un placer, señorita— dijo el recién llegado, agregando el gesto anticuado, pero seductor, de besar su mano.
—Encantada, señor Rice— respondió ella, ruborizándose un poco, ante la mirada provocadora del hombre.
—Por favor, sírvete un trago. Estás en tu casa— señaló Montgomery, haciendo un gesto a un mozo para que se acercara y siguió caminando hacia el salón en donde su esposa lo llamaba para que saludara al resto de los invitados que iban llegando.
—Gracias— aceptó el señor Rice, tomando una copa de champaña y cogiendo otra para ofrecérsela a la muchacha, que la aceptó sorprendida.
—Permítame hacer el primer brindis— dijo el hombre, mirándola fijamente— por usted, la mujer más linda de la fiesta.

—Señor Rice, que galante— respondió ella, obnubilada con el atractivo hombre que tenía en frente.

Entre los presentes se hallaba, Bridget Kay, la prima política del dueño de casa, una mujer mayor, aristócrata. Llevaba un vestido de seda gris claro, de manga larga y escote cuadrado, adornado sólo con un collar de perlas auténticas. Una enfermera la acompañaba, pues estaba débil y sólo asistiría un momento para acompañar a su primo, que estaba festejando esa noche. La señorita Wilson, que le prodigaba los cuidados necesarios, era una mujer de mediana edad, robusta y sonrosada, vestía un traje sencillo de cuello alto de color beige.

Entre los invitados, de pronto resaltó la presencia de una mujer trigueña con destellos rojos en su pelo, logrados gracias al tinte. Vestía un elegante traje negro, ajustado al cuerpo. Se cubría la espalda con un mantón de un color rojo encendido, bordado con algunas florecillas doradas, de apariencia oriental.

Desconocida en el pueblo, era una invitada especial. Rachel Cook, la artista, que había aceptado la invitación para asistir a la fiesta aprovechando una estadía de pocos días en el castillo, dado el interés que tenía por conocerlo y apreciar las pinturas y esculturas que Margot, la hermana de Elliot había destacado y que habían llamado la atención de la pintora. Stella se acercó a ella y fue presentándola a los asistentes.

—Señor párroco, le presentó a la señorita Cook— dijo acercándose al clérigo y su esposa que conversaban en el salón con el doctor Grant y Eleanor.
—Que gusto tener personajes ilustres con nosotros— se adelantó a decir el doctor Grant, que había escuchado que la mujer era pintora.
—Gracias, señor. Para mí, es un placer poder estar aquí. He quedado asombrada con la magnificencia del castillo— dijo la artista estrechando la mano del párroco, apenas tocándolo.
—Es una maravilla este lugar— dijo Eleanor— participando de la conversación— es uno de los castillos más antiguos de la zona y el señor Montgomery se ha procurado las más bellas piezas de arte.
—Muchas de ellas son herencia familiar naturalmente— agregó Stella, que admiraba también las propiedades de su esposo.

En ese momento, Spencer, el mayordomo se acercó a su señora y le habló susurrando. Ella agradeció sus palabras y se dirigió a sus invitados.

—Por favor, pasemos al salón, vamos a servir algunos bocadillos calientes.

Eleanor tomó a su esposo del brazo y se dirigieron al salón a degustar esas delicatesen.

—Esto es lo mejor del castillo….los bocadillos— dijo causando la sonrisa de su esposo. Que no entendía cómo su mujer lograba tener esa esbelta figura, si era tan tentada con la comida.
—Te ibas a arrepentir si no venías. La niña ya está bien. Helen y Beatrice la pueden cuidar. Estos eventos no se los puede perder nadie.
—Tienes razón. Me encanta cuando la tienes— respondió ella acariciando a su esposo y arreglando su corbatín.

En la cocina, Spencer y la señora Page, ordenaban a los sirvientes, que estaban a la espera de que la señora Rogers, la cocinera, dispusiera los platos. Para asistirla en la tarea contaba con la ayuda de Daisy, la doncella de la casa, que sudaba entre los fogones y el horno que había estado prendido toda la tarde.

—Es una linda fiesta— dijo la señora Page, que gustaba de tener el castillo lleno de gente. Lucía su uniforme de ama de llaves tradicional, con un camafeo en su blusa.
—Hay mucha gente— reclamó el mayordomo, que ya a sus años, prefería acostarse temprano. Daba gracias a Dios que no había tantas celebraciones en el castillo.
—Cuando yo era una chiquilla— declaró la mujer— venía a ayudar a las doncellas de la casa los días de fiesta. Me encantaba el glamour que tenía esta casa cuando la señora Montgomery, la madre del señor, recibía a sus amistades. Eran otros tiempos.
—Yo aún recuerdo al señor Montgomery padre, cuando se emborrachaba y había que llevarlo a su cuarto entre dos. Era un gandul— agregó Spencer, que llevaba en esa casa toda su vida prácticamente, desde que siendo un chiquillo, llegó como mozo de los mandados.
—Oh, Spencer. Qué lindo es tener la casa llena de gente.
—La señora Stella es una gran anfitriona. Es una buena ama— afirmó el anciano que respetaba mucho a la mujer.
—No lo voy a negar, pero le falta clase— declaró el ama de llaves, que siempre pensó que la primera señora Montgomery era más elegante y distinguida.
—Mejor pongámonos a trabajar— ordenó el mayordomo, apurando a los sirvientes que salían con los platos de sopa hirviendo hacia el

comedor— muchacho, mira como llevas esa corbata— exclamó llamando a uno de los mozos y corrigiendo el nudo de su corbatín negro— Ahora sí. Apúrense, que los invitados ya están sentados a la mesa.
—Señora Rogers, ese sartén está humeando demasiado— alertó Elvira Page, a la cocinera, que no se había dado cuenta de que las verduras estaban ya a punto.

La señora Page era una mujer mayor, de una edad cercana a los sesenta años, que había servido en aquella casa desde su juventud. No tenía hijos, pues tuvo un matrimonio malogrado, sólo se le conocía una sobrina, casada con un abogado, que vivía lejos y que tenía dos bebés pequeños. Ella prefería estar en el castillo, los niños la ponían de mal genio. Su apariencia huesuda y su pelo cano, le hacían aparentar ser mayor aún y el gesto adusto atemorizaba a los sirvientes más jóvenes, pero era una buena servidora, leal a la familia. Lo que había que temer era a su lengua, pues de vez en cuando se escuchaban de su boca comentarios con mala intención.

Spencer, que la conocía por más de treinta años, no le hacía caso. Al contrario de ella, el mayordomo era un hombre bondadoso, amable y simpático con los muchachos que trabajaban en la casa. Además de ellos y la cocinera, servían a la familia: Lily, la doncella de la señora, Jackson, el chofer del señor; Rose la sirvienta y Daisy, la muchacha que hacía la limpieza. Los jardineros venían desde fuera, ya no se usaba tener a los encargados del parque como parte de la servidumbre.

Luego de los aperitivos, comenzaron a entrar los mozos y se sirvió la cena. Una sopa de setas, siguiendo luego con un pavo preparado en una reducción de vino y acompañado con papas a la crema. Luego se sirvió un pescado al vino blanco con verduras y el postre que era una natilla decorada con crema y un pastel de manzana.

Cuando servían el postre, Stella sentada a un costado de su esposo, conversaba con Eleanor, que había quedado acomodada a su lado.

—Tu invitada no conversa mucho— dijo mirando a la señorita Cook que disfrutaba de su natilla con crema.
—Hablé un momento con ella, esta tarde— aclaró dueña de casa— Está encantada con las pinturas de Blake y Godward que Elliot tiene en su despacho, dice que su forma de pintar tiene mucho que ver con el estilo del segundo, pues sus retratos parecen verdaderas fotografías, su gusto por trabajar la realidad es lo que la caracteriza. Admiró el

Millais que está en el salón, me dio una pequeña clase acerca de la rigurosidad del artista con los detalles. Fue muy sencilla en sus apreciaciones, no se ufanó de sus conocimientos. Es muy agradable, pero tienes razón, es callada.
—Los artistas son así, retraídos. Se sumergen en su arte y viven fuera del mundo. No había escuchado de ella, pero si pinta como Godward va a dar que hablar.
—Frecuenta a Margot, la hermana de Elliot. Parece que viene llegando de Paris, está de paso. Iba a estar cerca de la localidad y aprovechamos de invitarla unos días.
—Y ese hombre guapo, que conversa con Jessica, ¿Es el aventurero famoso?
—SÍ, Elliot lo conoció cuando trabajaba en el ministerio de guerra, hace unos años, cuando viajó a la India, creo y ahora que ha decidido venir a la campiña a vivir, eligió a Hudson como residencia y han retomado la amistad. Es un gran conversador.
—Así veo. Jessica está muy atenta a su plática y a su sonrisa. Es un hombre muy atractivo— señaló sonriendo Eleanor, que no tenía pelos en la lengua.

En otro sector de la mesa, Williams permanecía callado, muy atento a la pareja de Jessica y su invitado. No estaba muy concentrado en su postre. Se sobresaltó cuando la señora del párroco le habló.

—Espero que nos acompañe en la fiesta que tendrá lugar este fin de mes— dijo la mujer saboreando su pastel de manzana.
—Perdón— respondió el muchacho, azorándose— lo lamento no le oí — añadió disculpándose.
—Le decía que esperamos que nos acompañe en la fiesta que estamos organizando. Será un evento que celebre el aniversario del pueblo, lo hacemos todos los años, pero en esta ocasión celebramos el bicentenario, por lo que esperamos que sea un hito para la comunidad.
—Que interesante. Claro, cuente conmigo— manifestó sin poner gran atención a la señora, por estar pendiente de Jessica Montgomery, que se deshacía en sonrisas para Milton Rice.

Con posterioridad a la cena, algunos invitados comenzaron a retirarse, los más cercanos fueron dirigidos hasta un salón interior en que se sirvió algunos tragos. Los hombres se fueron a fumar y las mujeres a cotillear mientras hablaban de sus hijos o de las novedades del pueblo. Rachel Cook estuvo en silencio oyendo las conversaciones del resto de las damas. Se notaba que se estaba aburriendo, al parecer deseaba pasar al salón de fumar con los caballeros, pero no era decoroso en ese

tipo de reuniones.

Stella se reunió con ellas, para comentar acerca del próximo festival que se haría en el pueblo y que Olive estaba organizando, junto con Eleanor que amaba realizar esas actividades. Jessica no se reunió con el resto de las mujeres. Bridget Kay se había retirado antes de la cena a su cuarto, junto a la enfermera Wilson.

Un rato después, algunas de las damas se dirigieron al toilette a retocarse el maquillaje. Otras salieron al jardín, para tomar un poco de aire, pues en el interior estaba un poco caluroso. Se había prendido candelabros y estufas para temperar el ambiente y ahora el calor era excesivo. Rachel Cook y un par de amigas de la familia, aprovecharon de salir a fumar. Jessica se incorporó en ese momento al grupo y las acompañó hasta el jardín, saliendo por el amplio ventanal de vidrio que cerraba esa sección de la casa.

—Está fría la noche. El interior está bastante cálido. Creo que voy a buscar mi pañoleta— declaró la artista, volteando hacía la casa.
—No se moleste, voy a buscar algo con que cubrirme, le traeré un chal — ofreció Jessica, que también sintió frío y fue por un abrigo.

Regresó la muchacha en seguida, colocándose una prenda gruesa sobre su traje y entregando un mantón negro a la invitada.

—Tomé esto. Estará congelada— ofreció entregándole el chal.
—Gracias, no sé dónde dejé el mío.
—Debe estar en el salón, la doncella se lo llevara a su cuarto cuando ordenen más tarde— señaló Jessica, que sabía del desastre que había que ordenar luego de las fiestas en el castillo.

La mujer aspiró el humo de su cigarrillo y dio bocanadas al aire. La muchacha se quedó en silencio un momento a su lado. Luego la dejó sola, para entrar a la casa y buscar entre los invitados al hombre que la había impresionado con su charla. Milton Rice era mucho menor de lo que ella suponía. Esperaba conocer a un anciano que la aburriera contando historias de juventud y se sorprendió con un atractivo hombre, con unos ojos oscuros, intensos y una sonrisa cautivadora. Le llamó poderosamente la atención. Ella estaba muy entusiasmada con Ralph Williams, un muchacho simpático, educado, muy amable. Milton Rice era un hombre guapo, interesante y misterioso. Su cabeza daba vueltas, estaba comenzando a confundirse, pero no había de que preocuparse, el señor Rice seguramente tenía dueña y no se iba a fijar en una jovencita como ella.

Caminó por el pasillo que bordeaba la biblioteca y llegó al salón principal, en donde encontró a Ralph que conversaba con el párroco. Al verla se acercó a la muchacha.
—No la había visto, señorita Jessica— dijo admirando el traje de la muchacha— Se ve muy hermosa esta noche.
—Gracias, Ralph— dijo aceptando el cumplido— He estado conversando con los invitados. Debo actuar de anfitriona, Stella debe preocuparse de tantas cosas que a veces desaparece. Ahora mismo no la veo, hace un rato que no sé de ella.
—Creo que salió al jardín, por el salón. Aquí dentro hace calor— dijo haciendo un gesto con un dedo dentro de su cuello— ¿Le parece si salimos al jardín? — propuso, tomando su brazo.
—No creo que sea buena idea— dijo la muchacha mirando al joven rubio y hurtándole la mirada— Allá afuera está muy frío— agregó recorriendo con la vista el salón de fumar que estaba a un costado.
—¿Busca a alguien? — preguntó decepcionado.
—Sí, buscaba a papá, no lo he visto desde que terminó la cena— mintió para que su pretendiente no descubriera sus intenciones.
—Creo que su padre está en la biblioteca con el señor Rice— señaló el secretario— los vi entrar hace cerca de media hora.
—Ah, no quiero molestarlo— dijo sacando un pastelillo dulce de una bandeja— Creo que voy a la cocina a conseguir alto caliente— dijo dejando al joven solo en el salón.

En el segundo piso, la señora Kay aún estaba despierta, pues leía esperando que la venciera el sueño. De pronto, golpearon a su puerta, la enfermera traía una bolsa de agua caliente para abrigarla.

—Gracias, señorita Wilson. Estaba comenzando a enfriarme.
—Lo pensé, por eso, me tomé la libertad de traerle esta bolsa. ¿no va a dormir todavía? Ya son diez minutos para la medianoche— dijo la enfermera, mirando su reloj, que traía colgando de su pecho.
—Es tarde, creo que voy a apagar la luz— señaló la señora, dejando el libro sobre la mesa de noche.
—Buenas noches, que duerma bien— deseó la enfermera, arreglando la cama de su paciente.
—Usted también. Vaya a acostarse, ya es tarde. Afortunadamente desde aquí se sienten poco los ruidos de la casa. Debe estar todavía lleno de gente allá abajo.
—Me imagino que así debe ser. No he bajado desde que nos retiramos.

Eleanor y Olive, que eran muy amigas, recién habían tenido un

momento para cotillear a solas. Sus esposos estaban fumando en la salita y ellas podían comenzar los pelambres sobre los invitados y el banquete.

—Querida, siempre le digo a Richard que deberíamos tener una cocinera como la de los Montgomery.
—No podrías pagarla, amiga— respondió Olive, sorbiendo una tacita de café.
—Es cierto, pero déjame soñar. La comida estuvo exquisita, creo que voy a tomarme la libertad de pedir a Stella la receta del pescado al vino blanco; estaba sabroso. Y las papas a la crema se deshacían en la boca.
—Es cierto. Un banquete digno del anfitrión. Stella no falla en los detalles.
—Como buena secretaria— señaló la señora Grant.
—¿Qué dices? — la reprobó su amiga.
—Pero si era su secretaria y era muy eficiente. No estoy insinuando nada, sólo reconozco que siempre ha sido una mujer muy preparada. Eso es porque fue una persona de trabajo. Ella no es una dama de sociedad, acostumbrada a que la atiendan. Me gusta Stella, porque es una mujer muy sencilla— declaró.
—Y se nota que ama a su esposo— manifestó la señora Murphy, muy preocupada de la armonía familiar de sus parroquianos.
—El se merece una mujer como ella. Sabes que su primera mujer…
—No hablemos de eso. Alguien puede escucharnos y pensar que somos chismosas— advirtió Olive, mirando alrededor.
—Tienes razón, no queremos que piensen eso— bromeó la señora Grant, divertida.
—¿Viste que Bridget se dignó acompañarnos?
—Obvio, no se iba a perder un evento como este— dijo irónica— hoy no convenía sentirse mal.
—Que eres perversa.
—Mi esposo es médico. A veces comete deslices y yo averiguo más de lo que él quiere contarme— dijo sonriendo.
—¿Qué quieres decir? Que no está enferma…—preguntó la señora, que gustaba pensar bien de sus vecinos.
—Está tan enferma como cualquier persona con sus años. Después de los sesenta, va a tener artritis, dolores musculares, alguno que otro malestar estomacal. La señorita Wilson parece su sirvienta, más que su cuidadora.
—Es lamentable tener que soportar damas ancianas con mal carácter — sentenció Olive, lamentando la vida de la enfermera.
—Pero la mujer necesita el trabajo, así que se convence a si misma de que la dama la necesita a ella. Adem,s tiene momentos libres durante

la semana y atiende a otras pacientes que Richard le consigue.
—Yo creo que Bridget debería encontrar algo en que ocuparse, así tendría menos molestias y estaría más jovial.

La conversación entre las amigas, se vio interrumpida de pronto por un estrepitoso ruido que vino del jardín. Ambas se quedaron mirando una a la otra, sin pronunciar palabra. Fueron varios segundos de silencio, hasta que algunos de los hombres corrieron al jardín interior, saliendo por la sala, para averiguar que había sido ese ruido de vidrios rotos que se percibió.

Eleanor se levantó de su sitio y ayudó a su amiga a incorporarse, pues con los tacones le dolían mucho los pies. Jessica venía corriendo desde la cocina, el secretario apareció agitado desde el pasillo. Montgomery salió desde la biblioteca, encaminándose hacía donde se escuchó aquel sonido.

Se sentía desde el jardín el rumor de conversaciones entre algunos hombres que llegaron en seguida al lugar. Luego el párroco, que era uno de ellos, entró en la casa y le pidió al resto de los invitados que no salieran al jardín. El dueño de casa se aproximó a la puerta, pasando por detrás del clérigo que no lo pudo contener y lanzó un grito al ver a una mujer en el suelo, de bruces y al doctor Grant cerca de ella, revisándola.

—¡Stella! — exclamó el hombre, dando un par de pasos, casi perdiendo el equilibrio.
—¡Papá! — gritó Jessica, que llegaba corriendo a su lado— ¿Qué pasa?

Milton Rice, que venía desde el jardín, tomó a su amigo por el brazo y lo afirmó, acompañándolo para que no se desplomara. Su hija, lo tomó de la mano y trató de calmarlo.

De pronto, desde el jardín, rodeando la casa, su esposa apareció y dio un grito ahogado. Todos quedaron aturdidos al ver a la mujer de pie y en el suelo a la otra mujer, que algunos confundieron con ella. La puerta de vidrio estaba rota, pues al parecer el cuerpo la quebró al caer y una maceta de gran tamaño que había sobre la pared de un costado, que hacía juego con otra en el muro contrario, estaba destrozada y la tierra que cayó del interior cubría el suelo al costado de la mujer que yacía inerte. Había restos del jarrón sobre la espalda de Rachel Cook, que reposaba tendida.

El doctor, se puso de pie y aclaró la situación.

—Está muerta— declaró pidiendo a la gente que se separara del lugar y observando el muro desde donde había caído la maceta.

Spencer, el mayordomo traía una bandeja con unos vasos de whisky que Jessica recibió para dárselo a su padre. Milton Rice, lo obligó a beber y lo hizo sentarse en un sillón. El hombre estaba consternado y miraba a su mujer que estaba ahora a su lado.

—Dios, pensé que eras tú. Se veía igual a ti— dijo su esposo, tratando de recuperar la calma. Su hija le acariciaba la espalda.
—Es Rachel. ¡Que accidente lamentable! — declaró Stella, que había salido al jardín, junto con la señora Page.
—¿Dónde estabas?
—Estábamos encerrando a Ginger, tu perrita terrible, que se había escapado por la cocina.
—¡Qué horrible! — señaló Jessica, sollozando por la impresión— Pobre mujer— agregó quitándole el vaso de whisky a su padre y bebiendo de él.
—Creo que es mejor que entremos— pidió el doctor Grant, dejando el cuerpo en el exterior y pidiendo a Elliot Montgomery, a Rice y a Williams que estaba con ellos, que lo acompañaran a la biblioteca.
—Querido, ¿te sientes bien? No creo que sea bueno que ahora…
—Sí, cariño. Estoy mejor. No te preocupes. Vamos Grant, acompáñeme— ordenó señalando al resto de los hombres que lo rodeaban que fueran con ellos. El párroco los siguió.

La enfermera llegó corriendo a enterarse de lo sucedido. Seguramente en el segundo piso la señora Kay percibió los ruidos y su colaboradora vino a averiguar lo que pasaba. Se encontró con todo el mundo reunido a un costado del salón y una puerta con los vidrios rotos. Se acercó a la señora Page, que aguardaba instrucciones de pie a un costado de la habitación, la que se sobresaltó al verla de repente.

—¿Qué pasó? — preguntó la señorita Wilson, intrigada de tanta actividad. Los caballeros se encerraron en la sala y las damas hablaban a murmullos.
—No lo sé— dijo el ama de llaves— Alguien fue atacado, pero yo no sé nada.
—La señora Kay está nerviosa. Debo volver a calmarla.

La enfermera se quedó cerca del grupo de damas un momento, para escuchar lo que hablaban. Necesitaba enterarse de los hechos, para

transmitirlos a su paciente. La señora Kay lamentaba cuando no podía participar de las actividades de la casa, y una tragedia en el castillo era algo digno de comentar. Trató de averiguar lo que pudo, pero no se atrevió a interrogar a las invitadas que seguían conversando en un rincón del cuarto. Alcanzó a oír que la artista había sido atacada y que el doctor estaba preocupado. Nadie sabía nada, nadie había visto nada. No había mucho que comunicar a su paciente, se iba a decepcionar. Prefirió volver a su cuarto, pasando antes a ver si la señora permanecía despierta, pero abrigada en su cama era posible que se hubiera vuelto a dormir. Ya era bastante tarde.

En el interior de la biblioteca, el doctor cerró la puerta tras de él y sugiriendo que todos tomaran un trago comenzó a hablar.

—Creo que debemos llamar a la policía— dijo con seguridad, provocando el asombro del resto.
—Pero ha sido un accidente— afirmó Montgomery, con cara de sorpresa— ¿Cree que no?
—No estoy seguro, pero creo que la mujer ha sido asesinada.
—Pero si le cayó una maceta encima. Una maceta de bastante tamaño. Fue un accidente lamentable— señaló Williams.
—Usted la revisó— dijo Rice, dirigiéndose al doctor Grant— ¿Qué le parece sospechoso?
—Puedo estar equivocado, pero creo que le inyectaron alguna droga. La maceta fue lanzada sobre ella después. Además, no me explico que se haya quebrado la puerta. No es lógica la posición en que está.
—Yo creo que el doctor tiene razón— dijo el párroco— Es mejor llamar a las autoridades. Esta mujer es una artista reconocida, mejor que no queden dudas de lo que sucedió.
—Es mejor una investigación. Creo que es sensato que llamen a la policía— sentenció Milton Rice, sacando una cigarrera de su chaqueta y ofreciéndola a sus acompañantes.

Montgomery se puso de pie y abriendo la puerta llamó al mayordomo. Spencer apareció en seguida, pues siempre estaba atento a la llamada de su señor.

—Spencer, llame a la estación de policía. Pida que venga un oficial ahora.
—En seguida, señor— obedeció el anciano y salió lentamente hacia el recibidor a efectuar la llamada— ¿les explico lo que pasó?

El dueño de casa miró al doctor y éste hizo un gesto negando con la cabeza.

—No, sólo dígale que necesitamos un oficial, urgentemente.

En el salón, las mujeres comentaban lo ocurrido. La señora Page trajo algunos tragos para las damas, que luego de lo sucedido, estaban aturdidas.

—Stella, el señor Montgomery se llevó la impresión de su vida al ver el cuerpo— dijo la señora Grant, mirando a su amiga.
—Pero si esa mujer no se parece en nada a mí— afirmó ella aún impresionada.
—Con la oscuridad del jardín y vestida de negro, daba para confundirse. Su cabello se veía rojo con la luz de los faroles. Además, llevaba tu mantón negro— explicó Jessica.
—¿Por qué?
—Estaba haciendo frío y yo le pase una pañoleta que estaba en el saloncito, no sabía que era tuya— explicó Jessica, sintiéndose culpable — pobre papá, casi le da un ataque.
—¡Que horrible!, venir a morir de esa forma y en medio de la fiesta— dijo Stella con pesar.
—¿Qué está pasando en la biblioteca? ¿Por qué se encerraron ahí? — preguntó Eleanor, llena de curiosidad.
—Algo raro está pasando— señaló Jessica y al ver salir al mayordomo, lo siguió para saber qué iba a hacer. Luego volvió corriendo— Spencer está llamando al cuartel de policía.
—¿Por qué? ¿Corresponde hacerlo cuando hay un accidente? — se preguntó Stella.
—No lo sé— dijo Eleanor que no daba más de lo intrigada y esperaba saber la versión de su esposo, que sería la oficial, pero no podía conocerla aún.
—Tal vez no fue un accidente— dijo Olive Murphy, asomándose por la puerta con cristales rotos y observando el cuerpo. Luego hizo un gesto a su amiga Eleanor, para que se acercara— Mira, el cuerpo está lejos de la puerta. ¿Cómo se rompió el vidrio?
—Tal vez un pedazo de maceta saltó lejos y lo golpeó— manifestó la señora Grant, asomándose también — Mira, ahí detrás del sillón hay un trozo.
—La posición del cuerpo no es natural. Si le hubiese caído la maceta estando desprevenida no estaría en esa posición— advirtió la mujer.
—¿Qué creen? — Preguntó Stella, terciando en la conversación— ¿Que no fue un accidente?
—No lo sé, pero llamar a la policía, me parece extraño— dijo Jessica, sospechando que algo no encajaba.

Las mujeres se quedaron conversando un rato más, a la espera de que

sus esposos decidieran marcharse, pero al parecer sería una larga noche, puesto que media hora después apareció un oficial de la policía, que venía acompañado del comisario Baker. Ambos fueron invitados a ingresar a la biblioteca, en donde los hombres allí reunidos esperaban la llegada de la autoridad.

En cuanto el comisario abrió la puerta, Jessica lo siguió y se quedó fuera de la biblioteca, para tratar de escuchar lo que hablaban. No se distinguían las voces, sólo percibía murmullos.

Dentro de la habitación el comisario se presentaba y esperaba que le dieran los detalles de lo ocurrido.

Baker era un hombre corpulento, alto, de cabellos rojizos y un bigote poblado. Hacía pocos años que se había instituido como autoridad en Hudson, pero era bastante respetado, pues era muy minucioso en sus investigaciones. Muchos robos, pendencias, algún destrozo; rara vez, contaban con un caso de asesinato.

En cuanto se recibió el llamado del castillo, el oficial de guardia llamó a su superior, pues al parecer algo grave pasaba en la Casa Montgomery. El comisario al llegar, se percató en seguida de que la situación ameritaba su presencia. Ingresó a la biblioteca, seguido del sargento Roberts.

—Gracias, Baker— dijo Montgomery levantándose de su sillón y caminando en dirección al comisario para saludarlo— me alegra que haya venido en persona. No sabíamos cómo proceder.
—El mayordomo comentó que nos necesitaban, no dio más detalles, pero dijo que se requería nuestra presencia con urgencia. ¿Qué ha pasado, señor Montgomery? Al parecer están celebrando…
—Sí, estábamos celebrando mi cumpleaños, pero todo terminó en una desgracia— se lamentó el dueño de casa— Aprovecho de presentarle a mi amigo Milton Race— señaló al hombre que estaba a su lado— al resto lo conoce.
—Señor párroco, doctor…— saludó el comisario, observando a ambos hombres y aceptando el asiento que su anfitrión le ofrecía.
—Cuénteme entonces, ¿qué ha pasado? — dijo pensando que seguramente había habido un robo en la mansión.
—Una invitada ha muerto— declaró Montgomery yendo al grano— Pensamos que era un accidente, pero Grant cree que fue asesinada.
—¿Un asesinato dice? — miró a su asistente y le pidió que tomara nota— ¿Dónde está el cuerpo? ¿Cómo sucedió?
—No lo sabemos exactamente— señaló el doctor, tomando la palabra

— Estábamos conversando en diversos grupos, dispersos por el castillo, cuando sentimos una quebrazón de vidrios. Corrimos hacia el lugar en que se escuchó el ruido y aquella mujer estaba en el suelo, boca abajo y una maceta estaba destrozada junto a ella.
—¿Qué mujer?
—Es una invitada. Se llama Rachel Cook. Era amiga de mi hermana Margot. Había llegado hoy.
—Por favor, llévenos a ver el cuerpo— pidió el comisario. Luego hablando al sargento Roberts le dio instrucciones— tomé nota de todo y acompáñeme.
—Como diga, jefe.

Al salir, de improviso, se encontraron con Jessica que aún trataba de escuchar, detrás de la puerta. La chica trató de moverse con rapidez, pero Baker la sorprendió.

—Señorita Montgomery— saludó el comisario, sonriente por haber atrapado a la joven espiando.
—Comisario, que gusto verlo— respondió ella ruborizándose por ser pillada en falta.

Ambos hombres se dirigieron al jardín, siguiendo al doctor que tomó el control de la situación. El señor Montgomery se quedó junto a su mujer y el resto de las damas, que permanecían en el salón tomando jerez y consumiendo algunos aperitivos. Jessica fumaba y la señora Page, junto con Spencer permanecían atentos a las instrucciones del señor.

—¿Qué ha pasado, querido? — lo interrogó Stella susurrando.
—Esperemos a saber lo que opina el señor Baker.
—¿Por qué llamaron al comisario?
—Grant sugiere que se debe investigar. Vamos a ver qué dice la policía.

Richard Grant y los oficiales llegaron al jardín, abriendo la puerta que tenía quebrado uno de sus grandes cristales. Caminaron por el sendero un par de pasos y se encontraron con el cadáver de una mujer de pelo dorado rojizo. Debía tener un poco más de treinta años, era delgada. Vestía un traje negro y estaba envuelta en un chal del mismo color. Desde su cabeza manaba un hilo de sangre, que estaba coagulado, dado el tiempo que había pasado, pero en el suelo había un pequeño charco de líquido rojo oscuro. A un costado había una maceta rota de gran tamaño con forma de jarrón, que estaba decorada con unos dibujos griegos, haciendo juego con otra que estaba aún en su sitio

sobre un muro divisorio.

El comisario se acercó y revisó a la mujer, sin tocarla.

—Debió morir en seguida— señaló el doctor— Llegué en segundos y no pude hacer nada.
—¿Alguien vio lo que sucedió? — preguntó el sargento Roberts, mientras tomaba nota de la disposición del cuerpo, así como del lugar.
—Creo que fui el primero en llegar. Las damas estaban conversando en el salón. El señor Montgomery llegó unos segundos después y el señor Rice venía del jardín.
—Estaba fumando junto al ciprés— explicó Rice, señalando un árbol enorme que se divisaba a lo lejos.
—Desde allí no tiene visión de esta zona— afirmó el comisario.
—En cuanto sentí el ruido me aproximé, pero ya estaba tendida en el suelo.

El comisario revisó el lugar, en busca de huellas o rastros. No había nada, aparte del cuerpo y la tierra, junto con los restos de la maceta de arcilla. El dueño de casa se aproximó a ellos. Tenía curiosidad por enterarse de la opinión del oficial.

—La maceta es muy pesada— manifestó el policía, mirando la otra, que estaba en su lugar— ¿No están sujetas al muro?
—No, han estado siempre ahí. Jamás se han movido de su sitio— confirmó Montgomery.
—A eso me refiero— dijo el doctor— No me explico cómo se cayó sin que nadie la moviera.
—Alguien debió moverla— aseguró el sargento Roberts, que se había subido a una piedra y estaba revisando la parte superior del muro— Hay señales de que la corrieron, hay una huella, como si hubiera sido arrastrada.
—Pero eso tomó tiempo. La mujer se habría percatado, debió hacer ruido.
—Creo que estaba drogada, Baker— añadió el doctor, que insistía en su apreciación.
—¿Cómo?
—No quise tocar el cuerpo para no interferir en la investigación del forense, pero me atrevería a decir que hay una marca de una aguja, en su cuello.

El comisario se agachó más cerca de la mujer y alumbró con una linterna la zona entre el mentón y el hombro. Se demoró en encontrar lo que mencionaba el doctor. Pero al parecer tenía razón.

—Que buena vista, Grant— celebró el policía— Creo que tiene razón. De todas formas, el forense lo habría notado.
—No, si se pensaba que era un accidente— declaró Rice, que ya había sido testigo en su vida de casos parecidos.
—Es verdad— sentenció el comisario— Le agradezco el buen trabajo doctor. Nos va a servir mucho para poder investigar el hecho.
—Señor, vamos a tener que interrogar a todo el mundo— aclaró el sargento, mirando a su alrededor.
—Creo que todos son residentes en el pueblo, ¿o me equivoco? — preguntó mirando a Rice.
—Sí, estoy viviendo en el pueblo desde hace unas semanas— respondió el hombre— Y pienso quedarme una temporada.
—Entonces, creo que no es necesario hacerlos amanecerse para las declaraciones— declaró Baker, que estaba cansado, luego de un largo día de trabajo. Era pasado de la medianoche y quería descansar— mañana vamos a visitarlos para recabar información.
—Pero nadie vio nada— insistía Williams, que estaba parado junto a su jefe.
—Hay que avisarle a alguien— añadió el párroco, que estaba preocupado por la mujer— tendrá parientes.
—Es verdad. Vamos a trabajar con el cuerpo y luego necesitaremos que nos presten ayuda para encontrar a alguien de su familia— señaló el oficial— Ahora, les agradezco que nos dejen revisar la zona— dijo pidiendo a todos que salieran del lugar— Roberts, hay que llamar al doctor O´Reilly. Vamos a tener que despertarlo, pero me interesa que corrobore los datos que tenemos.
—Sí, señor— dijo el sargento, pidiendo a todo el mundo que entrara en la casa.

En la cocina, la señora Rogers interrogaba al ama de llaves, acerca de lo sucedido en el jardín.

—Señora Page, nunca había pasado algo así en esta casa— declaró la cocinera, muy nerviosa.
—Yo estoy muy afectada. Imagínese que andaba en el jardín cuando sucedió aquello. Podrían haberme atacado a mí también.
—¿Cree usted que fue un ladrón? — preguntó secándose las manos con un delantal de tela oscura.
—Claro, que debió ser un ladrón. No hay otra explicación— aseguró el ama de llaves, sin permitir opción a otras posibilidades.
—¿Y usted vio algo? — preguntó la señora Rogers, con curiosidad.
—No lo sé— contestó, demorando la respuesta—. Estaba oscuro. Pude ver una sombra que salía desde la casa, pero no podría asegurarlo.

Como usted sabe, en estos casos, uno se puede confundir. Había varias personas en el jardín, al parecer.
—¿Y si el ladrón aún está en la propiedad? — exclamó la cocinera estremeciéndose— Yo creo que tenemos que revisar que las puertas estén bien cerradas.
—El comisario está aún en la casa con un agente. Espero que se aseguren de que no hay nadie merodeando. Escuché que un oficial se va a quedar esta noche— manifestó la señora Page, que había estado espiando, escondida en el corredor.
—Gracias a Dios, pero no creo que pueda dormir, de todas formas— dijo la señora asustada. De pronto dio un grito— ¡Ay! Señor Williams, me asustó— declaró la cocinera, llevando sus manos al pecho. No lo sentimos llegar.
—Disculpen, es que el señor necesita a Spencer. No lo encuentro— dijo el secretario, que estaba apoyado en la puerta de la cocina.
—Estoy aquí— avisó el mayordomo, saliendo de una habitación contigua.
—No sabía que teníamos compañía— dijo la señora Rogers— ¿Qué hace encerrado ahí?
—Estaba guardando los cubiertos que no ocupamos esta noche.
—Eso se puede hacer mañana. Deberíamos ir a dormir— propuso la señora Page.
—El señor lo necesita, Spencer— insistió Williams que había acudido allí en su busca.

Los hombres salieron de la cocina, caminando por el corredor en dirección a la biblioteca, en donde el señor Montgomery los esperaba. Mientras ellos se alejaban, se sintieron pasos saliendo desde el fondo del corredor. Alguien que caminaba tras de ellos, echó un vistazo dentro de la cocina, donde aún las dos señoras seguían conversando y se adentró en la casa, a una distancia prudente de los hombres que le antecedían.

CAPITULO V

Esa noche, los invitados ya tranquilos en sus hogares, presumían lo que había sucedido, en versiones encontradas.

—Cariño, realmente pasé un susto del demonio— dijo Elliot Montgomery a su mujer.
—Lo siento, mi vida, pero no me di cuenta de nada. Cuando regresé a la casa, me encontré con la tragedia frente de mí. Es que Rufus y Ginger no estaban en la cocina y sabes que luego llegan embarrados,

así que fuimos con la señora Page a buscarlos y los dejamos en el cuarto de lectura.
—No noté el parecido, hasta que la vi en el suelo.
—Era la ropa, más que nada. Tenía puesto mi chal.
—¿Por qué? Yo vi que ella llevaba un chal rojo.
—Debe haberlo dejado en el comedor y luego, cuando comenzó a enfriarse la noche, Jessica le pasó ese chal que yo llevaba. Lo cambié por el abrigo de brocato, cuando salí a buscar a tus perros. Son unos diablillos, los tienes muy consentidos.
—Son mis regalones y son unas joyas. Ginger es mi princesa.
—Pensé que era yo— dijo su mujer regañándolo.
—Tú eres mi reina— agregó sonriendo. Luego la tomó en sus brazos— Tuve la peor experiencia de mi vida. No sabes la impresión que me llevé.
—Te amo, Elliot. Gracias por protegerme siempre— dijo ella abrazándolo con fuerzas.
—Es mejor que nos acostemos. Ya pasa de las dos de la madrugada. Mañana el comisario estará temprano por aquí.
—¿Nos van a interrogar?
—Creo que es lo habitual, aunque no creo que podamos ser de gran ayuda.

En la casa del párroco, la pareja, preparándose para dormir, conversaba en su cama.

—Que lamentable accidente, Jacob. Una mujer tan joven y morir así— dijo Olive, con pesar.
—Querida, Grant piensa que no fue un accidente— aclaró su esposo, dejándola atónita.
—¿Qué dices?. Pero, peor aún. ¿Quién iba a querer matar a esa mujer si nadie la conocía?
—Tal vez alguien la conocía— señaló el párroco, provocando curiosidad en su esposa.
—¿Qué crees? ¿Qué estás pensando?
—Nada. Sólo digo que no es lógico que alguien venga a morir a un lugar al que acaba de llegar— se quedó pensativo un momento y buscó tranquilizarse y calmar a Olive— Debió ser un accidente— señaló después, para que su mujer no se hiciera ideas locas en su cabeza. Pero ella ya se las estaba haciendo.

Eleanor interrogaba a su esposo, de la manera en que habitualmente lo hacía.

—¿Crees que le inyectaron alguna droga?
—Sabes que no me gusta especular, querida.
—Pero, estamos en confianza. Sabes que no voy a divulgarlo— expresó Eleanor, con voz dulce.
—Te conozco, cariño. No puedo decir nada, hasta que el forense lo declare.
—Pero, tú crees que no fue un accidente— afirmó, haciendo sonreir a su esposo.
—Pudo serlo, como pudo no serlo. Hay que investigar— señaló tajante — ahora, por favor, duerme que es tarde y mañana tengo que estar temprano en casa de los Hamilton, para pasar luego al castillo, pues Baker me pidió que estuviera allí a las once.
—Que duermas bien, cariño.
—Tú también— dijo el doctor, apagando la luz. No quiso ser más expresivo con su esposa, pues ella era discreta en general, pero a veces cometía algún desliz y en este caso podía ser grave. El pensaba que a esa mujer la asesinaron y nadie estuvo ahí para verlo, pero no se lo diría a su esposa, hasta estar seguro.

CAPITULO VI

—El comisario estará por llegar— dijo Stella, terminando su desayuno. Creo que es mejor que vayas levantándote de la mesa, cariño— agregó mirando a su esposo que leía el periódico matutino.
—Tienes razón. No he dormido bien— señaló tomando su último sorbo de café y pidiendo a Spencer que le sirviera otra taza. El mayordomo estaba presto a atenderlo.
—Sentí que dabas vueltas en la cama. Yo tampoco he dormido bien— dijo ella, bostezando.
—Es que no todos los días se tiene un crimen en casa— declaró su esposo, bebiendo su café, que humeaba.
—No logro comprender…
—¿Qué cosa?
—Cómo pudo pasar esa tragedia. Y nadie vio nada— pensó en voz alta.
—No sabemos. El comisario va a interrogar a todo mundo. Tal vez algún invitado o algún sirviente tenga algo que decir.

En cuanto terminó de hablar, se sintió el timbre y el mayordomo se

apresuró a abrir la puerta. En unos segundos llegó de regreso, con el comisario Baker pisándole los talones.

—Buenos días, señor Montgomery— dijo el policía entrando en el comedor— Señora— añadió haciendo una venía a la dueña de casa.
—Buenos días, comisario. Por favor, siéntese— ofreció ella— Los dejo para que conversen— luego se dirigió a Spencer— por favor, ofrézcale algo de beber al señor Baker.
—En seguida, señora— dijo el anciano acercándose al recién llegado con la cafetera.
—Gracias, Spencer— dijo el policía, que no había alcanzado a tomar un desayuno como es debido. Iba a procurar comer algo, si su anfitrión lo permitía. El señor Montgomery era un hombre muy comprensivo.
—Baker, pruebe esas salchichas. O si prefiere, Spencer puede servirle unos huevos— dijo el dueño de casa, ordenando el periódico.
—Gracias, Sr. Montgomery, con esas salchichas estaré perfecto. Será un largo día.
—Entonces, Spencer, traiga al comisario unos huevos y reponga el pan, que ya no queda en la mesa— ordenó el propietario del castillo— y me consigue una aspirina.
—En seguida, señor— se apresuró a reaccionar el anciano, a su ritmo cansino.
—Me imagino— afirmó— que tendrá que entrevistar a todo mundo, hay mucho que averiguar.
—Voy a comenzar con la familia, si le parece. Así los dejamos tranquilos. Le pedí al doctor Grant que se presentara por aquí. En un momento llegará.
—¿Ha descubierto algo más? — preguntó el señor Montgomery, con curiosidad.
—El forense confirma lo que descubrió el doctor. La mujer fue drogada con algún medicamento que le provocó un desmayo. Al parecer, estando en el suelo, le lanzaron la maceta encima.
—Muy arriesgado, pero si se hubiera supuesto un accidente, que era a todas luces, lo sucedido, nadie habría sospechado— señaló Montgomery, pensativo— ¿Quién podría querer asesinar a nuestra invitada? No la conocíamos de nada.
—¿Por qué estaba aquí? — preguntó el comisario que no tenía mayor información de cómo se habían sucedido los hechos desde la llegada de la mujer a la casa.
—Mi hermana la conoció en un viaje por alta mar que hizo hace algunos años. Era mucho más joven que Margot, pero al parecer congeniaron bastante. A mi hermana le encanta la pintura. La última vez que la artista la visitó, estuvieron hablando del castillo y esta

mujer mostró interés por conocerlo.
—¿Y la invitaron?
—Le pedí a Williams que la contactara. Me imagino que la fecha era adecuada para ella y coincidió con la fiesta de ayer. Stella no estuvo muy de acuerdo, pero ya estaba hecho. Williams tuvo una pequeña discusión con ella, por esa causa.
—¿Su esposa no estuvo de acuerdo?
—La celebración ya era un dolor de cabeza y tener invitados siempre es complejo, pero Williams se encargó de todo. Al final se solucionó de buena forma. Además, sólo estaría un par de días. Luego viajaba a Cannes, creo— Que pena, terminar así sus días…y en esta casa— se lamentó.

El comisario miró al derredor y asegurándose de no ser escuchado, hizo una pregunta que le parecía impertinente, pero tenía que hacerla.

—¿No ha pensado que tal vez la mataron por error? — preguntó, mirando fijamente a su interlocutor.
—¿Qué insinúa? — dijo Montgomery, con tono ofendido.
—No lo digo por algo concreto, sólo…
—Sí, se lo que quiere decir— reconoció después— A mí me conmocionó verla tendida en el suelo. Mi primera impresión fue que se trataba de mi esposa.
—A eso me refiero— manifestó Baker, tomando valor— la mujer tiene alguna similitud física con su esposa. Sobre todo al estar vestida como estaba.
—En realidad, no se parecen en nada, pero le repito que a la primera impresión, con la oscuridad y las luces de los faroles… además llevaba su chal— agregó Montgomery, dejando al comisario asombrado.
—¿Cómo?
—Una lamentable casualidad. Stella se quitó el chal para ponerse un abrigo. Fue a buscar a mis perros que se habían escapado— agregó a modo de explicación— Y mi hija se lo entregó a la invitada, pues estaba sobre un sillón y no le pareció mal. Stella no se complica con esas cosas.
—¿Su mujer tiene algún enemigo? ¿Cree que alguien quisiera hacerle daño? ¿O a usted?
—Comprendo lo que plantea. No creo que ella tenga enemigos en el mundo. Todos sus conocidos la estiman, incluso entre los granjeros, la tratan con mucha deferencia, se ha ganado el respeto de la gente del pueblo. En mi caso, no diría lo mismo, pero con quienes he tenido rencillas son personas pacíficas y generalmente llegamos a acuerdos. Últimamente, he tenido algunos problemas con el vecino de la propiedad que tengo al otro lado del río. Carrington es su apellido. Es

un hombre difícil, continuamente me está provocando, pero no creo que llegue a esos extremos.
—Bueno, vamos a entrevistar a todo el mundo. Quizás alguien tiene algo interesante que decir. Vamos a visitar a ese tal Carrington— dijo anotando el nombre en su libreta— Le parece si comenzamos con usted, señor Montgomery.
—No faltaba más, comisario. Acompáñeme a la biblioteca, ahí estaremos tranquilos.

Dentro de la habitación, Elliot Montgomery se instaló tras su escritorio. Daba la impresión de que él iba a dirigir la entrevista, pero el comisario sabía hacer muy bien su trabajo.

—Señor Montgomery. Hemos establecido la hora del crimen, por la información que recabamos ayer, en el momento en que se sintió la rotura de cristales, que fue a las 23.55 Hrs. Algunos invitados se fijaron en el reloj que está colgado en el muro. Cuénteme que estuvo haciendo entre las once treinta y la medianoche de ayer.
—A las 23.20 entramos a la biblioteca con Milton Rice. Lo sé, porque miré el reloj de la chimenea, pues Stella me pidió que a medianoche saliera a despedirme de unos correligionarios que me visitaron y no quería que se me pasara la hora. Hacía tiempo que no nos veíamos con este amigo y estuvimos hablando de unos negocios que pensamos hacer aquí en la localidad. Debió ser casi medianoche, cuando me quedé solo en la biblioteca. Este muchacho fue a fumar al jardín. Salió por el ventanal, que está a su espalda.
—Continúe—pidió el comisario.
—Me quedé guardando unos documentos en la caja fuerte. Unos minutos después, se sintió una sonajera de vidrios. Me preocupé y salí al salón, vi que algunos invitados se agolpaban cerca de la puerta; me aproximé. Ahí fue cuando…
—Vio a la mujer y pensó que era su esposa.
—Exacto. Me tambaleé con la impresión y apareció Milton, desde los rododendros para sostenerme, luego llegó mi hija. Y en seguida sentí un grito ahogado, que venía desde atrás, donde está el sicómoro. Era la voz de Stella y recién ahí me incorporé, pero nuevamente me sentí desfallecido por la impresión y Spencer me trajo un whisky.
—¿Quiénes estaban ahí? ¿Lo recuerda?
—Estaba el doctor, cerca del cuerpo. El párroco apartando a la gente. Luego de llegar yo, apareció Milton como le digo y Jessica, que venía desde el interior.
—El resto de los invitados, ¿No estaban allí?
—Las damas estaban dentro de la casa, Murphy las contuvo en el interior. Era un espectáculo poco agradable de ver. Luego llegó

Williams, mi secretario, pero no sé de dónde venía. Mis compañeros de partido, estaban en el salón de fumar, no se percataron de nada. Me refiero a Clarence Lloyd y el encargado del ayuntamiento, Roger Halston. Sus esposas, estaban conversando en el salón de música, creo.
—¿Eso es todo lo que recuerda?
—Quedaba poca gente, muchos se fueron antes de medianoche, porque se estaba poniendo frío el clima. Creo que hasta cayeron algunos goterones. Sólo quedaban algunos amigos más cercanos. Los que mencioné.
—Creo que eso es suficiente. Voy a hablar con su esposa, espero que no le provoque algún disgusto.
—No se preocupe por eso. Mi esposa tiene buenos nervios. Creo que ella también ha pensado en lo que hablamos. No es impresionable, vaya sin cuidado— dijo sonriendo tranquilo.
—Le agradezco su ayuda, señor. Necesito hablar con su hija también.
—Claro, Jessica estará en casa todo el día— afirmó el hombre.
—Necesito las señas de su amigo Rice— señaló el comisario sacando una libreta.
—Compró una casa cerca del pueblo, en el sector de Golden River, cerca de la finca de los Richmond, es la mansión de dos pisos de estilo georgiano.
—La ubico perfectamente, la que era de Wills— confirmó el policía, que transitaba por esa zona, de camino al cuartel.
—Esa misma, la está remodelando. Estaba un poco deteriorada. Le faltaba modernidad. El teléfono se lo puede pedir a Williams.
—Perfecto, con eso es suficiente— dijo el policía, anotando en su libreta. Le haremos una visita más tarde. Muchas gracias señor.
—No hay por qué darlas. Espero que se aclare este crimen lo más pronto posible.
—Su secretario ¿Está en la casa?
—Sí, debe estar en su despacho, donde trabaja mecanografiando las cartas, en la segunda puerta por el pasillo. Por favor, adelante, está en su casa.

El comisario entró por donde señaló Montgomery y golpeó en la segunda puerta. Desde el interior lo invitaron a pasar. El despacho del secretario era una sala pequeña, en donde había un escritorio, sobre el que se había instalado una máquina de escribir. A un costado había un mueble librero con unas enciclopedias y libros de leyes con empastes bastante antiguos. Tenía un ventanal que daba hacia la zona de la laguna en donde se veían los sauces añosos, que daban nombre a la mansión. Era una pieza oscura, pero con el ventanal abierto se tenía buena luz por la mañana.

—Comisario, ¿en qué le puedo ayudar? — preguntó el joven, ofreciendo asiento al oficial en un sillón de cuero, en regular estado— Esta es mi sala de trabajo, no es muy cómoda para recibir visitas. Lo siento. Tal vez prefiera ir a la biblioteca— propuso, pero el policía declinó la invitación con un gesto.
—No, no se moleste. Será rápido, no le quitaré mucho tiempo— dijo el comisario, sacando su libreta de anotaciones— Necesito que me relate sus actividades desde las once treinta de la noche de ayer, ¿dónde estaba cuando sucedió todo?
—A ver— contestó el muchacho, tratando de hacer memoria— A esa hora, estaba conversando con la señorita Montgomery, que buscaba a su padre, pero éste estaba encerrado en la biblioteca. Luego fui al salón de fumar, pues se me quedaron mis cigarrillos en esa habitación, en donde estuve antes, conversando con algunos invitados del señor, que me pidió que atendiera, el señor Lloyd y el señor Halston. De pronto, se sintió un ruido de cristales, pero no lo sentí tan fuerte, más bien me llamó la atención el murmullo general que ocasionó. Entonces, me acerqué al lugar en donde se había reunido la gente y corrí, pues el señor estaba casi desmayado y su hija lo estaba afirmando para que no cayera. Cuando llegué, noté que el señor Rice lo estaba acompañando y Spencer le llevó un trago.
—¿No vio a la mujer tendida? — preguntó el oficial, pendiente de cualquier gesto.
—Desde donde yo estaba no se veía el jardín. El párroco hizo que la gente entrara y luego cerraron la puerta. El señor nos hizo ir a la biblioteca y nos encerramos ahí varias personas.
—Sí, esa parte ya la conozco. ¿Entonces no vio a la mujer muerta? — insistió.
—No. Me enteré de todo lo sucedido cuando el doctor pidió que llamaran a la policía. Fue todo muy confuso.
—¿Usted no salió al jardín durante la noche?
—No, estuve en el interior toda la velada— aseguró el muchacho.

Ralph Williams era un joven rubio, con rasgos varoniles, pero demasiado bello para el gusto del comisario, que prefería que los hombres tuvieran rasgos marcados. Su mejor gente, eran hombres de gesto firme. El secretario lucía muy limpio y arreglado. Salió de la habitación, dando gracias al empleado por su tiempo.

Fuera del cuarto se reunió con el oficial Roberts, que llegaba en ese momento y procedió a esperar a la señora Stella Montgomery, que el mayordomo había ido a llamar a sus habitaciones. La mujer de cabello pelirrojo, apareció enfundada en un traje color verde de dos piezas, cubierta con un chal de color oscuro. Era alta, aunque llevaba tacones

bajos esa mañana.

—Señor comisario, ¿en qué puedo ser útil?
—Señora, agradezco que me dé unos minutos de su tiempo, para que me relate lo que recuerde de los acontecimientos de ayer noche.
—Claro, por supuesto. He estado pensando en eso y tratando de recordar qué hice exactamente.
—Usted es una mujer muy observadora, señora. Espero que me pueda ser de ayuda su relato.
—Esperemos que así sea— dijo ella tranquilamente, asumiendo el halago.
—Cuénteme que hacía entre las veintitrés treinta y la medianoche— pidió abriendo su libreta y prestándose a anotar lo que la mujer dijera.
—A las once y media estaba conversando con la señora Grant. Debían ser las once y cuarenta y cinco, cuando Spencer me avisó que Ginger, la perrita yorkshire de mi esposo, que es su adoración, se había escapado al jardín y el otro perro, el beagle Rufus, la había seguido. Entonces salí, junto con la señora Page a buscarlos, porque estaban cayendo algunos goterones y se iban a mojar, lo que iba a dejar un desastre en la casa— dijo deteniéndose para que el hombre pudiera anotarlo todo.
—Continúe, por favor.
—Bueno, encontré a Ginger bajo el sicómoro, pero Rufus no aparecía y al final lo encontramos en la cocina, porque había regresado solo; es nervioso y había mucha gente en la casa. Volví a salir al jardín por ese sector, para entrar al salón principal y cuando venía acercándome vi como Milton Rice corría hacia el interior de la casa.
—¿Dónde estaba él?
—Creo que venía desde el sector del ciprés. Cuando estuve más cerca, vi al doctor Grant que se incorporaba desde el suelo y ahí noté el cuerpo de esa mujer— dijo haciendo un gesto de pesar— no pude evitar impresionarme, pero creo que ni siquiera fui capaz de gritar, el grito se ahogó en mi garganta.
—¿Que vio exactamente?
—Estaba esta mujer tendida en el suelo, boca abajo con la cabeza vuelta hacía mí. Tenía sangre que salía desde su cabeza y a un costado estaba el macetero griego, que decoraba ese muro, destrozado. Había tierra por todos lados. La reconocí en seguida, pues vi su cara. Desde donde estaba el resto de la gente, no podían ver su rostro. Mi esposo pensó que era yo la que yacía tendida.
—¿Le sorprendió que él lo creyera?
—Sí, porque no nos parecemos nada. Ella era más delgada, un poco más joven. Su cabello no es del mismo tono que el mío, además era tinturado. Son cosas que las mujeres nos damos cuenta, pero puede ser

que un hombre crea que hay parecido. Claro que el chal que ella llevaba es de mi propiedad y eso pudo provocar la confusión. Al verla de improviso…
—Ya me contó su esposo, que su hija Jessica, le había pasado su pañoleta.
—Así fue. Ella llevaba algo de color rojizo, pero no lo tenía a mano, al parecer lo olvido en alguna parte.
—Le voy a consultar algo, espero que no la violente, señora— dijo el hombre siendo cauteloso.
—Comisario, por favor, haga su trabajo— pidió ella, entendiendo hacia dónde iría la pregunta.
—¿Usted tiene enemigos? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?
—¿Cree que el atentado era contra mí?
—Respóndame la pregunta, por favor.
—No tengo enemigos. Soy una mujer de trabajo, de una familia normal. Es cierto que estudié literatura en algún momento, pero me dediqué a servir en oficinas, hasta que conocí a mi esposo. Llevamos seis años juntos y hasta ahora, jamás he notado que alguien me tenga algún rencor por cualquier motivo. Incluso, la familia de Elliot me aceptó de buena forma. Me refiero a Jessica y a Bridget, que es prima de la primera esposa de mi marido.
—¿Y su esposo? ¿Sabe usted de alguien que quisiera vengarse de él? ¿Que tuviera cuentas pendientes?
—Comisario, me asusta. ¿Cree que estamos en peligro?
—No creo nada, estoy sopesando las alternativas. Esa mujer no era del pueblo, llegó recién ayer en la mañana a esta casa y muere a medianoche. No es lógico ese desenlace. A menos que alguien la conociera de antes.
—La invitamos, porque mi cuñada Margot le sugirió venir y nos pareció bien, aunque llegó en un momento complejo, pues la celebración de ayer me tenía los nervios de punta. El vino llegó con retraso, una de las sirvientas se enfermó y un par de invitados no confirmaron hasta muy tarde. Con todo eso, no tenía cabeza para preocuparme de nada más, pero Jessica almorzó con ella y la señora Page estuvo al pendiente de cualquier necesidad. Williams la llevó a recorrer la casa, me lo debía luego de comprometerse a hacerse cargo de la invitada. En fin, la vi muy poco ayer durante el día, conversamos sólo a su llegada, cuando le mostré unos lienzos que Elliot luce orgullosos en su despacho y ella los encontró magníficos. Luego de eso no volví a verla, hasta la noche, cuando se la presenté a los invitados.
—¿No sabe si ella conocía el pueblo?
—Por lo que alcancé a hablar con la señorita Cook, me pareció que era la primera vez que visitaba la región. Encontró muy bonito el lugar, dijo que no se lo imaginaba con tanta vegetación y le encantó el

río.
—Bueno, creo que eso es todo— detalló guardando su libreta— Perdón, olvidaba algo. Necesitamos un dato más, la voy a tener que molestar con un listado de los últimos invitados que quedaban— dijo el comisario— puede ser además que necesite hacer más preguntas cuando tengamos más información.
—Cuando quiera puede venir a vernos— respondió ella, poniéndose de pie— Le diré a Jessica que baje, si le parece. Y voy a anotar los nombres de los invitados, espero no olvidar a nadie.
—Gracias, voy a hacer una llamada, si me permite.
—Claro, pediré a Spencer que lo lleve hasta el teléfono— dijo, saliendo al salón.

El mayordomo llegó en seguida, para acompañar al oficial a hacer el llamado. Mientras tanto, Jessica Montgomery bajaba la escalera y se introducía en el salón, a la espera del comisario. Roberts llegó en seguida a acompañarla y aprovechó de pedirle sus señas y comentar un poco acerca de la entrevista que tendrían. Charles Baker, volvió luego de hacer la llamada y saludó a la muchacha con galantería.

—Señorita Montgomery, le agradezco que nos dé unos minutos.
—Por supuesto, Comisario, pregunte lo que necesite — dijo ella, arreglando el pañuelo azul de seda que llevaba atado al cuello, que combinaba con su pullover celeste de cachemira.
—Le agradeceremos que nos relate sus movimientos de ayer noche, Roberts tomará apuntes— dijo señalando al muchacho que la miraba embobado.
—Creo que estuve conversando con el señor Rice, hasta que terminó la cena. Luego nos tomamos un café y él se reunió con algunos amigos de papá, por lo que yo me fui a mi cuarto a cambiarme zapatos, pues los tacones me tenían destrozados los pies. Serían las once y treinta cuando bajé y me reuní con las señoras, que estaban conversando en el salón pequeño. Fui a ver a papá, pero estaba encerrado en la biblioteca, pues Williams me lo comentó al encontrarme con él en el pasillo. Luego fui a la cocina a buscar un chocolate caliente, pues la señora Rogers siempre tiene preparado. Venía caminando de vuelta al salón, cuando sentí los vidrios que se rompían, luego vi a papá caminando rápido hacia el jardín y lo seguí.
—¿Qué dijo su padre?
—Creo que pensó que era Stella la que estaba tendida y si el señor Rice, no lo coge del brazo, habría caído de bruces, pues las piernas no lo sostenían. Yo me acerqué y estaba frío y pálido. Spencer, siempre tan oportuno, llegó con unos tragos y yo tomé un vaso de whisky y le di a papá un sorbo. El señor Rice me ayudó a hacer que lo bebiera y

con eso se repuso. Luego ya vio que Stella estaba bien y volvió a tener colores.
—¿Usted pensó lo mismo?
—¿Que si era Stella? — preguntó y luego reflexionó sobre el asunto— No, creo que no. Yo no noto gran parecido, porque tenía el pelo tinturado y eso se aprecia, pero entiendo que mi padre, con la oscuridad tuviera esa impresión, sobre todo por el chal que llevaba.
—Creo que es todo, Roberts— dijo el comisario, dirigiéndose a su subalterno— ¿Roberts! — insistió al ver que el muchacho admiraba a Jessica Montgomery y no atendía a sus palabras.
—Señor… como diga— atinó a decir, viendo la molestia de su jefe, mientras se ponía de pie y guardaba sus notas en el bolsillo de su chaqueta.
—Señorita, no la molestamos más. Creo que vamos a seguir con el resto de los invitados.

En ese momento, entraba Stella Montgomery al salón, con un papel en su mano.

—Comisario, creo que estos son todos quienes permanecieron en casa hasta el final de la reunión de ayer— dijo entregando la lista al hombre. Luego agregó— Llamó el doctor Grant, para avisar que tuvo un inconveniente y no podrá venir.
—Muchas gracias, voy a visitarlo en su casa más tarde entonces— respondió echando una mirada al papel. Luego de leerlo lo guardó en su bolsillo— Roberts va a entrevistar a la servidumbre. ¿Le parece si lo hacemos ahora? No quiero importunarles su normalidad.
—Le diré a Spencer que organice a los criados. No va a tomar mucho tiempo, espero. No creo que hayan visto mucho, estaban todos en la cocina— añadió la dueña de casa.

El comisario le dio instrucciones al sargento Roberts y se retiraba de la casa, cuando se cruzó con la enfermera Wilson que bajaba desde las habitaciones superiores. Traía una bandeja en sus manos.

—Señorita Wilson, ¿Tiene un minuto? Necesito hacerle una consulta.
—Claro, señor comisario. ¿En qué le puedo ayudar?
—Usted estuvo ayer en la fiesta. ¿Es así?
—Sí, estuve un momento, acompañando a la señora Kay, que tuvo la deferencia de invitarme, pero nos retiramos antes de la cena. Ella se cansa pronto, pues sus piernas están débiles.
—¿Notó algo raro en la mujer asesinada?
—¿Raro?
—Estaba nerviosa, preocupada, alternó con los invitados…

—No me fijé mucho en la mujer. La señora estuvo sentada en el salón y yo estuve con ella. No sabría decirle…
—Otra cosa… ¿Ha notado si le falta alguna jeringa entre sus cosas?
—¿Una jeringa? — preguntó la enfermera, que siempre repetía las preguntas que le hacían, para procesarlas mejor.
—Sí, ¿Usted tiene jeringas habitualmente en su bolso o en su maletín o en lo que sea que use?
—Normalmente tengo media docena en mi bolso para atender a un par de pacientes que visito en mis horas libres. Justo hoy estuve revisando, pues tengo que ir en la tarde a ver a la señora Allen y estaba todo completo.
—Le agradezco su tiempo. No la molesto más. Siga con sus quehaceres.
—No es molestia, señor comisario— respondió la mujer siguiendo su camino hacia la cocina

Antes de que desapareciera tras la escalera, el oficial volvió a hablarle.

—La señora Kay, ¿Estará dispuesta a conversar un momento?
—Claro, comisario. Está en su habitación, ¿Quiere que la llame?
—No se moleste. Yo subo.
—Acompáñeme— propuso la enfermera, devolviendo sobre sus pasos — Voy a anunciarlo. La señora es muy quisquillosa.
—Tiene razón, es lo mejor— señaló el policía, que conocía las mañas de las mujeres mayores. Tenía una tía vieja.

Llegaron al segundo piso, la enfermera se acercó a la puerta del dormitorio de Bridget Kay y golpeó dos veces. Se escuchó desde el interior que la invitaron a pasar. Habló desde la puerta con su paciente y se volvió al comisario con una sonrisa.

—Adelante, señor— dijo señalando al interior del cuarto de la señora.
—Permiso, señora. Lamento tener que molestarla, pero será muy breve. Sólo necesito confirmar sus movimientos de ayer noche.
—Claro, señor Baker. No sabía que la policía estaba en la casa— declaró mirando a su enfermera con cara de reproche. Le gustaba enterarse de todo y esperaba que la mantuvieran al día de los chismes.
—Estamos haciendo algunas diligencias en el sitio del suceso y tomando declaraciones— aclaró el comisario— Le agradezco que me cuente lo que recuerde de la noche de ayer.
—Bajamos al salón cerca de las ocho, la señorita Wilson me acompañó. Saludamos a los invitados de Elliot, no podía hacerles un desaire. Luego nos quedamos en el salón durante los aperitivos. A las nueve y media, tal vez un poco después, me retiré antes de que

entraran al comedor. La enfermera me ayudó a acostarme.
—¿Escuchó algo de lo sucedido a las doce?
—No, recuerdo que eran diez minutos para la medianoche cuando la señorita Wilson me llevó una bolsa de agua caliente— declaró mirando a la enfermera con estima— Se preocupa bastante de mí. Recuerdo la hora, porque estaba leyendo y la enfermera me dijo que era tarde. Entonces me acomodé en la cama y me debo haber dormido en seguida. Estaba cansada con el trajín de la fiesta.
—No está acostumbrada a trasnochar— agregó la señorita Wilson, que se había quedado de pie, junto al sillón en que la señora descansaba.
—Recién hoy por la mañana me enteré de lo sucedido. ¡Que tragedia!
—Bien, señora Kay. Muchas gracias por su deferencia— dijo el comisario despidiéndose— no la molesto más, la dejo que descanse.

Luego de esa pequeña charla, el comisario abandonó por fin el castillo. Roberts continuaría con los interrogatorios, pero no esperaba conseguir gran cosa con la servidumbre.

Stella se despidió del comisario Baker y buscó a su esposo que estaba encerrado en la biblioteca.

—¡Que contrariedad! — exclamó Montgomery, colgando el teléfono.
—¿Malas noticias?
—No. Es que estaba llamando a Margot, para ver si tenía contacto con algún familiar de esta mujer, pero me dijo mi sobrina Joan, que sus padres están haciendo un crucero por el Mediterráneo. No tenemos como ubicarla pronto.
—Deja que Williams se encargue de eso. Si él pudo ubicar a la artista, debe tener algún teléfono dónde localizar a alguien cercano. Debió tener alguna asistente o criados. No te preocupes.
—Es que me siento responsable de todo esto— dijo el hombre apesadumbrado— No olvides que murió en nuestro jardín.
—No es nuestra culpa. Alguien la atacó, no fue un accidente. Tal vez tenía asuntos pendientes con alguien de la localidad, que conoció en algún otro lugar. O pudo entrar alguien al jardín, no es imposible— declaró Stella y su esposo le encontró razón.
—Es cierto, no lo había pensado. Quizás alguien supo de su visita y aprovechó de cobrarse de alguna rencilla anterior.
—Debemos tener precaución, parece que cualquiera entra en el Castillo— dijo Stella, alentando a su marido a ser más cuidadoso.
—Es verdad. No había considerado eso, hasta ahora. Puede entrar cualquier ladrón y robarnos todo, o entrar a nuestros cuartos y…
—Tampoco te vuelvas paranoico, querido. Tal vez, hay que reforzar la

seguridad en los muros que dan al camino. Y mantener cerradas las puertas.
—Voy a pedir a Williams que llame a Stevens, tenemos que poner cercos de alambre sobre los muros y desde hoy, las puertas se van a cerrar a las ocho. No vamos a correr riesgos. Y vamos a soltar a los perros…a los mastines, me refiero, no a mis chicos.
—A tus bebés se los pueden robar— señaló Stella a quien le encantaba molestar a su esposo, por su adoración con sus pequeños. Ella también los quería, pero ponía en su crianza mayor disciplina que su esposo.

Salió de la biblioteca y se dirigió al teléfono. Llamó a su amiga Eleanor Grant, pues no habían tenido ocasión de comentar lo sucedido. La invitó a tomar el té y luego hizo lo mismo con la esposa del párroco. Sería bueno que pudieran sacar sus conclusiones, sin tener hombres presentes.

CAPITULO VI

El comisario siguió el recorrido por el pueblo. Se acercó a la Iglesia, pero no a participar de la eucaristía. Se internó por el costado del edificio, ingresando a la residencia del párroco. La señora Murphy se lo topó, saliendo al jardín.

—Señor Comisario, no lo esperábamos tan temprano—dijo la mujer que llevaba una regadera de latón y se disponía a humedecer sus hierbas aromáticas— Por favor, tómese un café conmigo. Jacob está atendiendo a los Simons que están preparando el bautizo de su bebé. Se desocupará en un momento.
—Muy amable, señora Murphy, acepto ese café, encantado.
—Venga, tome asiento— ofreció recibiendo el sombrero del hombre y dejándolo sobre la mesa del comedor. Caminó en dirección a la cocina y llamó a su sirvienta para que trajera café.

El comisario se acomodó entre los abundantes cojines que cubrían un viejo sillón y se preocupó de no aplastar la labor de lana que había sobre el mismo ni al gato, que dormía plácidamente sobre un canasto. Con el movimiento el animal despertó y movió la cola en señal de disgusto.

—Moses, sal de ahí— ordenó la mujer al gato, que se levantó con mala disposición y se acomodó en el borde de la ventana, donde llegaba un pálido rayo de sol y siguió durmiendo.
—Bonito animal— dijo el comisario, que no era muy adepto a las

mascotas, prefería los caballos.
—Es muy tranquilo, pero dominante. Hay que saberlo llevar— dijo ella, como si hablara de una persona. Cuando la sirvienta, que trajo la bandeja con el café y bocadillos se marchó, continuó hablando— ¿Cómo van las investigaciones? Me imagino que viene por el asesinato — afirmó susurrando Olive, que no daba rodeos a las cosas.
—Veo que ya se ha enterado de algunos detalles— manifestó el policía, que conocía a sus vecinos.
—Jacob no quiso aventurar nada, pero yo vi el cuerpo y creo que era muy extraña la disposición del mismo, ¿No cree?
—¿Por qué lo dice?
—Es que no me pareció natural la forma en que estaba tendida. No concordaba con un golpe recibido de improviso. ¿Estaba muerta cuando le cayó la maceta?
—Señora Murphy, no vamos a aventurar nada, hasta que el forense declare en la encuesta— pidió recibiendo la taza de café que la mujer le ofrecía.
—Lo siento, es que soy muy curiosa— se disculpó.
—Le agradezco que me pueda relatar los hechos, tal como los recuerde.
—No hay mucho que decir, comisario. Yo estaba conversando con Eleanor, la señora Grant, de lo deliciosa que estuvo la comida y alabando el pescado que se sirvió, luego hablamos de Bridget Kay que estuvo en la fiesta y se veía mejor de salud, pues había estado con bastantes malestares. De pronto, mientras conversábamos se sintió romper unos cristales. Pensamos que Spencer se habría caído con las copas, ¡pobre hombre! o algo por el estilo, nunca creímos que fuera algo tan grave. Nos levantamos desde los sillones en que nos encontrábamos, pero yo tenía un dolor de pies terrible, no acostumbro usar zapatos de fiesta y Eleanor me ayudó a ponerme de pie. Nos demoramos en llegar a la puerta del jardín. Cuando nos acercamos ya estaba todo mundo allí y Murphy nos pidió que no avanzáramos, por lo que no vimos a la mujer en ese momento.
—¿Qué pasó después?
—Apareció el señor Montgomery desde la biblioteca, caminando lentamente, pero a medida que se acercaba apuró el paso y se veía afectado. Salió al jardín y su hija corrió tras él. No vi que pasó entonces, sólo después de unos minutos, el señor Montgomery ya repuesto les pidió a los hombres que lo acompañaban que fueran a la biblioteca. El señor Rice cerró la puerta, aunque no sirvió de nada, pues los cristales estaban rotos. Nos quedamos sólo las mujeres en el salón y mientras los hombres conversaban, echamos un vistazo al jardín y pude ver el cuerpo, tal como le dije, percatándome de sus piernas tan extendidas y me pareció extraño que se quebraran los

vidrios.
—¿Por qué?
—No me expliqué en ese momento como la maceta lo pudo golpear, pues había fragmentos cerca, pero eran pequeños. Si fue un crimen, tal vez el asesino la golpeó cuando trataba de empujar el jarrón de arcilla. Debe ser muy pesado.

Cuando terminaba de hablar, se sintieron pasos desde el jardín. El párroco venía llegando a la casa.

—Comisario, no nos dijo a qué hora vendría— señaló el hombre saludando al policía, que se puso de pie al verlo— Tome asiento, por favor. Termine su café.
—Señor párroco, siento molestarlo a estas horas, pero comprenderá que tenemos que reunirnos con mucha gente. Va a ser un largo día.
—Claro, claro. Comprendo. Espero que mi esposa le haya contado algunos pormenores de lo sucedido.
—No mucho, en verdad, porque ella llegó luego de que todo había acontecido. Quizás usted pueda darme más detalles.

El clérigo, se sentó en un sillón tan destartalado como el que contenía al comisario y tuvo que espantar a Moses, que estaba nuevamente instalado. El gato se sentó entonces en sus piernas y el párroco acarició su lomo, provocando gran placer en el felino. El hombre se puso en actitud reflexiva y comenzó a relatar los hechos como si estuviera predicando su sermón.

—Me disponía a ir a buscar a mi esposa, para que nos retiráramos a casa. Ya era cerca de la medianoche y mis zapatos me estaban torturando.
—No estamos acostumbrados a tanta etiqueta— aportó su mujer, interrumpiendo.
—Me senté un momento en una banqueta de terciopelo que hay fuera de la sala de fumar, para descansar mi espalda.
—Ha estado con un lumbago terrible, por estar haciendo esfuerzos indebidos— agregó su esposa, interrumpiendo nuevamente.
—Querida, eso no le importa al comisario. No me interrumpas, cariño.
—Lo siento, continúa— dijo haciéndose la ofendida.
—Si, por favor, continúe, Murphy— pidió el comisario impaciente por saber qué podía aportar el hombre.
—De pronto, un ruido de cristales alertó a todo el mundo. Me puse de pie en seguida, yendo hacia el jardín. Ahí estaba el doctor Grant con una rodilla en el suelo, revisando a una mujer que estaba tendida en el piso. Me acerqué un poco más y vi el jarrón de arcilla destrozado y

sangre en el suelo. Entonces traté de que las damas no se acercaran. Jessica Montgomery corría desde dentro de la casa, al ver a su padre que caminaba rápidamente hacia el jardín. Quise evitar que saliera, pues pensé que se trataba de la señora Montgomery, pero no lo logré. Elliot se descompuso, pero fue sólo un instante, porque en seguida comprendimos que se trataba de la señora Cook.
—¿Quién más estaba ahí? — preguntó el comisario, para corroborar otras versiones ya escuchadas.
—Estaba el doctor, Elliot, su hija, un amigo del señor Montgomery que nos presentó, no recuerdo el nombre y luego llegó Stella.
—¿Alguien más?
—Creo que no…la esposa del doctor y mi esposa no salieron al jardín.
—¿La mujer ya estaba muerta?
—Grant dijo que lo estaba. Me imagino que él sabe, no podría asegurarlo, pero creo que Richard hizo las revisiones correspondientes y el deceso fue instantáneo— Se quedó pensando un momento y luego agregó algo— Williams también estuvo en el jardín, pero llegó después que los demás. Fue cuando el señor Montgomery ya volvía a entrar en la casa.
—Bueno, hasta ahora no tenemos mucha información. Todos los testigos, vieron más o menos lo mismo. El amigo del señor Montgomery, ¿Dónde estaba?
—Creo que venía del parque, puesto que dijo que estaba fumando. Luego apareció Stella, pero desde el otro costado del jardín. Todo el resto estaba dentro de la casa.
—Gracias, señor Murphy. Vamos a continuar con los interrogatorios. Si tenemos que hablar con usted le voy a avisar.
—Pierda cuidado, comisario, estamos a su disposición.
—Por supuesto— dijo Olive, que no había querido abrir la boca, mientras su marido relataba los hechos.

CAPITULO VII

En el castillo, se aprestaban a almorzar. Spencer estaba avisando al señor que la comida se serviría en treinta minutos, cuando llegó un invitado. Milton Rice apareció conduciendo un Bentley de color gris plata y estacionó frente al castillo. Jessica salía desde la cocina y se asombró al ver al amigo de su padre que almorzaría con ellos. El hombre, alto y bronceado, bajó del vehículo e ingresó a la casa, saludando a Spencer quien le recibió el abrigo y el sombrero que traía. Luego saludó a Jessica que se había quedado parada cerca de la entrada del comedor. La muchacha había cambiado su atuendo de la mañana por un vestido estampado negro y rosa.

—Señorita Montgomery, que placer verla. Está usted muy bella.
—Gracias, señor Rice. No sabía que nos visitaría.
—Su padre ha tenido el detalle de invitarme. Ayer no pudimos conversar, los hechos acaecidos no nos permitieron seguir charlando, así que aquí estoy.
—Bienvenido nuevamente— dijo la muchacha, sin ocultar el placer de volver a verlo— está en su casa.
—Milton, amigo, que bueno que llegaste— dijo Montgomery bajando la escalera y saludando al recién llegado— que bello automóvil— agregó alabando el vehículo en el que éste había llegado.
—Me gustó mucho y lo compré. Necesito tener en que moverme.
—Es perfecto— dijo Elliot, llevando a su amigo al interior del salón.
—Spencer, por favor, nos sirve unos aperitivos.
—En seguida, señor— dijo el anciano, llegando en seguida con una bandeja y unos tragos que ofreció a cada uno de los presentes.

Ralph Williams bajaba la escalera y no le gustó la sorpresa con la que se encontró. Ese hombre miraba demasiado a Jessica y se podía convertir en un problema. El joven llevaba algunos meses como secretario del señor Montgomery y en cuanto conoció a su hija que llegó de Paris unos meses atrás, quedó prendado de ella.

Es cierto que siendo un secretario era muy difícil que su padre aceptara la relación, pero pensaba que Jessica estaba tan interesada como él y la muchacha era muy independiente y decidida. Habían sido meses de ardua labor para ganarse su confianza y ya había comenzado la conquista. La chiquilla se veía dispuesta a aceptar sus galanteos, pero ahora que aparecía Milton Rice, podía interferir en sus planes.

Desde la cocina, salió Stella, encontrándose con los que estaban reunidos en la sala.

—Señor Rice, que gusto tenerlo con nosotros— dijo Stella, saludando al invitado de su esposo.
—El gusto es mío, señora. Agradezco su invitación.
—Esperemos que su estancia en Hudson sea agradable, nos puede visitar cuando desee.
—Eso le dije, cariño. Está a un paso de nosotros. Tenemos que aprovechar de compartir. Además, en el pueblo hay gente muy amable. Creo que le gustará este lugar.
—Ya me gusta— dijo Rice, mirando a Jessica— es precioso— agregó sin dejar de mirarla, provocando que la chica se pusiera nerviosa. Ella

vio la cara de Ralph y le pareció que estaba molesto. Pero ella no estaba haciendo nada malo. No tenía compromiso con él y el señor Rice podía ser galante si lo deseaba.
—Es un bonito lugar— dijo Elliot, sin percatarse del interés del hombre por su hija.
—Qué bueno que le guste señor Rice— dijo Stella que si notó las miradas— esperemos que se quede con nosotros mucho tiempo— agregó sonriendo a Jessica, que le devolvió una sonrisa cómplice.

Pasaron luego al comedor. Stella había pedido que le prepararán una ensalada fresca para comenzar y de plato principal un filete con setas grilladas y papas asadas. De postre comieron un pie de frutos del bosque con crema. Al finalizar el almuerzo se sirvió un café y luego los amigos se encaminaron al salón de fumar a beber un cognac, que Montgomery había encargado y quería probar con su invitado de honor.

CAPITULO VIII

Mientras tanto, en el pueblo, el comisario Baker seguía recabando información de los hechos acontecidos la noche anterior en el castillo. A las tres de la tarde recién pudo llegar a casa del doctor Grant que estaba terminando de almorzar junto a su esposa y su hija Chelsea. Al ver llegar al comisario, Eleanor se llevó a la niña a su cuarto y regresó un momento después para ofrecer al comisario algo de comer.

—¿Almorzó comisario? Puedo ofrecerle unas empanadas de carne que están deliciosas.
—No se preocupe señora Grant. Comí algo rápido en el cuartel. No se moleste.
—Pero, por lo menos acompáñenos. Ibamos a tomar un café— ofreció poniendo una mano en el hombro de su esposo.
—Acepto, encantado.
—Vengo en seguida— dijo ella saliendo hacia la cocina, volviendo junto con Helen, que traía una bandeja con café y pastelillos.
—Comisario, lamento no haber ido al castillo esta mañana, pero tuve una emergencia con uno de los niños de los Jameson— dijo el doctor disculpándose.
—Espero que nada grave.
—No, una caída. Nada grave, pero era Andrew, el pequeño. La madre estaba muy nerviosa y finalmente me tuve que preocupar de ella— dijo lamentándolo— Pero aquí estoy.
—¿Le parece que comencemos? Cuénteme lo que haya visto. Hemos

fijado el deceso en las 23.55 horas, por el relato de testigos. ¿Cree que sea la hora correcta?
—Es bastante certero, pues debió morir en el momento en que sentimos los cristales rotos y creo que esa era la hora en el reloj de pared. No mire mi reloj justo en ese momento, pues traté de tomarle el pulso a la accidentada, pero no era necesario.
—¿Cómo fue todo? Por favor, relate lo que recuerde. Con los mayores detalles posibles.
—Yo estaba esperando que Montgomery saliera de la biblioteca, porque me pidió revisar a su prima y le quería comentar que sería necesario cambiar una receta, pues hay un medicamento que le causa malestar. Nada importante, pero se lo quería precisar. Sentí entonces un ruido como de cristales rotos, pensé que se había quebrado una copa, aunque el ruido fue más fuerte que eso. Luego razoné así, pero en el momento no lo deduje. Miré hacia el jardín, desde donde procedía el ruido y vi que la puerta estaba rota. Corrí en seguida hacía el lugar, pues pensé que alguien se había caído y fui a ayudar. Cuando llegué, no había nadie más que el cuerpo tendido de bruces. Me agaché a su lado y le busqué el pulso en la muñeca, pero no lo encontré. Fue entonces cuando traté se sentir pulsaciones en el cuello y vi que tenía una herida en la cabeza y al volverle la cara hacia mí, noté que en el cuello había un pinchazo. Siempre noté que era la invitada de Montgomery, pues me la presentaron unas horas antes y estuvo cerca de mí en la mesa.
—¿No había nadie cerca del cuerpo? ¿No sintió pasos o algo?
—No quiero aventurar nada, pero oí algo, aunque no me atrevo a decir que fue.
—¿Qué le pareció?
—Podían ser pasos, una rama rota, algo que cayó. No estoy seguro.
—Estuvimos en la casa temprano, ya que ayer noche no había visibilidad para revisar el área. Dejamos un oficial resguardando la zona, para que no fuera alguien a intervenir. Fueron tres expertos a revisar el entorno. Encontramos ramas rotas, del arbusto que está al costado izquierdo de la puerta, creo que se llama rododendro. Había barro, pues anoche, ya a esa hora estaban cayendo algunas gotas, por lo que no encontramos pisadas, pero la tierra del jarrón que botaron sobre la víctima, estaba desplazada, como si la hubieran pisado.
—¿Y no había huellas?

—Demasiadas huellas, hasta los perros dejaron sus patas marcadas.
—Los que se habían escapado…

Luego el comisario buscó entre sus ropas y sacó una bolsa con algo en su interior. Se lo extendió a Grant, quien lo recibió con curiosidad.

—¿Eso pudo usarse para inyectar algo a la mujer? — preguntó, mientras el doctor lo observaba con detenimiento.
—¿Dónde lo encontró?
—Estaba en el parque. Uno de los perros grandes estuvo jugando con ella, por eso está aplastada. Pensamos que pudiera ser la jeringa que se usó. Aunque está muy embarrada.
—Puede ser, parece ser de las que se usan para los calmantes— señaló el doctor tomando la bolsa y levantándola para verla mejor.
—Se la voy a llevar al laboratorio, para que nos digan que contenía. Puede ser una pista. Hay que ver si el forense descubrió qué es lo que le inyectaron— manifestó el comisario recibiendo de vuelta la bolsa.
—Debió ser algo de rápido efecto. Tal vez se pensó matarla con la droga, pero luego el asesino vio la opción de que pareciera un accidente.
—Pudo ser, vamos a seguir con la investigación. Por casualidad ¿a usted no le falta alguna jeringa? — preguntó el comisario expectante.
—En mi consulta tengo jeringas y el inventario lo hace mi asistente. Le voy a preguntar, pero yo nunca las traigo conmigo. Pregunte a la enfermera Wilson si ella ha notado la falta de alguna de las que mantiene.
—Ya hablamos con ella. No la interrogamos, porque se retiró temprano de la fiesta, pero le hice la consulta de todas formas. Dice que no ha notado la falta de ninguno de sus utensilios— agregó decepcionado— Gracias, doctor. Fue de gran ayuda que nos alertara del pinchazo que notó en el cuerpo.

CAPITULO IX

En el castillo, la sobremesa estaba animada. El señor Rice era un gran contador de historias y al parecer había viajado por muchos lugares y sus anécdotas eran graciosas. El dueño de casa reía a carcajadas. Su esposa y el mayordomo estaban sirviendo el café. Jessica admiraba al hombre sentado frente a ella en la mesa. Williams, que compartía con la familia diariamente el almuerzo también los acompañaba. Bridget Kay, esa tarde se había quedado en su habitación, pues estaba cansada.

—¿Le gustó Paris? — preguntó el hombre, que sabía que la muchacha había vivido los últimos dos años con su tía Adele en el continente.
—Fue una linda experiencia. A veces echo de menos pasear por el Sena. Mi tía además es muy activa y siempre teníamos algún panorama. Frecuentábamos la ópera, el ballet y también fuimos a ver algunas obras de teatro.
—¿Le gusta el arte? ¿Es una entendida tal vez?
—Cuando pequeña hice algunos años de ballet, mi madre me llevaba y yo era muy feliz, pero la vida de las bailarinas no fue muy atrayente para mí. Luego estudié literatura, me apasionan los clásicos.
—Mi hija es una mujer muy inquieta. Estudió unos cursos en La Sorbona el año pasado, en el Instituto de Arte.
—Arte medieval y literatura francesa— dijo ella, orgullosa.
—Le presento mi admiración, señorita Montgomery. Veo que es una mujer que cultiva su mente— dijo asombrado el hombre, que no esperaba encontrar en la muchacha una mujer tan preparada.
—Pero me fascina la ópera, sobre todo Carmen.
—Tal vez puedan acompañarme a Londres, a ver alguna esta temporada. En mi casa de la ciudad, serán bienvenidos— dijo el hombre, hablando a su amigo— Creo que van a reponer Otelo— agregó, mirando en esta ocasión a la muchacha.
—Te agradezco la invitación y por supuesto que la vamos a aceptar. Echo de menos ir de vez en cuando a visitar a mis viejos amigos del Ministerio.
—Cuando gustes, Elliot— dijo el invitado, bebiendo un sorbo de su café.
—¿Qué te parece si vamos a mi despacho y seguimos hablando de nuestros asuntos?
—Por supuesto, así dejamos a las damas, para que hablen sus cosas y no las aburrimos.

Se pusieron de pie y se dirigieron a la biblioteca, que era el lugar en el que el señor Montgomery pasaba gran parte del día. Las mujeres se quedaron terminando de beber su café. El secretario salió en dirección a su sala personal a terminar de escribir las cartas que su jefe le había solicitado enviar esa tarde. Stella que tenía confianza con su hijastra y se llevaban bastante bien, comenzó a interrogarla.

—¿Qué te parece el señor Rice? — preguntó la mujer, colocando atención en la expresión de la chica.
—Es un hombre muy agradable— dijo la muchacha evadiendo la pregunta.
—Me parece que le gustas— dijo Stella.
—Creo que sólo quiere ser galante— declaró la muchacha— es un

hombre de mundo, no se va a fijar en una niña como yo.
—Jessica, eres una mujer y muy bella. No deberías pensar así— dijo su madrastra, regañándola— Yo creo que le gustas, podrías aceptar sus galanteos. Además, es amigo de tu padre, es alguien de confianza.
—No creo que a papá le agrade que yo me interese en su amigo.
—Tu padre quiere que seas feliz. Yo sólo digo que le gustas.
—Además es mucho mayor que yo. No creo que funcione una relación entre nosotros.
—Ja, ja. Me lo dices a mí. Tu padre me lleva quince años y somos muy felices. Atrévete. Si te gusta, deberías intentar conquistarlo. Yo creo que está dispuesto— declaró ella poniéndose de pie y sonriendo a la muchacha— Hazme caso.
—Lo voy a pensar— respondió sonriendo a su vez.

Esa tarde, luego de que el invitado se retiró, volvió a haber actividad en casa, pues Stella recibía a sus amigas, que venían a tomar el té. Jessica había salido para visitar tiendas en el pueblo con su amiga Hillary. La prima Bridget había bajado y estaba compartiendo con ellas.

—Querida, tienes el mejor té de la región— dijo Eleanor que disfrutaba de visitar el castillo.
—Este lo fue a buscar Jackson hoy al correo, Elliot lo encargó a un amigo que está destinado en la India, es exquisito en sabor y aroma.
—Y estos pastelitos están deliciosos— dijo Olive Murphy que gustaba de lo dulce— tu cocinera es magnífica.
—Siempre lo digo— dijo la señora Grant, que envidiaba la suerte de su amiga, por la cocinera que tenía.
—Bridget, ¿te sirvo algo? — preguntó Stella, ofreciendo una bandeja con pasteles a su prima política.
—No, querida, sólo beberé una taza de té. Esos pastelitos tienen demasiada azúcar para mí.
—Tengo galletas también, esas que te recomendó el doctor— señaló Stella, que era una anfitriona preocupada de que todos sus invitados estuvieran a gusto.
—Gracias, entonces aceptaré algunas— dijo sacando tres galletas desde el plato que le acercó.

La dueña de casa, se sirvió un té y esperando que la sirvienta ya se hubiera ido, comenzó a inquirir a sus amigas, para saber qué pensaban del crimen del que fueron testigos la noche pasada.

—Bueno, ¿qué opinan? — preguntó Stella, mirando a sus tres acompañantes.

—¿Hablas de lo de anoche?
—Obvio, es un acontecimiento que tenemos que comentar— recalcó la dueña de casa.
—¿Quién era la víctima?... yo la vi un momento, cuando bajó a participar de la fiesta. No sabía que teníamos invitados— aclaró Bridget, que no estuvo presente y no conocía los pormenores del asunto.
—Era una amiga de Margot, que se dedicaba a pintar. Creo que se estaba haciendo un nombre en el mundo del arte.
—Era muy joven aún. Tendría poco más de treinta años. ¡Pobre mujer! — se lamentó la esposa del párroco.
—¿Tú conversaste con ella? ¿Qué tipo de persona era? — preguntó la señora Grant, con curiosidad, tratando de buscar alguna causa a lo sucedido— ¿Estaba cómoda en la casa? ¿Se veía preocupada?
—Estás actuando como Baker— bromeó Stella.
—Es que no entiendo quién pudo querer matarla, si no era de la localidad y nadie la conocía.
—La policía está pensando que la mataron por error.
—¿Por error? — dijo la señora Kay intrigada.
—El comisario dice que tenía cierto parecido conmigo, aunque yo no veo la similitud.
—Querida, de noche todos los gatos son negros— dijo Olive, para luego aclarar— iban vestidas del mismo color y sus cabellos, a la luz de los faroles del jardín, daban un destello rojizo. Claro que una mujer sabe distinguir perfectamente esos detalles, pero tu esposo sufrió una fuerte impresión.
—Efectivamente, El señor Montgomery casi se vino al suelo al ver el cuerpo.
—Pobre Elliot, creyó que era yo.
—¿Y por qué alguien iba a querer asesinarte, querida? — la interrogó Eleanor, más curiosa todavía.
—No lo sé. Creo que la policía se equivoca. Más bien, pienso que esta mujer conocía a alguien que estaba en la fiesta.
—Pero no había gente de fuera. Eramos sólo los vecinos habituales. Claro, que estaban estos amigos de su esposo, pero ni siquiera se acercaron al salón cuando pasó todo.
—No lo sé. Cuando hablé con ella, me pareció incómoda. Hablamos de las pinturas que decoran la casa, de los jardines. No llegué a conocer nada de su vida. No me contó de parientes, ni de amigos. Claro que sólo estuvimos juntas unos minutos. Luego almorzó con Jessica y Williams la llevó a dar un recorrido por el castillo. Yo estaba agobiada con los preparativos de la fiesta. El vino llegó muy tarde y Ginger ya se había escapado en la tarde.
—Esta perrita es un diablillo— dijo Bridget, acariciando al animalito

que había aparecido a sus pies.
—Muy desobediente— la retó Stella y la llamó a su lado. La perrita se subió al sillón y se acomodó sobre un cojín.

CAPITULO X

El comisario Baker estaba reunido con el Jefe de policía del condado, Edward Jones. El doctor O´Reilly, que cumplía la función de forense del distrito llegaba a reunirse con ellos.

Ya había interrogado casi a todos los presentes esa noche en la Fiesta de los Montgomery. Los criados no aportaron mucha información, pues salvo Spencer, el mayordomo y la señora Page, el ama de llaves, el resto permaneció toda la noche en la cocina. El anciano tenía mala vista y peor oído, por lo que no fue de gran ayuda, en cambio la mujer, demasiado satisfecha de sí misma, entregó opiniones y conclusiones que no agregaban nada a lo que los testigos reales podían aportar.

Faltaba entrevistarse con el señor Rice, un nuevo vecino que llegó al pueblo y que era amigo del dueño del castillo. Ese día se hizo corto para poder reunirse con todos los involucrados, por lo que la cita con el señor Rice, la dejó para el siguiente día. Estaba concertada para reunirse con él en el cuartel de policía. El hombre se había portado muy amable, cuando lo llamó por teléfono y fue muy considerado, ofreciéndose a ir a visitarlo al pueblo, para que no tuviera que desplazarse hasta su casa, que estaba remodelando aún.

—Bueno, Jones. ¿Qué opina? — preguntó el comisario a su colega, que había leído las notas que él y Roberts habían ido acumulando, a medida que fueron interrogando a los testigos.
—Interesante caso. No parece haber motivo para matar a esta mujer. No es residente en el pueblo. Recién había llegado ese día.
—Estamos tratando de averiguar más acerca de ella. Se llamaba Rachel Cook, era una artista, pintaba cuadros de paisajes, aunque se estaba especializando en retratos, según lo que me comentó Montgomery. Tenía treinta y dos años, no tenía hijos.
—¿Por qué estaba en el castillo?
—La invitó Montgomery, a petición de su hermana que la frecuentaba. Aunque la mujer vivía en París, al parecer. No tenemos mucha información de ella. Parece que era una mujer solitaria. El secretario tenía la dirección de un hotel en Londres en donde se alojaba esta mujer, pues allí le cursó la invitación. Llamamos al dichoso hotel y

conseguimos un teléfono que había dejado la señora Cook. Allí nos contestó una criada que nos dijo que su señora, había viajado. No tenía más información. Vivía sola, frecuentaba pocos amigos.
—¿Qué líneas de investigación va a seguir?
—Por ahora, vamos a interrogar a un testigo que nos queda y no tenemos más testimonios que recabar. Roberts fue a la estación de ferrocarril y estuvo preguntando por ella. Nadie la vio conversar con alguien, tampoco en el pueblo, pues salió directo al castillo, en cuanto bajó del tren. Sólo un maletero recordó verla llegar y que el chofer de Montgomery la estaba esperando.
—¿Qué cree O´Reilly? ¿La muerte fue provocada por alguna droga? — preguntó el comisario al doctor que ya había terminado con la revisión del cadáver y podía entregar su informe.
—Dejé mis notas al oficial Monroe, para que las transcriba. Pero le puedo adelantar que la mujer fue inyectada con morfina, en su cuello. Se nota que no lo hizo una mano acostumbrada a ese trabajo, más bien se ve que fue un acto violento, tuvo suerte de tocar una vena y le hizo efecto. Pero eso sólo adormece, de todas formas, la muerte la provocó el golpe en la cabeza.
—¿Fue con un jarrón? — preguntó Jones, que no sabía todos los detalles del hecho.
—Fue una maceta de arcilla de gran tamaño, que estaba sobre un muro del jardín. Era un objeto muy pesado. El asesino hubo de hacer esfuerzo para moverla, aunque no estaba adherida a nada, pero era de gran tamaño— explicó el comisario que había estado inspeccionando el sitio en cuestión.
—Debió ser un hombre, entonces— aseguró el Jefe de policía.
—Es lo más probable, pues una mujer no habría podido moverla siquiera. A menos que hubiera sido muy fuerte y ninguna de las mujeres que estaba en la fiesta tiene esa contextura.
—Pero pudo ser alguien de fuera— opinó el doctor, que conocía el castillo, pues había ido a atender alguna vez a un par de criados que habían estado enfermos y Grant no estaba en el pueblo, por lo que lo llamaron a él.
—También pudo ser…era una noche de fiesta y circulaba todo el mundo, por todas partes. Pudo entrar un extraño.
—Lindo caso tiene, colega— dijo Jones, poniéndose de pie— Si le puedo ayudar en algo, con mis hombres, me lo dice. Estamos a su disposición.
—Gracias, vamos a ver cómo sigue este caso.

CAPITULO XI

Al día siguiente, el comisario llegó temprano a su despacho. Había citado al señor Rice para interrogarlo y no le gustaba hacer esperar a sus visitantes. Se encontró con que el hombre ya lo estaba esperando.

—Señor Rice, que bueno que pudo venir— saludó el oficial, guiando a su visita hasta su oficina.
—Por favor, comisario, es mi deber— dijo dando la mano al hombre y aceptando asiento frente a su escritorio.
—No le voy a quitar mucho tiempo. Ya tengo las declaraciones de todo el mundo. Sólo necesito su versión de lo que vio esa noche.
—Claro, con gusto— dijo el hombre, dispuesto a ayudar.
—Cuénteme un poco de usted. Cuándo llegó al pueblo, como se relaciona con la familia Montgomery, etc…por favor.
—Conocí al señor Montgomery hace algunos años. Yo trabajaba en la empresa marítima de mi familia y estuve viajando a la India y a Australia en algunas ocasiones. En uno de esos viajes, conocí a Elliot, nos hicimos amigos y siempre que iba a Londres, lo visitaba, cuando él era parte del ministerio. Ahora decidí establecerme en el país, definitivamente y Elliot me comentó de unos buenos terrenos en la localidad y estamos pensando en hacer negocios. Además, me contactó con el señor Wills que vendía la mansión que ahora habito. La estoy modernizando, porque no tiene buena calefacción y estoy trabajando con un arquitecto en la piscina que ya está casi habilitada.
—¿A qué se dedica, señor Rice?
—Heredé las propiedades de mi padre hace algunos años. La empresa marítima la administro junto con mi cuñado. Tenemos barcos mercantes y cruceros que recorren el Mediterráneo y hacemos algunas travesías por el Nilo.
—¿Le gusta la localidad?
—Veo que es un buen lugar para adquirir propiedades. Está bien valuado. Puede ser que me quede un tiempo en la ciudad y otro tiempo aquí, me gusta mucho el lugar.
—Bueno, ahora, cuénteme lo que pueda recordar de aquella noche.
—Yo estaba con el señor Montgomery en su biblioteca, conversando de los negocios que le mencioné antes. Cerca de la medianoche salí a fumar al jardín, pues en el interior de la casa el ambiente estaba caluroso. Entonces quise tomar aire. Caminé desde el ventanal de la biblioteca hasta el ciprés que está a un costado de la fachada principal. Me encontré con un yorkshire que corría hacía el fondo del parque y vi a la señora Montgomery que lo llamaba. Luego ella lo cogió y entró a la casa, por el otro extremo del muro. Me quedé entonces fumando bajo el árbol.
—¿Había alguien más en el jardín?
—Desde donde yo estaba sólo se veía las luces del salón. La casa tiene

un saliente en ese muro y tenía más visibilidad hacia la entrada. No vi a nadie caminar por ahí. De pronto, se sintió el ruido de cristales.
—¿No oyó un grito?
—No, no oí nada de eso. Me llamó la atención el sonido y acudí a ver qué sucedía. Entonces vi al doctor Grant con su rodilla en el suelo, tomando la muñeca de esa mujer.
—¿Pensó que estaba muerta?
—No. Pensé en un principio que estaba desmayada, la había visto más temprano y no se veía bien.
—¿A qué se refiere?
—La vi cansada, pudo ser el viaje. Había llegado ese mismo día. Por eso supuse que estaba desmayada, pero luego noté el jarrón roto a su lado y la tierra en el piso. Seguí pensando sin embargo que estaba herida. Luego, me distrajo ver a Elliot que estaba desfalleciente y corrí a ayudarlo. Después llegó su hija y entre los dos lo sostuvimos.
—El pensó que era su esposa la que estaba tendida— afirmó Baker.
—Así parece, yo no tuve esa impresión. Noté de inmediato que era esa mujer, aunque no llevaba el anillo de esmeraldas en su dedo. Lo había visto en su mano mientras cenábamos.
—¿Qué pasó después?
—Luego, el doctor nos pidió que entráramos y fuimos en dirección a la biblioteca. Cerré la puerta, pero luego noté lo inútil de hacerlo, pues los cristales estaban rotos, era sólo el marco el que quedaba en pie. Grant nos comentó sus sospechas y sugirió que llamáramos a la policía.
—Perfecto, señor Rice. No le quito más tiempo. Sólo una pregunta más — agregó.
—Sí, dígame.
—¿Había visto a la señora Cook antes de la fiesta en la casa de Montgomery? — preguntó poniendo atención a cualquier gesto que el hombre hiciera.
—No— contestó con seguridad— Jamás la había visto.
—Gracias, eso es todo. Fue muy amable.
—De nada, comisario. Estoy aquí para lo que necesite.

CAPITULO XII

Esa mañana en casa del doctor, Eleanor Grant recibía de manos de su esposo el periódico matinal.

—Estamos en el periódico— dijo dando muestras de regocijo. Luego cambió su cara, notando que la noticias eran trágicas— Que pena que haya sido por algo tan triste.

—Lamentable. El relato que se hace de los hechos es poco exacto. ¿De dónde sacarán los periodistas la información? — reclamó el doctor que se molestaba por la inexactitud.
—Debieron entrevistar a algún criado, me imagino— dijo mientras leía la nota del diario.
—Nadie que estuvo ahí, se iba a prestar para estar dando entrevistas a los periódicos. ¡Qué mal gusto!
—Bueno, pero ese es su trabajo. Tienen que informar, cariño.
—Es cierto— dijo el doctor, sentándose a la mesa para beber el primer café del día.

En el Castillo, luego del desayuno Stella revisaba los periódicos que su marido había leído y dejado desordenados sobre la mesa.

—Cariño, siempre dejas este desorden— lo regañó, ordenando el matutino que estaba mal doblado.
—Lo siento, es incómodo leer ese mamotreto.
—¿Trae algo interesante, siquiera?
—En el Journal aparece un anuncio de unos sillones Chippendale rojos. Creo que le pediré a Williams que llame. Se verían bien en el salón.
—Pero si tenemos sillones. Además, yo quiero que compremos la poltrona Luis XVI que tiene Walters en su tienda. Ayer pasé por allí y todavía no la ha vendido.
—Es por el precio, he regateado con él y no quiere bajarse un céntimo. Por eso no la ha vendido— aseguró el hombre que no gustaba pagar de más— Vi que trajo un jarrón chino maravilloso con unos dragones dorados, que se vería perfecto en el salón.

Ella siguió ordenando el periódico, sin ponerle atención, pues siempre quería comprar todo lo que veía. Encontró en la segunda página las noticias policiales del condado. Revisó que novedades había y se sorprendió con lo que leyó.

—Cariño, en el diario viene la noticia del crimen.
—Sí, lo vi. No pensé que fuera a aparecer en la prensa— se lamentó el señor.
—¿Qué dice?
—Que fue asesinada una mujer en Hudson. No habla nada de nosotros, sólo la nombra y dice que está la investigación en curso.
—Es mejor así. Tus amistades se preocuparían- declaró Stella.
—Pero seguramente, en los periódicos más sensacionalistas debe aparecer la noticia con todos los escabrosos detalles.

—Puedes pedir a Jackson que me traiga los diarios cuando te lleve al pueblo, ¿Vas a ir a visitar al juez? Quiero leerlos.
—Cierto. Tengo que ir a ver a Finch que quiere que revise unos libros que le llegaron— Gracias por recordármelo. Estás en todo.
—Sigo siendo tu secretaria— dijo ella en broma— Claro que ahora no me pagas— reclamó siguiendo con la broma.

Elliot Montgomery, se puso su chaqueta de tweed y le dio un beso a su esposa, para acercarse a la entrada de la casa en donde Jackson lo esperaba para llevarlo al pueblo. El automóvil salió del castillo y se dirigió por el camino principal rumbo al centro del pueblo. En ese sitio se organizaba toda la vida de la localidad.

Luego de media hora de trayecto, el chofer lo dejó en la residencia del Juez Finch y Montgomery se encontró con su hija que salía desde la casa, con su amiga Hillary.

—Cariño, no sabía que estabas en el pueblo— dijo el hombre sorprendido de que su hija anduviera tan temprano de paseo.
—Es que Hillary me pidió que la acompaña a ver unas telas. Me obligó a madrugar— reclamó mirando a su amiga.
—Hace muy bien levantarse a primera hora. ¿Tu padre está en casa? Me dijo que viniera hoy— señaló el caballero, dirigiéndose a la muchacha morena.
—Sí, señor Montgomery. Lo está esperando en la sala.
—Bueno, papá. Nos vemos más tarde en casa- señaló Jessica tomando a su amiga de la mano y llevándola a la calle.
—Si quieres puedes llevarte a Jackson, me voy a demorar, puede venir a buscarme después.
—Vamos a andar de tiendas un buen rato. No te preocupes. Yo me voy en un coche de alquiler.
—O mi hermano la puede llevar. No se preocupe, señor— manifestó Hillary, caminando junto a su amiga— Hasta luego.
—Que les vaya bien- se despidió el hombre, mirando a las chicas y recordando cuando las llevaba al colegio siendo pequeñas—¡Cómo habían crecido!

Las chicas salieron por la calle principal y fueron a visitar la única tienda de telas y accesorios que había en el pueblo, luego fueron a la farmacia a comprar unas cremas y finalmente se detuvieron para tomar un té en el salón de la señora Higgins. El lugar era conocido por servir ricos pasteles y las chicas eran muy asiduas a asistir al sitio.

—Amiga, que bueno que pudiste venir— dijo Hillary, muy contenta,

llamando a la mesera que vestía un traje celeste, decorado con vivos azules.
—No tenía nada que hacer, querida. Me aburro en este pueblo.
—Es cierto que no hay mucha actividad, pero la señora Murphy y el resto de las damas están organizando la fiesta del pueblo. Va a estar muy buena este año, es el bicentenario. Van a haber carros alegóricos y hay unas muchachas que postulan para ser reina. Viene gente de fuera también.
—Sí, la señora Murphy me lo comentó y me pidió que las ayudara— declaró Jessica sin mucho entusiasmo.

Pidieron dos tazas de té y bollos de crema, Jessica prefirió un pastel de manzana. De pronto, Hillary que estaba sentada vuelta hacia la ventana, vio a un hombre que cruzaba la calle. Le pareció conocido.

—Amiga, ahí fuera hay un hombre muy guapo— dijo haciendo que la muchacha se volteara.
—Es Milton Rice, estaba en la fiesta— dijo, sin darle importancia— Es amigo de mi padre— se enderezó en seguida, para que el hombre no la viera.
—¡Oh!, está sólo de visita— dijo la chica con decepción.
—No, está viviendo en la localidad. Compró la casa que era de los Wills.
—¿En serio? ¿y es soltero?
—No lo sé— alcanzó a decir, cuando se sintió que la puerta del local se abrió y el hombre ingresó al interior, dejando pasar a una anciana que también entraba.
—¡Que galante! — dijo Hillary, mirándolo con atención— Y viene hacia acá— agregó bajando la voz.

Jessica se puso nerviosa, pues se sentía incómoda de estar con aquel hombre, en medio de todo el pueblo. En ese café se reunían todas las chismosas de Hudson a cotorrear.

—Señorita Montgomery, que gusto encontrarla aquí. Tan temprano visitando el pueblo— saludó besando su mano y haciendo lo mismo con la de su amiga, que quedó prendada de él en seguida.
—La señorita Finch, mi mejor amiga— le presentó a la chica que sonreía a su lado— Hillary, te presento al señor Rice.
—¿Puedo acompañarlas?
—Claro— reaccionó Hillary de inmediato y se desplazó un poco con su silla, para que él colocara otra que sacó de la mesa vecina y se sentara a su lado.
—¿Y usted se queda en el pueblo? — dijo la chica curiosa.

—No, vine al cuartel de policía. El señor comisario necesitaba mi declaración.
—¿Hay novedades al respecto? — preguntó Hillary, tratando de hacer conversación, pues el señor Rice sólo miraba a Jessica y ésta no abría la boca— Esa noche me retiré antes, porque mamá está convaleciente de una caída y papá nos trajo temprano.
—El comisario no es muy comunicativo al respecto. Yo creo que están recién comenzando las investigaciones. No hay nada claro aún.
—¡Qué triste lo que le pasó a esa mujer! — dijo la chica con pesar.
—Lamentable— respondió Rice— ¿y ustedes vienen mucho por aquí?
—Nos encantan los pasteles de la señora Higgins.
—Andábamos de compras. Hillary cumple años en unos meses y estamos buscando telas para el vestido que mandará a hacer a nuestra modista— explicó Jessica, hablando luego de que su amiga la pateara por debajo de la mesa.
—Está invitado a mi fiesta, señor Rice. Espero que nos pueda acompañar.
—Encantado. Ahí estaré.

Las chicas se terminaron su té y Hillary, viendo el interés del hombre por su amiga, se despidió de ellos, inventando que tenía que estar en casa al mediodía para ayudar a su mamá. Quedaron solos en el salón de té. Rice se bebía el café que había pedido y Jessica muy nerviosa jugaba con la servilleta que tenía sobre su falda.

—Permítame que la lleve a su casa— ofreció el hombre galante.
—No es necesario, señor Rice. Puedo tomar un coche— dijo la chica declinando la invitación— No cambie sus planes por mí.
—Por favor, déjeme llevarla— dijo el hombre poniéndose de pie y no permitiendo que lo rechazara— No tengo planes.
—Gracias. Es usted muy amable— declaró ella, poniéndose de pie también y saliendo del salón, delante de él.

Caminaron por la vereda y cruzaron por una callejuela, en donde Rice tenía estacionado su vehículo. Era un descapotable, con sus asientos forrados en cuero negro. Un auto muy elegante, pero deportivo, muy de acuerdo con la personalidad de su dueño. La chica se sentó en el asiento del copiloto, luego de que Rice le abriera la puerta para que se ubicara. El hombre se sentó al volante y saliendo a la calle principal, condujo por la carretera a gran velocidad. Era embriagante el viento en la cara. Jessica se sentía como una princesa en su compañía. Milton Rice era un hombre galante, educado, seductor. La ponía muy nerviosa estar a solas con él.

Luego de un corto trecho recorrido, el hombre detuvo el auto y se quedó mirándola fijamente.

—Se ve usted muy bella con el pelo revuelto— dijo sonriendo y colocándola incómoda.
—Lo siento, debo de estar echa un desastre— dijo ella mirándose en el espejo delantero del carro y arreglándose el pelo.
—Y tiene una bella sonrisa. Debería sonreir más a menudo ¿O soy yo el que la disgusta?
—No diga eso.
—¿Me permite que la invite a cenar a mi casa? — dijo dejándola asombrada— Me gustaría que la conociera, está quedando muy bien decorada y la piscina está casi lista.
—Le agradezco su invitación, pero no creo que sea adecuado — declinó la chica.
—Porque vivo sólo…
—No es correcto que una mujer visite la casa de un hombre soltero. En este pueblo, por lo menos.
—Que lamentable, me encantaría conocerla mejor— dijo él, colocando el auto en marcha nuevamente.
—A mí también— respondió ella, dejando de lado sus aprensiones y ruborizándose luego de decirlo— ¿Por qué no viene a cenar con nosotros uno de estos días? A Stella le encanta recibir gente en casa.
—Me parece una gran idea. Acepto, encantado. Cuando usted decida.
—Mañana puede ser ¿O tiene otro compromiso?
—Aunque lo tuviera, lo cambiaría para cenar con usted— dijo aumentando nuevamente la velocidad y llegando al castillo unos minutos después.

Detuvo el auto en la entrada del edificio y la ayudó a bajar. Le pidió que saludara a su padre en su nombre y quedó de volver la noche siguiente para cenar. Jessica se internó en el jardín, caminando lentamente y se dio vuelta para ver como el auto se alejaba. Le encantaba ese hombre, aunque fuera mayor y no estuviera hablando en serio. Tenía ese encanto que provocaba cosas en las mujeres. Seguramente era un seductor empedernido y estaba jugando con ella, pero iba a aprovechar de pasarlo bien, en su compañía, mientras no involucrara su corazón. Caminó cerca de la fuente para que el rocío que salpicaba el agua al caer le humedeciera el rostro.

Entró a la casa y se encontró con Stella que estaba organizando, junto a la señora Page, el almuerzo que ya se iba a servir.

—La sopa la dejaría para después. Partamos con la ensalada fresca.

—Perfecto, señora. ¿La carne la quiere a punto? — preguntó el ama de llaves, dirigiéndose a la cocina.
—Para el señor, sí. Yo prefiero que esté más cocida. Gracias, señora Page.

La chica entró a la casa y saludó a su madrastra.

—Tu padre aún no regresa. ¿Quién te trajo? —preguntó mientras arreglaba una servilleta- Mira cómo estás mojada, ve a cambiarte.
—El señor Rice fue muy amable. Estaba en el pueblo y se ofreció a traerme— la chica tomó la servilleta de la mano de su madrastra y se secó con ella el cuello.
—¿Y no lo invitaste a almorzar?
—No.
—Jessica, debiste invitarlo— la regañó y le golpeó la cabeza con otra servilleta que estaba colocando en la mesa— No me haces caso.
—Si te hice caso— respondió ella, provocando una mirada de confusión en la mujer— Lo invité a cenar mañana. ¿Estuvo mal?
—Estuvo perfecto— dijo Stella entusiasmada— Vamos a servir un filete Wellington y unas setas salteadas. La sopa de cebolla le queda exquisita a la señora Rogers. ¿O hacemos un pavo a la naranja con guarnición de verduras?
—No lo sé, tú sabes.
—Y te puedes poner el vestido rojo, te queda precioso— dijo ella halagándola, pues veía que la chica estaba insegura.
—Me invitó a su casa, pero no acepté.
—Estuviste bien. Eres una señorita de buena familia. Si quiere visitarte que venga a verte aquí.
—Stella, lo dices como si estuviera pretendiéndome. Es sólo un amigo de papá que quiere ser amable.
—Demasiado amable, creo yo— dijo Stella riendo y retirándose hacia la cocina.

CAPITULO XIII

En casa de los Montgomery, las cosas estaban tranquilas. Elliot Montgomery había retomado su rutina. Viajó junto a Williams a Glastonbury, para ir a una subasta de arte y regresarían esa tarde.

Stella y Jessica habían estado ocupadas ayudando en los preparativos de la fiesta que se celebraría en el pueblo. Eleanor Grant y Olive Murphy estaban tomando el té en el castillo, junto con algunas voluntarias de la iglesia que se habían ofrecido para colaborar con el

evento.

—Señora Brown, creo que vamos a necesitar que alguien se haga cargo de los niños. En estas fiestas las madres siempre pierden a sus pequeños— dijo la señora del párroco que llevaba la voz cantante de la reunión.
—Yo puedo preocuparme de eso— ofreció Celinda Nelson, la maestra de la escuela— los conozco bien— agregó sacando una galleta de miel que la cocinera había preparado esa tarde.
—Claro, que las madres deben hacerse cargo. Es sólo por precaución— dijo Olive.
—Si yo fuera madre, no perdería de vista a mis niños— señaló Jessica, sorprendida de que las madres no estuvieran pendientes de sus hijos.
—Querida. Los niños son un problema realmente— declaró Eleanor, que podía opinar al respecto— Cuando Rupert era pequeño, se nos perdió en la iglesia. En un segundo se desapareció. Finalmente lo encontramos en la sacristía, discutiendo con el sacerdote.
—Debió ser ya mayor.
—No, sólo tenía cuatro años, pero no estuvo de acuerdo con el sermón — rio la señora Grant, recordando el hecho.
—¡Que precoz!
—Siempre ha sido así. Ahora en la escuela, los profesores siempre nos reclaman. Creo que será político.
—Por favor, no nos vayamos por las ramas. Necesitamos que alguien se haga cargo del juego del escondite— pidió Olive, revisando la lista de actividades— Y que en el local donde se venda los refrescos alguien ayude a la señora Reeves, que debe descansar en algún momento.
—Yo puedo pedirle a Elliot que Williams nos ayude con el juego que dices. Es joven y tiene energía. No creo que tenga problema con eso— dijo Stella.
—Hillary y yo, podemos ayudar a la señora Reeves— ofreció Jessica, que sabía que su amiga tenía la mejor voluntad.
—Excelente. Entonces ya está todo funcionando.
—Stella, tienes que ser parte del jurado del concurso de disfraces o de la elección de reina.
—¿Quién participa? — preguntó interesada.
—Lois, la hija de la señora Higgins, del salón de té; Kimberly, la chica de los Benson; Ashley Stuart, la secretaria de los corredores de fincas y la chica de los Anderson, no recuerdo el nombre.
—¿Quién crees que va a ganar?
—No lo sé, tienen que desfilar con sus carros y demostrar sus talentos. La chica de los Anderson canta muy lindo.
—Será una fiesta entretenida— dijo Jessica, que se estaba entusiasmando con la celebración.

—Acepto ser jurado, para la elección de la reina. Anota a Elliot para los disfraces, a él le encanta todo eso, de poner calificaciones.

De pronto, se sintió un vehículo que venía entrando a la casa. Jessica, se puso de pie intrigada por saber quién llegaba.

—Es papá— dijo volviendo a sentarse en su sitio— y trae a Williams cargado con unos lienzos.
—¿Qué habrá traído? — dijo Stella, que ya no veía dónde se podían colgar más cuadros en las paredes— Va a tener que ponerlos en la cocina. Ya no hay espacio en ninguna parte.
—Querida— saludó el hombre, entrando y sacándose el abrigo marrón que lo cubría— señoras, que gusto verlas.
—Señor Montgomery, buenas tardes. ¿Qué tal estuvo su viaje?- saludó Olive de vuelta.
—Muy provechoso— respondió, pidiendo a Williams con un gesto que dejara los cuadros en la biblioteca— cariño, te traje una vajilla que te va a encantar— agregó entregando a su esposa una caja con algunos adornos.

Ella recibió la caja y sacó del interior unos platos de cerámica de Dresde muy decorados.

—¡Que bellos! — dijo Stella, sonriendo de satisfacción.
—Para tu colección, querida.
—No me has mostrado tu colección últimamente— reclamó Eleanor, que gustaba también de comprar algunas cosas de adorno que tenía acumuladas en casa.
—No tengo novedades. Ahora voy a agregar estos platos. Gracias, querido son muy bellos.
—Voy a ir a mi cuarto a descansar. Las dejo señoras— dijo el señor Montgomery, llevando bajo el brazo una caja de madera y subiendo por las escaleras hacia su recámara.
—Esos deben ser cigarros— señaló Stella, hablando con Jessica. Los va a esconder. Sólo los comparte con sus amigos.
—¿El señor Rice no ha venido a visitarlos? — pregunto la señora Brown, que había escuchado que el hombre era muy asiduo a la casa.
—No lo hemos visto. Es que frecuenta a mi esposo y como estaba de viaje...
—Lo vimos en el pueblo ayer. Estaba conversando con la hija del juez.
—¿De veras? — pregunto Jessica, sorprendida con la noticia.
—Es una muchacha muy joven. No creo que le convenga un hombre tan mayor— dijo la señora Brown que tenía opinión de todo y de todos.

—Pero sólo estarían conversando— manifestó Stella, que no gustaba de dar pie a habladurías— El señor Rice es un hombre muy amable.

Desde que su padre había viajado unos días antes, no habían tenido noticias de su amigo. Al parecer, prefirió alejarse, mientras el dueño de casa no estuviera, pues comprendió que en el pueblo las habladurías corrían a velocidad de rayo. Ya había tenido oportunidad de conocer a un par de cotorras, que lo interrogaron acerca de su vida entera.

Antes de que el señor Montgomery se ausentara, Rice cenó en el castillo un par de veces. Mostraba claro interés por la hija de su amigo, que no se daba cuenta de nada, pero Stella, se estaba convirtiendo en aliada de la chica y la aconsejaba para que aceptara los avances del hombre, quién a su parecer, realmente estaba interesado en ella.

Las señoras terminaron de tomar el té y se retiraron a sus hogares. El chofer las llevaría hasta el pueblo.

—Querida, te llamo el viernes para que nos pongamos de acuerdo. Recuerda que quedaste de tomar el té conmigo— dijo la señora Grant a la dueña de casa.
—Por supuesto, ahí estaré. Tengo un regalo para Chelsea. No le digas, sino no va a dormir.
—La muñeca que le regalaste para su cumpleaños no la deja ni para comer.
—¡Qué bueno que le gustó!

Cuando las mujeres salían, llegaron Ginger y Rufus a despedirlas, haciendo un ruido infernal con sus ladridos. Stella tuvo que tomar a la perrita en sus brazos para que se mantuvieran tranquilos.

—Estos pequeños son muy bandidos— dijo Stella dejando a Ginger, sobre el sillón y sentándose junto a ella. Rufus se acostó a sus pies— ¿Qué pasa?
—Nada— dijo Jessica, mirando las llamas de la chimenea.
—Es por lo que dijo esa mujer. No le hagas caso. El señor Rice es muy amable, seguramente se encontró con Hillary en el pueblo. Tú misma los presentaste ¿o no?
—Si lo sé. Es que no ha venido más…
—Querida, hace sólo unos pocos días que no nos visita. ¿Lo quieres ver?
—Tal vez ya no le interesa venir.

—Te apuesto que ahora que tu padre regresó lo tendremos nuevamente en casa.
—Obvio, si lo viene a ver a él— dijo la chica, decepcionada.
—Te viene a ver a ti— exclamó Stella asegurándolo.
—No lo sé.
—Cuando venga la próxima vez, trata de mostrarte más dispuesta a sus halagos. Si no lo alientas, él no va a hacer nada. Y ponte el vestido rojo que te digo. No me haces caso.
—Está bien. Me pondré el vestido rojo— dijo acatando las ordenes de su madrastra.

CAPITULO XIV

Hacía ya una semana que había sucedido el crimen en el castillo y la policía aún estaba recabando información.

Los días siguientes fueron de bastante trabajo para el comisario Baker. Roberts se dedicó a buscar a algún pariente de la víctima, pero al parecer la mujer era realmente una persona solitaria. La criada les dio los datos de algunas personas que concurrían a la casa, pero nadie tenía información personal de ella. Luego de conversar con algunos conocidos de Paris, pudieron saber que la mujer había nacido en Australia y que no tenía parientes cercanos. Había vivido en Paris los últimos dos años. Le gustaba viajar, por lo que cada cierto tiempo salía de casa, a visitar amigos dentro de la misma Francia o tomaba un navío que la llevara a hacer alguna ruta por el medio oriente. Su arte le permitía vivir de manera holgada. Tenía prevista una exposición con una galería en Londres, pero sus cuadros aún no los había enviado.

El comisario estaba tomando un café, que ya estaba frío, pues había estado hablando por teléfono con su colega Jones y la conversación se había extendido.

—Ya interrogamos a todos los que estuvieron presente esa noche en el Castillo— comentó Baker al Jefe de policía.
—¿Y sacó algo en limpio?
—Muy poco. Parece que nadie vio nada.
—Extraño, habiendo tanta gente en la fiesta.
—Incluso me reuní con un vecino de los Montgomery, con quien han tenido algunas rencillas viejas, pero el hombre es un anciano decrépito, que solamente reclama por todo. No tiene el tipo de ser alguien que lleve a la realidad sus amenazas.

—¿Quién es ese tipo?
—Un tal Carrington, que vive en el terreno colindante a una propiedad de Montgomery, cerca del río.
—Sí, lo conozco. Es un viejo cascarrabias, pero tiene razón. No es un matón.
—Bueno, eso le puedo comentar, colega. No tengo grandes avances. Este caso está muy complicado. Hablamos en unos días — señaló dando fin a la conversación.

Apenas alcanzó a colgar, cuando golpearon a su puerta. El oficial Monroe ingresó, cuando su jefe respondió desde el interior.

—Señor, lo busca una mujer.
—¿Quién es? — preguntó contrariado. Se le había acumulado bastante trabajo.
—No me lo dijo. Dice que viene por el caso de la mujer asesinada en el Castillo Montgomery.
—Dígale que pase, Monroe.

El comisario respiró profundo. En casos como éste, que se ventilaban en la prensa, siempre llegaba gente o enviaban cartas entregando información que ellos consideraban relevante para algún caso, pero más que nada hacían perder tiempo. Iba a recibir a la mujer, pero lo más probable fuera que se tratara de alguien que quería figurar.

El oficial Monroe volvió junto a una mujer alta, de pelo rojizo que lo traía atado en un moño a la altura de la nuca. Iba vestida con sencillez, una blusa color gris y una falda negra era su atuendo. No llevaba joyas, ni maquillaje. Debía tener entre treinta y treinta y cinco años de edad. Era delgada.

—Adelante, tome asiento— ofreció el comisario, sacando la taza vacía y dejándola sobre un mueble auxiliar.
—Gracias— dijo la mujer con una sonrisa cálida y tomó posición en una silla de madera que el hombre tenía frente a sí. El oficial se sentó nuevamente detrás de su escritorio.
—Me dijo el oficial Monroe, que viene por el caso de Rachel Cook.
—Efectivamente, vengo a entregar información acerca de ese caso. Pero creo que no va a ser de gran ayuda. De todas maneras, quiero declarar lo que sé.
—Bueno, agradezco lo que me pueda decir, señorita…
—Cook. Me llamo Rachel Cook— dijo, dejando al comisario de una pieza.
—Perdón, no comprendo…

—Mi nombre es Rachel Cook y he venido a aclarar este malentendido. Me imagino que debe ser un malentendido, puesto que leí en el periódico que habían asesinado a una mujer con ese nombre.
—Le agradezco que me pueda aclarar de qué habla— pidió el comisario nervioso— La víctima ha sido identificada por varios testigos como Rachel Cook, una artista que estaba de visita en casa de la familia Montgomery.
—Yo soy la artista Rachel Cook y tengo cercanía con una persona de la familia Montgomery. Margot me habló mucho del castillo de su hermano y consiguió que me invitaran a estar con ellos un par de días. Desafortunadamente cuando me llegó la invitación, envié una carta, declinando, pues debía hacer un viaje por el Nilo, que ya tenía organizado. Regresé hace un par de días a mi casa en París y me enteré de la noticia al leer la prensa atrasada. Me causó una gran impresión. Quise venir en seguida para aclararlo.
—¿Y entonces quién es la víctima?
—No lo sé. Al parecer alguien que me estaba suplantando— dijo la mujer.
—¿Tiene algún documento de identidad? — dijo con suspicacia— Lo siento, pero debo corroborar lo que me dice.
—Por supuesto— respondió buscando en su bolso de terciopelo negro, su documentación.

El comisario recibió los papeles y los revisó con calma. En ellos se detallaba el nombre y todas las características de la señorita Rachel Cook, de treinta y dos años, nacida en Adelaida. Tras mirarlos con detención y verificar que fuera efectivamente documentación oficial, se la entregó de vuelta a la mujer, que lo miraba atenta, con tensión en el rostro, pero con una amplia sonrisa al mismo tiempo.

La mujer se quedó un momento más con el comisario, detallando sus actividades de la última semana. Luego, se despidió de él y dijo que iba a visitar el castillo Montgomery, pues sería un desaire no pasar a saludar a la familia, estando en la localidad. El policía se ofreció a acompañarla, pues habría que entrar en explicaciones de lo que estaba sucediendo, sino esa gente no iba a entender nada.

Pidió que le acercaran un coche y llevó a la mujer a Willow Manor, transitando por el camino principal. Ella iba muy callada, el oficial trató de obtener más información de sus últimos movimientos, pero no tuvo suerte. Al parecer, venía llegando de un viaje por el Nilo, tal cual dijo y llegó a su residencia unos días antes. Se enteró leyendo la prensa, de que una mujer llamada como ella, había sido asesinada en la casa del señor Montgomery y le pareció que debía acercarse a

averiguar de qué se trataba. Era demasiada casualidad que una mujer con su nombre y sus características, se encontrara en el lugar en el que a ella la habían invitado y al que no pudo acudir.

Llegaron al castillo en media hora. El camino estaba expedito, como era habitual. Había pocos automóviles en el pueblo, los coches con caballos transitaban por una calle auxiliar. El comisario llamó y luego de unos minutos apareció Spencer, para abrir la puerta y dejarlo entrar.

—Buenas tardes, señor comisario— dijo el anciano, con su habitual amabilidad— ¿Qué lo trae por aquí? ¿El señor lo espera?
—Buenas tardes, Spencer. No, no tengo concertada ninguna reunión, pero quisiera saber si el señor o la señora Stella me pueden recibir.
—Adelante, por favor, pase a la sala. Les voy a avisar.

Baker ingresó a la casa, junto a su acompañante. El mayordomo se dirigió hacia el interior de la casa, a buscar al señor, que debía estar encerrado en la biblioteca. Mientras esperaba que regresara, el comisario vio que la señora Montgomery bajaba las escaleras y al verlo, se acercó a saludarlo.

—Señor Baker, No sabía que iba a venir. ¿Espera a Elliot?
—Sí, Spencer fue a buscarlo, pero me gustaría hablar con usted también.
—Claro, tomen asiento— ofreció a ambos, aún sin saber quién era la persona que lo acompañaba— Siento que Elliot se aproxima— dijo al oír los pasos de su esposo en el pasillo.
—Señor comisario, ¿Y esta visita sorpresiva? ¿Hay novedades del caso?
—Bueno, hay novedades, pero nada que nos ayude a resolverlo— dijo poniéndose de pie para saludar al dueño de casa, que se sentó junto a ellos— permítame que le presente a la dama que me acompaña— dijo buscando las palabras adecuadas— La señorita se llama...Rachel Cook.
—Encantada— dijo la mujer, provocando que Stella no reaccionara por la sorpresa.
—¿Qué dice? — preguntó Montgomery sin entender— ¿Algún pariente de la señorita Cook?
—No, señor Montgomery. La señorita es Rachel Cook. Me temo que la mujer que fue asesinada en esta casa es una desconocida. La señorita Cook tuvo la amabilidad de venir a declarar, para colaborar con la investigación.
—Pero, si esa mujer se presentó con su nombre y dijo que era artista… — manifestó Stella, que no salía de su asombro.

—Al parecer, suplantó la identidad de la señorita Cook. No sabemos con qué intención.
—Pero esto es terrible. Recibimos en esta casa a una usurpadora— exclamó el dueño de casa, sintiéndose violentado —¡Cómo pudo engañarnos descaradamente!
—Elliot, por favor. Cálmate— pidió su esposa.
—Señor Montgomery. La señora Cook quiso venir a presentarse para conocerlos, puesto que ustedes le habían cursado una invitación y ella la declinó, explicando sus razones. Al parecer la carta se ha extraviado, pues ustedes no la recibieron.
—Claro que no la recibimos— dijo el hombre— de lo contrario no habríamos tenido las atenciones que tuvimos con esa señorita.
—Señorita Cook, un placer tenerla con nosotros. Por favor, quédese a almorzar en el castillo— ofreció Stella— Nos encantaría que aceptara — agregó, ejerciendo como la buena anfitriona que era.
—Muchas gracias, señora Montgomery, será un placer. Me encantaría poder conocer la casa y sus maravillas, que Margot me ha comentado tanto.
—Por supuesto. Acompáñeme. Le haré un tour por el castillo, para que pueda ver algunos lienzos muy interesantes— dijo Stella, llevando a la mujer hacia la biblioteca.
—Comisario, esto me deja de una pieza. ¿Qué está pasando? — preguntó Montgomery sorprendido.
—Me acabo de enterar de la noticia. La señorita Cook fue a visitarme al cuartel de policía. Vio la noticia en el periódico y quiso aclarar esta confusión— señaló el policía contrariado — La llevé a ver el cadáver, para ver si la reconocía, pero no tuvimos suerte.
—¿Entonces quién era esa mujer?
—No tengo idea. Ahora voy a reunir a mis hombres para seguir indagando. Tenemos que identificar el cuerpo, eso es de suma importancia, pues dependiendo de quien se trate, puede haber causa probable de su asesinato.
—¿Podrán identificarla? — preguntó Montgomery, dudando de que fuera fácil conseguirlo.
—Vamos a revisar si hay denuncias de gente extraviada, me voy a comunicar con el Jefe de policía del condado y él podrá hablar con sus superiores. Buscaremos información con la que podamos comenzar a dilucidar este problema.
—Le deseo suerte, comisario. Bonito problema tiene ahora.
—Gracias, señor Montgomery. Lamento molestarlo, pero vamos a tener que interrogar nuevamente a algunas personas, para saber si alguien pudiera haber escuchado algo que la mujer dijera o cualquier detalle que nos ayude a identificarla.
—Lo que necesite, comisario. Estamos para servirlo.

—Gracias, señor— dijo saliendo del castillo y subiendo al auto que lo había traído, para regresar a su despacho.

La señorita Cook almorzó con la familia. No esperaban invitados, por lo que el almuerzo estuvo bastante frugal. Se sirvió un pescado al horno, con verduras y una sopa de calabacín, que era la preferida del dueño de casa. El postre fue pastel de manzana, que siempre se acostumbraba tener para las visitas.

La conversación se mantuvo en los temas habituales para gente que recién se conocía, detalles del viaje, el clima de la localidad, los tesoros que el señor Montogmery coleccionaba, etc. Luego del almuerzo se sirvió el café. En ese momento, Jessica se atrevió a preguntar a la invitada, los detalles de su visita.

—¿Y usted se enteró por la prensa? Señorita Cook. Debió ser una gran impresión— afirmó la chica que trataba de encontrar parecido entre la mujer y la que la suplantó en la fiesta. Ambas tenían contextura similar, pero su actitud era muy distinta. Esta mujer era muy segura de sí misma y resuelta, la otra era más bien tímida y reservada.
—No podía creer lo que leía— le pedí a mi criada que me leyera la noticia de nuevo, para poder digerirla.
—Qué extraño que no llegara su carta— dijo Williams que también los acompañaba en la mesa, esa tarde.
—Pudo ser un error del correo. O tal vez yo me confundí con las señas de esta casa. Soy muy distraída a veces— se disculpó la mujer.
—Ya me parecía raro que esa carta se hubiera perdido— manifestó el señor Montgomery, mirando a su secretario.
—Si hubiera llegado con la correspondencia, habría sido imposible que se perdiera dentro de esta casa, señor. Debió ser un problema del correo— aclaró Williams, para que el señor no lo regañara, pues él manejaba la correspondencia.
—¿Y por qué no pudo visitarnos, Señorita Cook? — preguntó Elliot, intrigado— Margot nos comentó que estaría en la localidad.
—Es que tenía un viaje por el Nilo, que no había decidido aún si iba a aprovechar, pero si no lo hacía en estas fechas, ya no iba a poder tomarlo hasta la próxima temporada, por lo que cambié de planes y retrasé mi viaje a esta zona.
—¿Y su exposición cuándo será? — inquirió Stella, que gustaba de ir a las galerías de Londres.
—¿Mi exposición?
—Me contó Margot que va a presentar sus lienzos en Londres. Creí que…
—Claro, por supuesto. Es que no hay fecha todavía para eso, estoy

organizando qué pinturas vamos a exponer. Creo que ahora, luego de regresar de un viaje que debo hacer, afinaré esos detalles.
—Nos alegramos que haya sido todo un malentendido— dijo Montgomery, sintiéndose burlado— Lamentablemente aquella mujer encontró la muerte en esta casa.
—¡Qué terrible! No entiendo por qué se hizo pasar por mí. Debió haber alguna razón que la trajera a este sitio.
—El comisario va a encontrar la respuesta. Espero que pueda resolver este caso pronto.

Terminando la sobremesa, la señorita Cook se excusó, dejando la casa. Jackson la llevó de regreso al pueblo. En el castillo, no daban crédito a lo que había pasado. Luego de pensar que la mujer asesinada era la amiga de Margot, resultaba ser que era una perfecta extraña, que abusó de la confianza de la familia.

La artista se quedó en el pueblo esa noche y al día siguiente, luego de hablar con el comisario y que éste la dejara en libertad de acción, se retiró rumbo a su hogar.

CAPITULO XV

Aquella misma tarde, el comisario reunió a sus hombres y les indicó las acciones a seguir.

—Tenemos que identificar el cuerpo. Revisen las señas que el forense nos entregó, compárenlas con casos de personas que hayan denunciado a sus cercanos como desaparecidos.
—¿De la última semana, señor? — preguntó Roberts.
—De las últimas tres semanas, creo que será mejor— ordenó el oficial — Voy a llamar a Jones para que averigüe en los pueblos aledaños si hay gente desaparecida con las señas de la víctima.

Un par de días después, se presentó en el cuartel una mujer, que venía en respuesta al llamado del comisario. Se llamaba Rebeca Crane, se trasladó desde un pueblo cercano, llamado Green River. Era una mujer pelirroja, de unos cuarenta años, con anteojos de marco grueso y un poco rolliza.

Había denunciado el extravío de una prima de la que no había tenido noticias en el último mes. Las señas de la mujer encajaban con las de la víctima del castillo. El comisario la invitó a pasar a su oficina.

—Señora Crane, agradezco que haya podido acercarse al pueblo.
—Tenía que hacerlo, señor— dijo apesadumbrada— es mi deber. Mi pobre prima…
—Señora, lo lamento, realmente— dijo el oficial— Vamos a tener que proceder a la identificación.
—Lo comprendo. Mi esposo no pudo acompañarme, pues trabaja en una granja y su jefe no le dio permiso de venir.
—Es un trago amargo, pero debemos pasar por él— señaló el policía, que aborrecía esos momentos.

Llevó a la mujer al depósito en que estaba el cuerpo y procedió a la identificación. El reconocimiento fue positivo. El comisario sacó a la mujer del lugar rápidamente, para no hacerla sufrir pesares innecesarios. Volvieron a la oficina del policía, para proceder con una declaración.

—Cuénteme, señora Crane. El nombre de su prima era…
—Dorothy Milford.
—Edad…
—Tenía treinta años.
—¿Sabe usted a qué se dedicaba su prima?
—¿A qué se dedicaba? Hacía de todo un poco. Trabajó en una compañía de teatro un tiempo, quería ser actriz, pero no tuvo suerte, aunque era buena. Estuvo de aprendiz en un salón de belleza y como dependienta de una farmacia. Tenía que trabajar para vivir, era soltera y no tenía más familia. Era una prima lejana, pero en la adolescencia compartimos bastante.
—¿No se visitaban?
—Muy de vez en cuando. Habíamos perdido comunicación hace unos años. Últimamente nos habíamos reencontrado y hace un par de semanas ofreció visitarnos. Pero no llegó… pensamos que se había arrepentido, pero luego le escribimos y al no tener respuesta, me preocupé. Pensé que estaría enferma.
—¿Por qué hizo la denuncia?
—¿Por qué la hice? En realidad, fue mi esposo quien lo propuso, puesto que Dorothy no daba señales de vida y yo estaba muy preocupada.
—Y su prima ¿Por qué estaría en el pueblo? ¿Le habló de conocer a alguien de la región?
—No recuerdo que alguna vez hablara de este pueblo. Tal vez en sus tiempos de artista, haya visitado el lugar.
—Puede ser— dijo Baker, decepcionado— Le agradezco que haya venido, puede volver a su casa. El oficial Monroe va a indicarle como proceder con su prima.

—Gracias, comisario. Ha sido usted muy amable.

El comisario Baker ya tenía con qué trabajar. Era necesario hacer indagaciones en el pueblo en donde vivía la mujer asesinada. Su prima no pudo ser de mucha ayuda, puesto que sólo se habían comunicado por carta en los últimos años y ahora cuando la occisa iba a concretar una visita, sucedía este desastre. Iba a tener que reformular el caso, buscar a las relaciones de la señorita Milford, para poder encontrar alguna causa que explicara su llegada al pueblo, suplantando a la artista.

En el castillo Montgomery no había pertenencias de la mujer. En la maleta pequeña que había llevado sólo encontraron un par de trajes, además del vestido de fiesta que lucía la noche fatal. Tenía algunas joyas de valor, lo que era llamativo, pues la prima dijo que ella tenía que mantenerse para vivir. No parecía ser una mujer acaudalada que pudiera darse el lujo de comprarlas. Pudo ser que alguien la contratara para suplantar a la señora Cook y le hubiera facilitado un prendedor de rubíes y un anillo de diamantes, que eran muy valiosos. Llevaba un relicario, pero no guardaba nada en el interior. Sus documentos tampoco estaban entre el equipaje. No mantenía fotos con ella.

Tomó el teléfono y marcó a un amigo de Londres, el oficial Jack Stephens. Le pediría que hiciera indagaciones en el hotel en que la mujer se había hospedado, para descubrir si alguien la hubiera visto reunirse en el comedor con otro huésped o si recibió alguna visita. Todo sería investigado. Había que descubrir que se escondía detrás de toda esa oscura trama.

CAPITULO XVI

En el castillo, la señora Page bajaba las escaleras, luego de dejar la ropa blanca en las habitaciones del piso superior. Al llegar al pie de la misma, se encontró con su ama, que iba saliendo de casa, en dirección al pueblo.

—Señora Page, tengo que estar a las tres en la parroquia y ya estoy atrasada— dijo mirando el reloj de estilo victoriano de oscura madera y de péndulo que había en el salón— por favor, le recuerda a la señora Rogers que tenemos invitados. Van a venir los Finch y los Stuart a jugar bridge y el señor Rice, debe reunirse con Elliot. Que no sirva

ensalada, sólo la sopa de cebolla.
—Y el resto del menú, ¿lo conversaron?
—Sí, vamos a cenar berberechos al vapor, luego un filete de lenguado con crema de mariscos, con guarnición de calabazas y unos rollos de pollo relleno con ciruelas. El postre decídalo usted, nada muy dulce, por favor.
—No se preocupe señora, vaya tranquila.

Stella salió corriendo en dirección al Daimler, en que Jackson la esperaba. El auto salió en seguida con dirección al pueblo, en donde se reunirían a afinar detalles de la fiesta que se celebraba el día siguiente.

La señora Page, antes de pasar a la cocina, se dirigió al salón y tomó el auricular. Aprovecharía de llamar a una amiga, ahora que los señores no estaban en casa.

—Harriet, no había podido llamarte. No he tenido un segundo. ¿Cómo está tu resfrío? ...Lo lamento, en cuanto tenga un momento me escaparé al pueblo para que charlemos. Tengo tanto que contarte… ¿No te había contado que la mujer asesinada era una impostora? …así como lo oyes…No lo sé, creo que era actriz…Los engañó a todos, claro que a mí no, yo noté algo raro en la mujer…te lo dije, ¿recuerdas?... era muy vulgar para ser artista plástica…Y esa noche, yo estaba en el jardín…no quise decir nada…La señora entró a los perros, pero yo me quedé en el jardín un momento…No sé si lo que vi pueda ser importante…te contaré cuando nos veamos.

Se sintieron pasos en el corredor, la señora Page se despidió de su amiga y se sobresaltó al ver a Spencer parado en la puerta. Detrás de él, el doctor Grant se asomaba.

—Señor Williams, estaba aquí— dijo el doctor a ver al secretario que salía de su despacho que estaba frente al salón, a un lado de la escalera— me dijo el señor Montgomery que usted me daría el frasco del medicamento que estaba mal etiquetado.
—Efectivamente, lo tengo en mi cuarto. Si gusta esperar un instante, lo traigo en seguida. La enfermera me lo entregó.
—Señora Page, no debe usar este aparato— le reprochó Spencer que no gustaba de los abusos de confianza— podemos usar el del corredor — susurró para que el doctor no escuchara.
—Spencer, sólo hablé un segundo. Era una urgencia.
—Me imagino— dijo el anciano con mal gesto, volviendo al lado del doctor— ¿Le traigo un café o un trago, señor Grant?

—No, muchas gracias, Spencer, me voy en seguida, sólo vine a buscar unas tabletas que le receté a la señora Kay para su reuma, pero el farmacéutico se equivocó y le dio unos polvos para la gastritis.
—¡Que descuido!
—Si. Pero sólo le iban a apurar descontroladamente la digestión— bromeó el doctor— por suerte no alcanzó a tomarlos.

El secretario bajaba en ese momento con un bolsito de papel, que contenía el envase que habían despachado equivocadamente.

—Muchas gracias por pasar por aquí, doctor Grant. Las iba a llevar mañana a su consulta yo mismo.
—Le ahorré un viaje. Estaba aquí cerca en la granja de los Norton. Se volvió a caer uno de los chiquillos.
—La señora Norton siempre tiene a uno de los niños con alguna magulladura— dijo la señora Page, que conocía a la familia— con siete niños tiene que tener siempre algo que lamentar.
—Gracias a Dios, son niños fuertes y se sanan muy pronto— agregó el doctor, mirando fijamente a la señora— Bueno, ahora me voy, porque Eleanor está esperando que le lleve unas coles que los Hamilton me regalaron.
—Que le vaya bien, doctor— dijo Williams, viendo a la señora Page alejarse en dirección a la cocina.

CAPITULO XVII

En el salón parroquial, que se encontraba junto a la Iglesia, esa tarde estaban reunidas las organizadoras de la fiesta. Stella llegaba recién, disculpándose por el retraso.

—Lo siento, señoras. Tengo invitados a comer y estaba adornando los jarrones con unas camelias, que acaban de florecer y se me pasó la hora. ¿Cómo estás, Eleanor?
—Bien. No te preocupes, estamos recién comenzando. Tenemos a los niños Holmes y a los Norton, los más grandes, haciendo letreros. La señora Brown está revisando con la señora Stuart la confección de los muffins y vi a Jessica que andaba por aquí con la chica de los Finch, pintando unos lienzos.
De fondo se sentía una chiquilla que cantaba y un muchacho tocaba la guitarra. El ruido que provocaban, junto con los niños más pequeños que andaban jugando tenía a Eleonor con los nervios de punta.

—¿Y tu hija? No la trajiste.

—Chelsea, anda por ahí. Recién estaba agarrada del moño con la niña de los Norton. Ojalá no se haya ensuciado mucho.
—¿Qué es ese ruido? — preguntó Stella, que tenía un dolor de cabeza punzante, desde la mañana— se está acoplando el sonido.
—Es una de las candidatas a reina que ensaya su número. Otra de las muchachas va a bailar un charleston, la otra va a recitar algo de Tennyson y la hija de la señora Higgins, va a deleitarnos con un área de Rossini.
—Me sorprende. Pensé que estas niñas sólo pensaban en esos bailes modernos.
—Bueno, pero vamos al grano— dijo Eleanor, bajando la voz, con acento conspirador, para que los niños no la oyeran— ¿Qué hay de cierto en que la mujer asesinada en tu casa era una impostora?
—Completamente cierto. Hace unos días llegó Baker con una mujer al castillo, presentándola como Rachel Cook. Te imaginarás que quedamos de una pieza.
—¿Y quién es la víctima, entonces?
—No lo sé. Elliot estuvo hablando con el juez, que está más al tanto de lo que pasa en el pueblo y le comentó que ya habían identificado el cadáver.
—¿De quién se trata?
—No me he enterado, pero hoy tenemos a Finch en casa, va a cenar con nosotros esta noche. Mañana te llamo y te lo revelo todo— prometió, tomando unas hojas de papel con las que confeccionaban guirnaldas.
—Está quedando todo muy bien— dijo Olive, que venía caminando hacia ellas, con una bandeja en la que traía refrescos— Por favor, sírvanse.
—Elliot aceptó ser jurado de tu concurso infantil— dijo Stella, con gesto triunfante— aunque me costó convencerlo. Tienen que hacer buenos disfraces, sino me va a reclamar. No le gustan las cosas vulgares, por favor, que se esmeren.
—Yo he visto algunos, que las chicas están terminando para sus hermanos pequeños. Creo que el de pirata y el de Oso van a estar peleando el primer lugar.
—Yo creo que el de Chelsea, tiene posibilidades. Me pidió que le hiciera un disfraz de Lobo feroz.
—¿Pero no prefiere ser Caperucita Roja? — se extrañó la señora Murphy.
—Dice que un disfraz poco usual le va a dar más posibilidades de ganar. Mis hijos son muy especiales— declaró Eleanor bebiendo su limonada.
—Bueno, le sugeriré a Elliot que elija un disfraz poco usual para ganador— señaló Stella bromeando, aunque igual se lo iba a sugerir.

Desde el interior del salón apareció Jessica, junto con Hillary. Venían riendo y celebrando a otra de sus amigas que se postulaba para reina.

—Kimberly corre con ventaja, su charleston va a ser una novedad— dijo Hillary, tomando un vaso de limonada desde la bandeja— perdón, ¿puedo?
—Sí, hija. Sírvanse— pidió Olive, que volvía a sumergirse en la muchedumbre de gente que se congregaba en el salón.
—Hola, señora Montgomery— ¿Cómo está?
—Bien, Hillary. Tu madre, ¿nos va a acompañar esta noche me imagino?
—Por supuesto. Le encanta jugar bridge y su pie ya está perfectamente. Estaremos en su casa, a las ocho en punto.
—El señor Rice también nos va a acompañar— dijo Stella, para ver la reacción de la chica.
—¡Que hombre más interesante! — declaró muy seria, para luego ponerse a reír— No te pongas celosa, amiga. Lo hago por molestarte. El señor Rice ni siquiera me mira. Además, Jerry Jones es más de mi agrado, es de mi edad.
—No me molestes, Hillary— dijo Jessica, dando un empujón a su amiga.
—Le digo a Jessica, que el señor Rice la está cortejando, pero no me cree— dijo Stella, buscando una aliada en la chica.
—Esta noche te daré mi opinión, amiga— ofreció Hillary.
—Aconséjala. Es un buen partido, no va a venir a este pueblo otro hombre tan interesante como ese.
—Cuente conmigo, señora Montgomery, esta boda se hace— prometió la muchacha bromeando.

Dos horas después, ya se afinaban los últimos detalles y obviamente los últimos problemas. El encargado de la parrilla en que se harían las salchichas avisó que estaba con gripe y con reposo en cama. Prontamente encontraron sustituto, el amable Jerry Jones sería el cocinero oficial y con eso ya podían ir a descansar.

Jessica y Stella se despidieron de las damas y volvieron al castillo. Jackson las dejó en la puerta a las seis y media. Iban a tener que apurarse para estar maravillosas en la noche y recibir a sus invitados.

—Stella, préstame tu pañoleta estampada, creo que se verá perfecta con el vestido rojo— dijo la chica, pensando en su atuendo para la cena.
—Claro. No la voy a usar. Me pondré el vestido verde y no va a

combinar.
—Gracias, quiero hacerme un peinado distinto— dijo la muchacha soltando su cola de caballo, que solía llevar en el día.
—Déjate el pelo suelto— sugirió la mujer, que sabía cómo seducir.
La muchacha se dispuso a subir a su habitación, pero antes pasó a la cocina a pedir un tazón de chocolate caliente a la señora Rogers. Se quedó con ella unos minutos. Al salir, se encontró con el secretario de su padre que estaba parado en el corredor; daba la impresión de estarla esperando.

—Señorita Jessica, que gusto verla— dijo el muchacho, que estaba afirmado en la pared.
—Que tal, Ralph, ¿Cómo está?
—Bien. Parece que me ha estado evitando— dijo el joven, mirándola fijamente con sus ojos verdes.
—Para nada— dijo ella sonriendo— He visto que ha estado muy ocupado estos días y yo he estado en el pueblo todas las tardes. Mañana es la fiesta del bicentenario. ¿Va a asistir?
—La señora Montgomery me designó para dirigir unos juegos. Voy a tener que participar.
—Pero será divertido. Hace años que no estaba en el pueblo para esta fiesta. Me acuerdo que cuando niña, me inscribía en todos los concursos.
—Seguramente la coronarían reina alguna vez— dijo sonriendo— Es usted la mujer más bella de este pueblo.
—No, no me gustan esos concursos— dijo evasiva. Ya no le gustaba tanto que Ralph le insinuara que la admiraba.
—Espero que me conceda un baile. Dicen que va a haber una orquesta que viene del pueblo vecino.
—Claro, por supuesto.

Mientras conversaban, el mayordomo pasó caminando por el corredor hacia la cocina y Williams se puso incómodo. El hombre lo miró con gesto reprobatorio. Pensaba que nada tenía que estar hablando el muchacho con la señorita Montgomery, a solas, en ese lugar. El reloj de péndulo dio las siete de la tarde y Jessica se excusó, pues tenía que prepararse para la cena. Cuando se alejó, subiendo la escalera, Ralph Williams se quedó mirándola fijamente hasta que desapareció. Esperaba que la muchacha pusiera su vista en él, pero ella evitó el encuentro de miradas.

Desde que apareció Milton Rice en escena, Jessica ya no aceptaba tanto sus halagos. Parecía como si la muchacha hubiera perdido interés. Luego de tres meses de figurar como su adorador, siendo

alentado por ella, ahora le costaba mucho encontrarla a solas por la casa. La chica no estaba mucho en el castillo, solía reunirse en las tardes con su amiga Hillary en el pueblo y a la hora de almorzar o cenar, siempre había invitados y él debía retirarse en cuanto terminaba de comer, pues su lugar en la casa era confuso.

Tenía lazos familiares con personas adineradas, pero su madre, nieta de un político de renombre, se había casado con un profesor de historia, que tenía pocas expectativas de triunfar en la vida. Efectivamente, él y sus hermanos tuvieron que bregar para hacerse de una profesión. Se tituló como abogado siendo un poco mayor, pues tuvo que trabajar en una granja unos años para reunir algo de dinero. Su hermana Gina, afortunadamente se había casado con un médico y su cuñado lo había ayudado a terminar la carrera.

Ahora sus aspiraciones eran poder ejercer como abogado en un bufete, pero mientras tanto ese trabajo como secretario de Elliot Montgomery le serviría para conocer gente. Le gustaba la política y tenía planes de ser congresista.

Casarse con una mujer de dinero le facilitaría el camino para llegar a cumplir sus sueños. Se sentía frustrado, pues todo lo construido con Jessica, se estaba derrumbando. La estaba conquistando y en cualquier momento le iba a pedir que se casara con él, aunque el padre no estuviera de acuerdo. Ahora que aparecía este hombre, que la tenía deslumbrada, sentía que estaba retrocediendo en el camino recorrido. Iba a tener que ser más insistente con la muchacha y buscar momentos para acercarse nuevamente.

En esos pensamientos estaba, cuando su jefe lo llamó al despacho. Debía volver a trabajar.

Jessica subió los peldaños, tratando de no mirar en dirección al muchacho, que claramente la siguió con la vista hasta que llegó al recodo que quedaba oculto por un jarrón enorme de flores que acostumbraban poner en una mesa, bajo la escalera. El reloj la había salvado. Se sentía incómoda cuando Ralph Williams trataba de ser galante. Un mes atrás, el joven le parecía el hombre más guapo que había conocido, sus ojos claros y su cabello rubio que siempre llevaba engominado, le hacían parecer un príncipe de cuento y aunque no tenía dinero ni relaciones, ella estaba pensando seriamente en embarcarse en una relación con él.

Algo había cambiado. Desde esa noche, en la fiesta del cumpleaños de

su padre, cuando conoció a Milton Rice, sus intereses eran distintos. El hombre moreno, alto y de rasgos varoniles, le parecía cautivador. Tenía mundo, había viajado por lugares exóticos, era simpático, seductor. Cada vez que lo tenía cerca, su corazón saltaba en su pecho, sin poder controlarlo. No quería reconocer, pese a la insistencia de Stella, que se estaba enamorando de él. Tenía miedo de ilusionarse, no sabía realmente quien era ese hombre. Su padre lo conocía, es cierto, pero no conocía nada de su vida anterior. Tal vez estaba casado, o tenía alguna mujer que lo esperaba en algún lugar. Ni siquiera sabía si se iba a quedar en el pueblo, era probable que un día cualquiera decidiera irse, buscar otro rumbo, un lugar más entretenido que ese pueblo sin ningún encanto.

Media hora después estaba casi lista para bajar. El reloj de pared de su cuarto, un bonito objeto de cerámica con un par de pajarillos como adorno marcaba las siete y cuarenta y cinco. Los invitados debían estar por llegar. Qué bueno que su amiga Hillary la iba a acompañar esta noche. Mientras el resto jugara al bridge, ellas podían conversar. Cuando salió de su habitación se topó con la tía Bridget que también bajaba.

—¿Nos vas a acompañar, tía Bridget? — dijo asombrada, la mujer nunca bajaba a cenar.
—Me he sentido bien hoy día. Tengo ganas de compartir con la familia. Las medicinas del doctor Grant me han hecho bastante bien.
—¡Qué bueno!, entonces toma mi brazo— dijo la chica, ofreciendo afirmarla para que pudiera bajar la escalera sin problema— ¿Y la enfermera Wilson?
—Está dando vueltas el colchón de mi cama. Algo me molesta en la espalda.
—Pero eso es mucho esfuerzo para ella. ¿Quieres que llame a Jackson para que la ayude? — propuso la muchacha.
—No, hija. Ya prácticamente la tenía lista, debe estar acomodando la ropa de cama ahora. Ella puede muy bien hacer esas labores. Es muy vigorosa.
—Ojalá que después no se vaya a quejar de ciática— bromeó la chica.
—Ni lo menciones, hija. Ella es mi gran ayuda. Me levanta como una pluma, sabes que mis rodillas están tan débiles. No sé qué haría sin ella, es la mejor enfermera del mundo— manifestó la señora Kay, que era déspota con la mujer, pero en el fondo la estimaba.
—Deberías hacer más ejercicio, tía Bridget. Podrías salir a caminar por el parque.
—El próximo mes pretendo hacerlo, aún está muy frío el clima— señaló, la mujer, afirmándose en su bastón, mientras continuaba

bajando la escalera del brazo de Jessica.

Ambas llegaron al salón, caminando lentamente para que la mujer no fuera a tropezar con los escalones. Jessica se puso el vestido rojo que su madrastra le sugirió, que era muy ajustado en el talle y que tenía escote en forma de V, dando bonita forma a su busto. Era de gasa, largo y lo había acompañado con la pañoleta estampada de rojo y negro que le había pedido prestada a Stella. La señora Kay, llevaba un traje marrón de terciopelo y un collar de perlas como único adorno. Unos pasos más atrás, la enfermera la seguía, trayendo un chal de color canela.

En el salón ya se encontraba el juez Finch, junto a su esposa, Maddie y su hija. Venían recién llegando. El juez era un hombre alto, de contextura gruesa, calvo y con un pequeño bigote canoso. Su mujer vestía un traje oscuro, que le quedaba muy bien con su cutis pálido y un mantón azul encendido que combinaba con sus ojos del color de la aguamarina. Hillary escogió un vestido color malva con bordados blancos. La noche no estaba tan fría como lo había estado el resto de esa semana. Los visitantes ingresaron al salón, en donde los esperaba el señor Montgomery con Spencer a su lado, que portaba una bandeja con algunos vasos de Whisky y copas de ginebra. Las muchachas prefirieron champaña.

Mientras los mayores se dedicaron a comentar las últimas noticias del pueblo: un robo en la granja de los Carpenter, el nuevo anuncio del gobierno, la fiesta del siguiente día, etc. los más jóvenes se reunieron en un rincón a conversar.

—Señor Williams, que elegante está— dijo Hillary, con su habitual coquetería.
—Gracias, señorita Finch. Usted se ve muy guapa con su vestido.
—De verdad te queda lindo. ¿Quién te lo hizo? —preguntó Jessica.
—Este lo hizo mi tía Rebeca. Fue un regalo de navidad.
—Me encantan los vestidos que hace tu tía. Quiero que me haga un vestido para mi cumpleaños— pidió Jessica, entusiasmada con la fecha que se aproximaba.
—¿Está de cumpleaños pronto, señorita Montgomery?
—En mayo cumplo años, señor Williams. Espero que hagamos una gran fiesta.
—Ojalá no haya una tragedia— dijo Hillary, sin pensar— Lo siento, es que…
—Está bien, ya hemos olvidado el incidente, aunque falta mucho para que se ponga fin a esa intriga.

—Williams, Usted conoció a la mujer más íntimamente— señaló Hillary, haciendo que a Ralph le diera carraspera.
—¿Por qué dice eso? — contestó nervioso.
—Estoy bromeando. Supe que la llevó a recorrer la casa. ¿No sospechó que era una impostora?
—Claro que no. No la conocía y ella se presentó como la señorita Cook. ¿Por qué íbamos a sospechar? — dijo el muchacho preocupado, sin notar que la chica estaba jugando.
—¿No le dijo algo sospechoso?, Quizás venía a robar... ¿No le preguntó por el lugar en que se guardaban las joyas? — preguntó Hillary con tono serio.
—Amiga, no seas ridícula, ¿Cómo iba a preguntar eso? Además, en esta casa no se guardan joyas. Sólo las que usa Stella, que son muy sencillas, yo no tengo joyas valiosas. Las joyas de familia que mi padre heredó las tiene en el banco.
—¿Qué cree, Williams? La mujer tal vez era la esposa de alguien que vive en el pueblo y su esposo la asesinó para que no lo delatara. O quizás, sabía un secreto de alguien y lo estaba chantajeando…
—No lo sé…no lo creo… ¿chantaje?
—Ralph, no le haga caso, está bromeando— luego se volvió a su amiga—Hillary deja de inventar cosas, sino el comisario Baker te va a llamar a declarar.
—¡Qué emocionante sería! — dijo la chica, que era muy bromista— me pondría el vestido azul, para que los fotógrafos me retrataran y saldría en la prensa.
—Creo que mejor, pasamos al comedor. Ya están entrando— dijo Jessica, que se encontraba decepcionada, pues el señor Rice no había llegado aún. Y ella se había arreglado especialmente para verlo.

Cuando se ubicaban en la mesa, el señor Montgomery saludó efusivamente a su amigo.

—Milton, por fin llegas, pensé que no venías— dijo al ver llegar al hombre que entraba caminando rápidamente.
—Lo lamento, les doy mis excusas. Esperaba un encargo que hice y acabó por llegar recién.
—Pero ya estás aquí. Siéntate a mi lado, así podemos conversar del caballo que te comenté.
—¿Compraste otro caballo, Elliot? — dijo Stella que nunca sabía lo que su esposo tramaba.
—No. Milton quiere comprar algunos caballos, para la hacienda— manifestó, mientras Spencer procedía a servir las copas.
—Señor Rice, ¿Tiene una hacienda? — preguntó Stella, con curiosidad.

—Si, en Exeter. Era de la familia de mi madre.
—Qué hermoso es Exeter. Viví allí un tiempo— señaló Bridget, mientras recibía la sopa que Spencer servía, junto con la señora Page.
—Esta sopa está deliciosa, querida— exclamó Maddie Finch, con admiración. Tu cocinera es magistral.
—Sí, la señora Rogers es nuestro mayor tesoro— declaró la mujer, que llevaba su pelo rojizo peinado en un complicado moño.

En el comedor, Stella se había sentado junto a su marido que era cabecera de mesa. A su otro lado estaba su amigo Rice. Bridget se ubicó al lado de la dueña de casa. El señor Finch estaba sentado frente a su esposa. Los Stuart de la misma forma. Junto al amigo de su padre, estaba Williams, que siempre compartía con la familia. Las muchachas quedaron frente a Rice y el secretario. Cuando todos alababan los manjares que había en la mesa, aprovechaban de conversar, susurrando.

—Tienes un gran problema, amiga— afirmó Hillary, muy seria.
—¿Por qué? — preguntó confundida la chica— ¿A qué te refieres?
—No sabría a cuál escoger— añadió, señalando con la mirada a los dos hombres que tenían en frente— Uno rubio, tan guapo, con esos ojos maravillosos y el otro moreno, tan atractivo y seductor.
—No bromees…y habla más bajo, te pueden escuchar.
—Estoy susurrando— se excusó la chica sonriendo con malicia—¿Cuál te gusta más?
—Deja eso. No sigas.
—Bueno, sólo te digo que tienes suerte. Los dos te miran con ojos de enamorado.
—No es cierto— la regañó la chica, sirviéndose su sopa de cebolla, que estaba exquisita— Que rica esta sopa.
—Es la mejor sopa de cebolla que he probado. ¿Con qué vamos a seguir? — preguntó Hillary que siempre disfrutaba los placeres de la comida en el castillo.
—Berberechos, lenguado, pollo relleno. El postre es sorpresa, la señora Rogers no me quiso decir.
—Yo debería vivir aquí. Se come tan bien— dijo la chica saboreando su vino blanco.

Luego de la cena, se sirvió el café en el salón. Los caballeros se reunieron cerca de la chimenea, dejando a las damas el sector del ventanal.

—Cambiaste la puerta, querida— aseveró la señora del juez, que era muy observadora.

—Esa fue la puerta que se rompió aquella noche— respondió Bridget, que gustaba de hablar de la tragedia.
—¿Fue aquí entonces?
—Fue al salir al patio, por esta puerta— aseguró Stella— Yo venía regresando desde el fondo del parque y me la encontré tendida en el suelo.
—¿Es verdad que se parecía a ti?
—Yo no encontré nunca el parecido— dijo Stella incómoda— Pero la verdadera Rachel Cook tiene mayor parecido.
—¿Qué quieres decir con la verdadera? — pregunto la señora, que era un poco despistada.
—Madre, te conté que la mujer asesinada no era la artista, la estaba suplantando— aclaró Hillary, que ya le había explicado a su madre el embrollo, pero ésta no entendía.
—¿Y quién era entonces? — preguntó otra vez Maddie Finch, que no se enteraba de nada.
—Era una actriz o algo parecido— manifestó Jessica, que había estado averiguando junto con Hillary, pues Jerry Jones era hijo del Jefe de policía del condado— Se llamaba Dorothy Milford. Una prima la reconoció, estaba extraviada.
—¿Cómo sabes tanto? — dijo Stella, que no había escuchado aún esa noticia.
—Es que Hillary tiene un amigo, que nos contó hoy en la mañana. No podemos descubrirlo, es nuestra fuente.
—¿Pero por qué estaba aquí?
—Nadie lo sabe. Elliot estuvo hablando con Baker, el comisario, ayer y me contó que no hay novedades. Parece que la mujer, aparte de la prima que la buscaba, no tiene más parientes y ha vivido en varios lugares distintos en los últimos años.
—¿Quién la habrá asesinado? — pregunto la señora Finch, insistiendo en el tema.
—Yo creo que alguien entró a la casa a asaltarnos— dijo Bridget, con tono de reproche— Le dije a Elliot que falta seguridad en el castillo. Un par de perros mastines no es suficiente.
—Ordenó que levanten el cierre del lado de la laguna, prima Bridget— dijo Stella, para calmarla— Y las puertas se cierran temprano, sólo dejamos abierta la de la cocina, pero siempre hay sirvientes ahí.
—Y están los pequeños, para que nos cuiden— bromeó Jessica, pensando en Ginger y Rufus.

Jessica notó que Williams estaba muy pendiente de la conversación, mientras la observaba afirmado en un costado de la chimenea.

—Parece que Williams no te despega la vista— dijo Hillary, que

estaba pendiente de todos— el señor Rice conversa con tu padre. Está de espaldas a nosotros. ¡Que espalda que tiene! Parece que es musculoso, tiene apariencia de atleta.
—Dice papá que ha trabajado varios años en barcos. Aunque su familia tiene dinero, él siempre estuvo viajando y recorriendo muchos países. Se nota que ha tomado mucho sol.
—Tu padre entró a la sala pequeña, con Williams, mi papá lo siguió. Al parecer comienza la partida de bridge— Mamá ¿Vas a jugar? Si no te apuras la señora Stuart se va a tomar la mejor ubicación.
—Claro, hija— exclamó la señora Finch, poniéndose de pie—Stella, tienes que ser mi compañera en el primer juego.
—Por supuesto, vamos a ganarles a los muchachos— bromeó Stella, al referirse a sus esposos, que no eran precisamente unos niños.

Las chicas se sirvieron otra copa de champaña y se quedaron sentadas en el sillón. El señor Rice se aproximó, llevando en su mano una copa de coñac.

—Señorita, que bellas se ven esta noche— dijo el hombre, sentándose junto a Hillary.
—Gracias, señor Rice. Usted se ve muy guapo también.
—Gracias, que gentil. Usted es una mujer muy moderna, señorita Finch.
—Y muy intuitiva— dijo la chica, notando que Rice quería hablar con Jessica a solas— Voy a la cocina a ver a la señora Rogers, amiga. Permiso— dijo alejándose de la sala.
—Señorita Montgomery ¿aceptaría acompañarme al jardín un momento?
—Claro, señor Rice. Deje que me ponga la pañoleta que dejé…
—Yo se la alcanzo— dijo tomando la pañoleta, cubriéndola con ella y rodeándola con su brazo.

Salieron por la puerta que ahora era de cristal empavonado con decoración de flor de lis, en reemplazo de la puerta que se había roto. Caminaron por el sendero, siendo inútil no recordar los hechos ocurridos en la fiesta. Se sentaron en un escaño que había bajo uno de los faroles del jardín. Había una luna creciente, y aunque estaba algo nublado, sus rayos iluminaban la noche. Milton Rice se volteó para quedar frente a ella y comenzó a hablar. La joven estaba muy nerviosa, por estar a solas con él y por no saber qué era lo que le iba a decir. Se esperaba cualquier cosa, desde una declaración de amor, hasta una despedida.

—Jessica— dijo asombrando a la muchacha, pues ese trato nunca se lo

había dado— Estas semanas en que he podido compartir con usted han sido muy especiales.
—Para mí también, señor Rice.
—Dígame Milton, por favor.
—Está bien, Milton— dijo ella sonriendo. Parecía que iba a ser una despedida.
—Debo viajar fuera del país, por unos asuntos que no pueden esperar.
—¿Se va? ¿Cuando?
—El próximo lunes. No sé cuánto tiempo demore en regresar.
—¿Va a regresar? — preguntó la muchacha ansiosa.
—Depende de usted, Jessica. Si usted me lo pide, yo regreso— dijo enfático.
La muchacha no sabía que decir. Pero decidió rápidamente revelar lo que pensaba su corazón.

—Por favor, regrese— pidió ella mirándolo con sus ojos claros.

Sin darse cuenta casi, de pronto lo labios de Milton Rice besaban los suyos. Ella dejó que ese beso dulce la embriagara y cuando él se alejó de su boca, un suspiro brotó en su pecho.

—Es usted la mujer más bella y la más perfecta, Jessica. Permítame que le diga que me tiene completamente cautivado.
—Señor Rice…Milton, me siento muy halagada.
—Por favor, acepte este regalo— dijo sacando de su bolsillo una cajita y entregándosela a ella, que la abrió lentamente.
—Es hermoso— exclamó al ver dentro de la caja un prendedor de rubíes, en forma de flor, con brillantes en el contorno. Debía valer una fortuna— pero no puedo aceptarlo. Es demasiado…
—Nada es demasiado para usted. Por favor, acéptelo, dijo acariciando el mentón de la chica con su mano y volviendo a besarla.
—Gracias, es lo más hermoso que me han dado.
—¿Me permite que la llame cuando esté lejos?
—Me voy a enfadar si no lo hace— dijo la chiquilla sonriendo.
—Entremos, no quiero que la vean sola conmigo aquí.
—Está bien. Gracias— dijo la chica mirándolo con adoración y guardando la joya en su caja.

CAPITULO XVIII

Y por fin, llegó el esperado día. Desde temprano en el castillo y en los hogares de los habitantes de Hudson los ánimos estaban alegres por la

festividad que se celebraría. A mediodía, luego de celebrarse la misa, para la cual el párroco preparó un sermón alusivo, los habitantes del pueblo se reunirían en la plaza, para comenzar con los juegos infantiles. En la tarde, se reunirían en el salón parroquial, en donde podrían bailar y se entregaría el premio a la reina del pueblo.

Se apreciaba en el centro de la plaza, un proscenio que se había levantado, en donde el profesor Samuels, que había sido designado maestro de ceremonias, animaba a la gente a acercarse a los puestos de comida y bebida. Los niños pequeños estaban compitiendo en juegos aptos para su edad.

Se veía a chicos un poco más grandes con diversos disfraces. Un muchacho vestía un traje de oso, que seguramente su madre había confeccionado, con gran parecido a un animal real. Una chiquilla vestida de mariposa, golpeaba a todo mundo con sus alas, pero ella se sentía la más bella y se paseaba de lado a lado de la plaza. Otro chico lucía un disfraz de pirata con una pata de palo; bastante incómodo se veía. La hija del doctor Grant asustaba a sus amiguitos con su disfraz de lobo feroz, que había quedado muy bien logrado.

A un costado de la plaza se asomó el vehículo de los Montgomery. Jackson se estacionó cerca del escenario improvisado que en ese momento albergaba a los muchachos que formaban parte de la orquesta. Estaban ensayando con una de las candidatas que interpretaría una canción folklórica. Stella se bajó del auto y de dirigió al centro de la plaza, caminando del brazo de su esposo. La señora Page, venía con ellos, pues había querido asistir para aprovechar de ver a algunas amigas que tenía en el poblado.

—Jackson, si desea puede disfrutar de la fiesta. Nos vamos a quedar todo el día. Almorzaremos con los Finch, así que puede venir por nosotros a las siete— dijo Elliot Montgomery, dando libertad de acción a su chofer.
—Entendido señor, gracias— dijo el hombre, que vestía su pulcro uniforme y se quedó de pie, mirando como su amo se alejaba y se internaba en el grupo que celebraba en la plaza.

A medida que caminaban, se encontraban con gente conocida que los saludaba. La señora Higgins se acercó a comentar con ellos las actividades. Luego apareció Jessica, que avanzaba junto con Hillary y otra muchacha para encontrarse con ellos. Las chicas los saludaron y siguieron su camino.

Los niños pequeños corrían en todas direcciones. La señora Reeves tenía su puesto de bebidas ya instalado, las chicas iban a ayudarle. A un costado estaban preparando las salchichas que eran el alimento más apetecido por los vecinos. Jerry estaba encargado de aquel sitio y Hillary, conversaba con él, sin poner atención a la señora, que las esperaba para que colaboraran con la preparación de jugos y tragos. Williams se encontraba desde temprano, ayudando a armar los kioskos en que la gente se iba a reunir a practicar juegos de feria. El señor King traía siempre sus entretenimientos para esas festividades. Los niños y jovencitos disfrutaban disparando a los patos o lanzando pelotas en la boca de un payaso de cartón. A las chiquillas les gustaba jugar a sacar peces desde un balde con agua o sacarse fotos colocando su cara en el orificio de algún dibujo gracioso.

A un costado de la plaza principal se hallaba una fila de carros adornados que los jóvenes habían preparado, para sus candidatas. Uno tenía forma de torta, otro llevaba delante un pegaso de colores y otro tenía un circo completo sobre él.

La señora Page se dirigió al otro costado del parque, donde fuera de la cafetería la esperaban sus amigas, Harriet y Helen, que trabajaban en casa del juez y del doctor respectivamente. Las mujeres gustaban de cotillear y se dispusieron a tomar algunas bebidas, mientras se sentaban en un escaño del parque. Un señor pasó vendiendo helados de cono y las mujeres compraron uno para cada una.

—Harriet que lindo vestido traes— dijo la señora Page celebrando el traje de su amiga.
—Era de mi hermana, no lo usaba y lo ajuste para mí— señaló orgullosa de su vestido verde esmeralda con cuello de bolillo que ella misma había tejido.
—¿Cómo están las cosas en el castillo, querida? — preguntó Helen, que era muy entrometida y quería saber todo lo que pasaba en casa de sus vecinos.
—Lo de siempre. Spencer metiéndose en todo, la señora Rogers cocinando exquisito. El secretario del señor, dándose ínfulas como si fuera de la familia, ¡Qué más quisiera!
—Pero de la mujer asesinada, ¿no se sabe nada?
—No lo sé. No he escuchado nada por lo menos.
—¿Y la mataron para robarle? ¿Iban a atracar el castillo? — preguntó Harriet Scott, queriendo saber detalles del crimen— Cuéntanos que pasó, amiga.
—Lo leímos en el periódico, pero no salía mucha información— agregó Helen— Tú sabes que el doctor Grant, sólo lee el Journal, lo

tomé hace unos días y leí la noticia, pero no decía nada claro.
—Bueno, esa mujer había llegado a la casa ese mismo día. Yo en seguida noté que no tenía tipo de artista— dijo la señora Page, que jamás lo había pensado, hasta que se enteró que no lo era— Estuvo en su cuarto gran parte del día. En la noche bajó a compartir con el resto de los invitados.
—¿Es cierto que la apuñalaron?
—Claro que no, Helen. ¿Qué periódico leíste, muchacha? — preguntó la señora Page sorprendida de lo despistada de su amiga— La mujer fue drogada y luego le dieron un golpe en la cabeza.
—¿Y tú que crees? ¿Alguno de los invitados la asesinó? ¿Tú estabas ahí cuando pasó todo o no? — preguntó la sirvienta de los Grant.
—Dijiste que había sido en el jardín y que tú estabas ahí— declaró Harriet que ya había conocido algunos detalles de boca de su amiga.
—No lo digas así, parece como si yo hubiera visto algo— dijo Elvira Page, tratando de bajar la voz.
—¿Y viste algo o no? — preguntó Harriet, mirando fijamente a su amiga y esperando la respuesta.
—Estaba oscuro, yo creo que vi a alguien salir desde el sendero y adentrarse en el parque, pero no podría decir nada más.
—Debió ser un ladrón, que quiso entrar en la casa y se encontró con la mujer que estaba tomando aire en el jardín— pensó Helen en voz alta — Al ver lo que había hecho debió esconderse entre los árboles.
—Es posible, luego de que el doctor revisó el cuerpo, se armó un alboroto y una gran confusión. El señor se indispuso y luego llamaron a la policía. Quien haya sido tuvo tiempo de escapar— dijo la señora — O de volver a la casa— pensó después, sin decirlo.

—Si viste algo, debes comentarlo a la policía.
—Creo que voy a llamar a mi sobrina Melany, ella me puede aconsejar al respecto. No quiero meterme en líos con la policía.

En el salón parroquial se estaban preparando los niños con sus disfraces. Stella y Eleanor ayudaban a las madres a terminar de vestirlos y dejarlos en un estado decente, pues habían estado jugando en la plaza y maltratado sus trajes.

—Elliot está tan entusiasmado con ser jurado de este concurso— exclamó Stella— le encanta ser juez.
—Y le gustan los niños. Es extraño que sólo tuviera una hija— dijo Eleanor.
—Es que su esposa no era una mujer muy de familia. Al parecer era una belleza, pero no tenía mucho instinto maternal.
—Yo no la conocí. Tú sabes que Grant fue destinado a este pueblo hace sólo cinco años, pero Olive me ha contado que la primera señora Montgomery era muy asidua a las fiestas y que pasaba largas temporadas en Londres. No se ocupaba mucho de la niña.
—Que lamentable. Yo creo que Elliot habría querido tener una familia numerosa, pero no fue posible.
—Pero todavía puede ser, querida. ¿No te gustaría tener hijos?
—Te seré sincera. Lo hemos intentado, pero Dios no nos ha bendecido.
—Bueno, hay que seguir intentando, querida— bromeó Eleanor para darle ánimos a su amiga.
—No sé qué pensará Jessica de esa posibilidad. Tú sabes que es la única heredera de Elliot, no le gustaría dividir su herencia.
—Jessica es una buena muchacha y por lo que la conozco no es ambiciosa.
—No lo sé, podría ser un problema— dijo Stella pensativa— Bueno, pero no hay que preocuparse de eso ahora. Tenemos que dejar a estos niños en condiciones de ser evaluados. Espero que Chelsea sea la ganadora.
—Yo también, sino va a hacer un escándalo de aquellos.

El concurso resultó un éxito. Los niños se lucieron, el señor Elliot junto con el profesor Samuels y la señorita Nelson, tuvieron una difícil tarea. Finalmente se produjo un empate en el primer lugar. Chelsea Grant y Elizabeth Anderson, que vestía de mariposa tuvieron que compartir el baúl de dulces que correspondía al primer premio. El niño disfrazado de oso, terminó llorando, pues el segundo lugar le pareció injusto, para lo acalorado que estaba.

En la tarde se iban a desarrollar las actividades para los mayores. Los

chicos y las muchachas esperaban ansiosos por entrar al salón, en donde se escuchaba ya la música. Los esperaba un atardecer con un concurso de baile y un banquete de salchichas, pescado y papas fritas, que eran la delicia de los adolescentes y también de algunos adultos, que deseaban su ración. Los niños ya se habían ido a casa.

Jessica y Hillary se habían ido a mudar de ropa a la casa de ésta última. Cambiaron sus atuendos de trabajo, por unos trajes más elegantes. Jessica se puso un vestido estampado de flores azules y celestes. Hillary eligió una falda amplia de color verde y una blusa del mismo color, decorada con encaje. La tarde estaba templada.

En cuanto entraron al salón, sus compañeros las invitaron a bailar. Hillary se escabulló a un rincón, en donde Jerry la esperaba, con un refresco. Jessica aceptó bailar con el hermano menor de su amiga, Edmund, que era muy apetecido por las chicas del pueblo, pues estudiaba para ser abogado y era muy guapo. Habían sido amigos desde pequeños y Jessica lo veía como a un hermano.

Termino de bailar esa pieza y Williams se acercó para pedirle la siguiente. Era un baile lento, la chiquilla se puso incómoda, pues estaban delante de todo el pueblo. Aceptó de todas formas, pues no quería desairarlo.

—Está muy bella, señorita Montgomery— dijo el muchacho halagándola, como siempre hacía.
—Gracias, Ralph. ¿Cómo estuvo el día?
—No he podido comer siquiera. Ha sido de arduo trabajo. La señora Murphy me ha usado de secretario— dijo bromeando.
—Entonces, ¿Por qué no comemos algo? Me encantaría comer un trozo de pescado frito.
—Encantado, voy a ir a buscarlo. Espéreme aquí— señaló caminando hacía el mesón en que la señora Reeves y la señora Brown preparaban los pocillos con comida.

Regresó en seguida con un vaso, en el que se veía unos trozos de pescado rebosado y unas papas fritas crujientes.

—Tome— dijo entregándole el envase y una servilleta— Para que no se manche su vestido. El estaba degustando una salchicha con mostaza.
—Muchas gracias, Ralph. Que amable.
—Es un placer— dijo el joven rubio, que no llevaba el pelo tan ordenado como siempre y se veía atractivo sin el elegante traje que

usaba en el trabajo.

Cuando conversaba con el secretario de su padre, notó que al salón había ingresado un grupo de personas. Entre ellos venía Milton Rice, su padre y el párroco.

—Querida, voy a regresar a casa en cuanto hagan la ceremonia de cierre, si quieres quédate hasta más tarde— dijo Elliot Montgomery acercándose a su hija— Le diré a Jackson que venga por ti.
—No te preocupes, Elliot. Yo me quedaré en la fiesta, puedo llevar a la señorita a casa— dijo causando el malestar de su acompañante que no tenía posibilidades de llevarla.
—Hija, si te parece bien…
—Está bien, papá. El señor Rice es muy amable, él me puede acompañar.
—Descuida Elliot, llegará sana y salva.
—Williams, creo que es mejor que vaya a casa con Jackson que va a dejar algunas cosas. Podría terminar de responder esas cartas que dejamos pendientes ayer— propuso, aunque más bien ordenó el señor — Puede ser que llame el abogado, por favor, esté atento.
—Sí, señor. Es mejor que me vaya, tiene razón— dijo el joven, dando por terminado su día de asueto— voy a buscar a Jackson.

El señor Montgomery, se ubicó cerca de la tarima en la que se habían colocado algunas mesas. Stella estaba instalada ya entre otros invitados especiales. Iba a procederse con la premiación de las reinas y luego el párroco iba a decir unas palabras. El señor Montgomery también daría un pequeño discurso, pues sus antepasados habían sido por generaciones habitantes del pueblo y correspondía que él hiciera los honores.

Luego del último desfile de las candidatas que lucían sus bellos trajes de fiesta, el jurado dio el veredicto final. Coronaron como reina del pueblo a Kimberly Benson, que era amiga de las muchachas. El gentío estalló en aplausos, pues era la favorita y finalmente la chica bailó un vals con su acompañante, le entregaron un gran ramo de flores, su banda y corona. Ella lucía orgullosa y feliz; sus amigas la celebraban desde las mesas.

—Hillary, por favor, compórtate como señorita— dijo la señora Finch a su hija que aplaudía y chiflaba a su amiga.
—Sí, amiga. No es muy decoroso comportarse así— la regañó Jessica, que era más recatada y que tenía al señor Rice sentado a su lado.
—Su amiga es muy espontánea— dijo el hombre, hablando cerca del

oído de la chica.
—Sí, demasiado, siempre me hace pasar vergüenzas, pero la quiero mucho.

Luego se pronunciaron los discursos de rigor. El párroco había preparado algo parecido a un sermón y los muchachos esperaban impacientes que terminara su alocución para seguir bailando, pero el clérigo tenía muchas cosas que decir. Luego el señor Montgomery, que era un gran orador y muy divertido contó algunas historias de su familia, que había vivido en el pueblo a lo largo de generaciones.

Por fin, a las nueve de la noche siguió el baile. Los muchachos eran quienes más se divertían. Los mayores comenzaron a retirarse a sus casas. Todo debía volver a la normalidad. Jessica Montgomery y Milton Rice, bailaron varias piezas de baile. Ya no les importaba que las cotorras hablaran.

CAPITULO XIX

Ya muy tarde, en el automóvil de regreso a casa, Montogomery comentaba con su esposa los pormenores del día.

—Creo que fue una fiesta bien lograda. No pude felicitar a la señora Murphy, pues estuvo siempre perdida entre la gente, pero en cuanto la vea, lo haré.
—Yo hablé con ella, antes de venirnos y le dije lo perfecto que salió todo— dijo Stella, que siempre se preocupaba de esos detalles— El niño de los Hodges estuvo perdido unos minutos, pero apareció en seguida. Estaba debajo de uno de los mesones. Se quemaron algunas salchichas, porque el chico encargado las descuidó, pero sólo eso. Lo demás fue un éxito.
—Afortunadamente. No hay nada peor que perder a los niños de vista y las salchichas no se perdieron realmente, los perros del carnicero las hicieron desaparecer— dijo el señor, que le gustaban los chicos y los perros— Me divertí con los disfraces. La hija de Grant es muy graciosa.
—Tiene mucha personalidad. Creo que quedó contenta con su premio al primer lugar, de lo contrario habríamos tenido un escándalo. No le gusta perder— —Si, lo pasamos bien— celebró ella, tomando el brazo de su esposo— Spencer estuvo un rato en la tarde, no pensé que asistiera. Lo vi conversando con los jubilados que se sientan en la plaza.
—Le pedí que fuera un momento. Hoy es un día de celebración, pero

se vino temprano, pues el doctor Grant venía por estos rumbos y lo trajo.
—La señora Page debió regresar con ellos, pero no me avisó. En la tarde la perdí de vista.
—Encuentro muy rara a esa mujer— dijo Elliot, pensativo— Está muy nerviosa.
—Yo siempre la he encontrado rara— dijo Stella, que no tenía gran cercanía con la mujer— Nunca me ha aceptado totalmente como la señora de la casa.
—Es gente antigua, querida, acostumbrada a otro trato. Tú eres muy cercana y tratas a la servidumbre con delicadeza. La madre de Jessica era una mujer difícil, realmente tiranizaba a los criados, pero parece que a ella le gustaban esas condiciones.
—Puede ser. Sin embargo, Spencer es tan amable y preocupado por la familia.
—Es un hombre leal. Yo le he dicho que debe retirarse, podría ir a vivir con una hija que vive en Escocia, pero a él le hace falta la actividad. No ha aceptado jamás mi consejo.
—Es casi parte de la familia. Yo creo que él lo siente así.

Llegaron al castillo, cerca de las nueve y media de la noche. Habían comido algo en el salón, mientras se desarrollaba la ceremonia, por lo que no iban a cenar. Se dirigieron inmediatamente a su cuarto. La propiedad estaba a oscuras, sólo estaban encendidos los plafones de la escalera. Al parecer todos se habían retirado ya hacia sus cuartos.

En el salón, luego de bailar con Rice y un par de compañeros, Jessica se despedía de sus amigas.

—Querida, eres la reina más bella. Obvio que tenías que ganar— dijo Jessica, alabando a su amiga que lucía su corona y su banda, sobre el vestido rojo que había escogido para su presentación.
—Gracias, creo que mi baile fue el que me hizo ganar.
—Definitivamente, nadie tiene el ritmo que tú tienes— dijo Hillary que bebía un vaso de licor de guinda— y se reía sola.
—Hillary, no bebas más. Mañana no vas a poder levantarte. Yo diría que ya no te tienes en pie.
—Me estoy divirtiendo mucho— declaró la chica, abrazando a su acompañante. Jessica divisó a Edmund que bailaba con una muchacha y lo llamó a un lado.
—Cuida a tu hermana que ya está al borde del precipicio— pidió la muchacha.
—No te preocupes, Jess— dijo el chico asumiendo su responsabilidad — de mi hermana me preocupo yo. Además, mamá está pendiente de

ella. No va a terminar arriba de las mesas.
—O debajo, que sería peor— bromeo Jessica— Yo me voy, te la encargo.
—Confía en mí— dijo el chico, poniendo la mano en su pecho de forma solemne— Llámala mañana, pero no muy temprano, no creo que pueda afirmar esa cabeza antes del mediodía.
—Lo haré. Adiós, Edmund.

Jessica caminó hacia la salida del salón, en donde la esperaba el señor Rice, para conducirla a casa. Ella estaba nerviosa. La última vez que estuvieron solos él la besó. Quería que lo volviera a hacer, pero no estaba acostumbrada a estar a solas con un hombre y él era demasiado provocador.
Milton Rice era un hombre indómito, que había viajado por el mundo, que debía haber tenido aventuras con muchas mujeres; experimentado. Ella era una chiquilla de pueblo, que aunque era hija de un hombre adinerado y que se había criado entre Londres y Paris, se sentía una niña inocente. No sabía cómo jugar al amor.

Subieron al Bentley que él conducía. Le levantó la capota, pues la noche se había puesto fría. Ella se cubrió los hombros con una manta de cachemira de color blanco, que Hillary le había prestado. Se acomodó a su lado y trató de concentrarse en el camino.

—¿Tiene frío? — preguntó Rice, tomando su mano— Tiene las manos heladas.
—Es que en el salón hay muchas filtraciones, a pesar de las estufas que instalaron— respondió ella, sin retirar su mano.
—Se veía muy hermosa hoy. Lamentablemente no pude llegar más temprano. Me dijeron que estuvo entretenida la tarde infantil.
—Sí, fue muy divertido el concurso de disfraces. Mi padre fue jurado e hizo trampa, pues hizo ganar a la hija del doctor, aunque el mejor disfraz era el de oso y el niño que perdió hizo un berrinche.
—¿Le gustan los niños?
—Sí, me gustan mucho— contestó y se atrevió a hacer la pregunta que hacía tiempo martillaba en su cabeza— ¿Usted no tiene hijos, Milton? ¿No se ha casado? — luego se sintió entrometida— Lo siento, no debí…
—No… está bien. Entiendo su curiosidad. A mi edad debería tener familia— dijo pendiente del camino, sin mirarla.
—Pero no tiene que responderme, si no lo desea.
—Estuve casado algunos años y no tuvimos hijos. Ella me dejó por un amigo, que tenía más tiempo que yo para atenderla— dijo sonriendo, como si no le importara. Pero debió importarle.

—Lo siento. Disculpe por hacerlo recordar malos momentos— señaló ella, calmando su curiosidad. Ahora ya sabía la respuesta a la pregunta que la atormentaba.
—Fueron malos momentos, pero creo que fue lo mejor— manifestó volteando a mirarla— Ella no me amaba como yo la amaba a ella. Es bueno darse cuenta cuando uno está engañado.
—¿Ya lo superó?
—El tiempo cura todas las heridas. Además, fue hace muchos años— reflexionó como hablando consigo mismo— Y usted ¿No tiene pretendientes? Es una mujer muy bella.
—No. En Paris hubo alguien que se interesó por mí, pero yo no sentí el mismo interés.
—¿Y Williams, no la pretende? — preguntó el hombre, que había notado que el secretario de Montgomery siempre estaba acercándose a ella.
—Un poco— reconoció la muchacha.
—¿Y a usted le interesa? — preguntó guardando silencio, a la espera de su respuesta.
—Pensaba que sí— declaró siendo sincera— pero ahora no lo sé.
—¿Tengo alguna esperanza de que acepte mis atenciones? — preguntó Rice, volteando a mirarla otra vez.
—Si son sinceras…
—Completamente— dijo deteniendo el vehículo a un lado del camino — Ayer no me atreví a decirle…que me parece encantadora y que me hace muy feliz su compañía— dijo acercándose mucho a su rostro, haciendo que Jessica sintiera el aroma de su loción.
—¿Por qué no se atrevió? — preguntó la chica.
—Soy mucho mayor que usted, Jessica. Y Elliot es mi amigo…
—A mí eso no me importa— aseguró la muchacha, dejando que él se acercara aún más, hasta casi rozar sus labios.
—¿Lo dice en serio?
—Sí, ya no soy una niña, aunque usted lo crea así— respondió, siendo esta vez ella la que besó sus labios.

La pareja se quedó en el automóvil un momento más y luego, Rice fue a dejar a la muchacha al castillo. Ya eran cerca de las diez y media de la noche, cuando llegaban a la propiedad de los Montgomery. Milton detuvo el coche y se bajó para ayudar a descender del vehículo a su compañera. La chica se sentía radiante. Si bien no había habido una declaración de amor, se habían dicho cosas importantes el uno al otro y ella se estaba permitiendo tener una ilusión. Milton Rice era todo un hombre y aunque bastante mayor que ella, era atractivo y su apariencia era bastante juvenil, pues era del tipo atlético. Su padre no podía poner reparos, pues tal como le dijo Stella, la diferencia de edad

estaba presente entre ambos y su matrimonio funcionaba perfecto. El señor Rice la acompañó hasta la entrada del castillo, pero Jessica no lo dejó partir.

—¿Me acepta que le invite un trago?
—Es tarde, no quiero incomodar.
—No se preocupe. Seguramente todo el mundo está durmiendo ya. Acompáñeme adentro— pidió tomando su mano y llevándolo hacia el interior del castillo.

Al abrir con su llave la pesada puerta de madera con adornos de hierro, ésta crujió un poco y la muchacha trató de empujarla despacio para que el sonido no despertara a los habitantes de la casa. Al ingresar se encontraron con la casa a oscuras. Sólo alumbraba la estancia una lámpara de sobremesa, que estaba a un costado de la escalera, junto al jarrón que Stella siempre mantenía con azucenas o camelias frescas. A un costado, el salón estaba con la puerta entornada, ya que en las noches se dejaba la casa cerrada y al día siguiente Spencer abría todas las dependencias para ventilar y dejar entrar la luz.

Jessica aún de la mano de Rice, abrió la puerta del salón y extendió la mano hacia su izquierda para encontrar el interruptor. Cuando dio la luz, quedó unos segundos congelada, al ver lo que tenían frente a sus ojos. Luego lanzó un grito que no pudo reprimir, pues la impresión y el terror que la invadieron no le permitieron controlarse. Milton la tomó entre sus brazos para contenerla, pero seguramente el grito de la chica despertó a todos en la casa.

Frente a ellos, tendida en el suelo del salón, boca abajo y con la cabeza destrozada, yacía la señora Page. Indudablemente la habían atacado y estaba muerta. La muchacha comenzó a sollozar, mientras Rice la mantenía abrazada. Unos segundos después apareció Spencer, a medio vestir, cubriendo su pijama con una bata verde de franela escocesa. Tras él venía el secretario del señor, que aún no se había acostado, pues mantenía la misma ropa que vestía en la fiesta del pueblo.

La señora estaba vestida con su uniforme de ama de llaves y a un costado del cuerpo, había una figura de un elefante de onix que era parte de un juego que decoraba la chimenea. Spencer al verla, no se pudo mantener en pie, tuvo que ser cogido de un brazo por Williams, que lo ayudó a sentarse en un sillón.

El espectáculo era impresionante, había bastante sangre sobre una alfombra persa que estaba ubicada bajo la mesa de arrimo, a un costado del sillón principal del cuarto. El cadáver se encontraba entre el sofá y una mesa de centro con cubierta de vidrio. El resto de la habitación estaba intacto, por lo que se podía suponer que la señora no había tenido ocasión de defenderse; la atacaron por sorpresa desde atrás.

En seguida llegó el resto de los habitantes de la casa. El señor Montgomery bajaba las escaleras, vestido con una bata de seda de color azul, Stella lo seguía envuelta en un kimono rosado con estampado de pájaros, con el que cubría su camisón. Ambos quedaron estupefactos al ver el espectáculo frente a sus ojos. Spencer estaba como en trance, Daisy, una de las criadas lloraba a mares. Jessica se encontraba abrazada con el señor Rice y la señora Rogers que estaba envuelta en una manta de lana, se persignaba.

—¿Qué ha pasado? — preguntó el señor Montgomery, entrando en la habitación y percatándose por sí mismo de lo sucedido.
—¿Qué pasa, Elliot? — exclamó Stella, quedándose en el primer peldaño de la escalera.
—Querida, no vengas. Quédate ahí. Por favor, que todos vuelvan a sus cuartos— Milton, ¿qué haces aquí?
—Venía llegando con la señorita Montgomery, cuando nos encontramos con esta fatalidad.
—¡Papá! — exclamó la muchacha, separándose de Rice y abrazando a su padre— Es la señora Page, ¡está muerta!
—Sí, querida. Cálmate. Esto es terrible, por favor Spencer, hay que llamar al comisario, en seguida— Spencer intentó ponerse de pie.
—Yo lo haré, señor— se apresuró a decir Williams, viendo que el anciano estaba muy afectado— Spencer, quédese sentado, no se esfuerce.
—Señora Rogers, por favor, puede traer algo para darle a Spencer, está muy nervioso— dijo Stella preocupada por el hombre.
—Señora, no se preocupe— dijo el mayordomo— estoy bien— volviendo a intentar ponerse de pie.
—No, no está bien. Nadie está bien, por favor, señor Rice puede preparar unos tragos.
—En seguida, Stella. Creo que es mejor, que salgamos de aquí. Jessica está muy afectada.
—Sí, cariño. Salgamos de esta habitación. Dejemos todo cerrado, hasta que venga el comisario— dijo Elliot llevando a su hija abrazada fuera del cuarto.

Desde el segundo piso, la enfermera Wilson bajaba a enterarse de lo que había sucedido, pues el grito de la muchacha realmente despertó a toda la casa. La señora Kay estaba preocupada sin tener noticias y ella vino a averiguar qué pasaba para tranquilizar a la señora. Su primera impresión fue un grito ahogado.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó la señorita Wilson, al ver una persona tirada en el suelo del salón.
—Atacaron a la señora Page— dijo Daisy, que continuaba sollozando.
—Quiere que la atienda, ¿puedo hacer algo?
—Está muerta, señorita Wilson— aclaró Stella, provocando que la mujer se horrorizara.
—¿Muerta?
—Sí, la golpearon en la cabeza— dijo Daisy, ya dejando de sollozar y secándose las lágrimas con un pañuelo.
—Pero ¿cómo fue que pasó eso? ¿Cuándo? — preguntó queriendo saber más— yo bajé hace un rato y el salón estaba cerrado. Tal vez ya estaba muerta, cuando….

Stella que no quería hondar en el tema, cambió la conversación y le pidió que atendiera a Spencer que estaba muy afectado.

—Claro, señora Stella. Voy a buscar algún calmante a mi cuarto. Y voy a medirle la tensión arterial— sugirió la enfermera.
—Le agradezco que lo pueda atender. A sus años estas impresiones son más delicadas.
—Por favor, que no se ponga de pie— pidió la mujer, que lucía envuelta en su bata color marrón muy gruesa.

Al subir, pasó un momento al cuarto de su paciente para tranquilizarla y le fue a buscar un calmante, pues la impresión también le causó alteraciones de sus nervios. Fue a su cuarto y bajó nuevamente, trayendo su maletín, en el que portaba algunas medicinas. Al mayordomo lo habían llevado a su cuarto y ahí lo atendió. Le dio unas gotas para que se relajara y pudiera dormir. El caballero prefirió no tomarlas, no estaba acostumbrado a tomar brebajes extraños.

El comisario tardó en llegar lo que demoró en subir a su coche y conducir hasta el castillo. El oficial Roberts venía en otro vehículo, pues seguía aún celebrando en la fiesta del pueblo que estaba en su culminación. Baker pensaba que el crimen de la mujer en el castillo sería lo único que debería investigar, pero después de años sin tener asesinatos en el pueblo, ahora tenía un segundo caso, en menos de un mes.

Cuando bajó de su vehículo, se encontró con Williams que lo esperaba en la puerta. El muchacho se había quedado a cargo de cuidar que nadie entrara en la habitación en que había acaecido el hecho. El resto de la familia fue a cambiarse de ropa, puesto que en el momento en que se descubrió la tragedia estaban en sus lechos descansando. Jessica estaba en la cocina con Lily y Doris. La señora Rogers les preparó un té, para calmar los nervios. Milton Rice se encerró en la biblioteca con Montgomery, luego de que éste se cambiara su bata de seda por una de lana más gruesa, que fue lo primero que encontró para cubrir su pijama.

Stella bajaba en ese momento las escaleras, luego de ir a su cuarto a ponerse un vestido oscuro que le pareció lo más apropiado dadas las circunstancias. Le ofreció al comisario un café, pues pensaba que un trago no era apropiado. El comisario prefirió una ginebra, pues necesitaba algo que lo estimulara, para proceder con el reconocimiento del cadáver. Al sentir que alguien había llegado, Montgomery y su amigo salieron de la biblioteca.

—¿Quién la encontró? — preguntó el comisario, sacando del bolsillo su libro de anotaciones.
—Mi hija Jessica y el señor Rice— dijo señalando a su amigo.
—Me gustaría ver el lugar del crimen y revisar el cuerpo— dijo esperando que lo llevaran al sitio del suceso— Roberts y el doctor vienen en camino.

Alcanzó a decir esa frase, cuando se sintió que otro vehículo entraba al antejardín del castillo. El ayudante del comisario se bajó del auto y con él venía el forense, con su maletín y cubierto con una bufanda gruesa.

—Vamos a trabajar un momento con el cuerpo— declaró Baker— luego voy a necesitar que me relaten los hechos.
—Entendido, comisario. Sígame, por aquí— señaló Montgomery abriendo la puerta del salón e invitando al comisario y su gente a ingresar.

Se encontraron con la señora Page tendida inerte en el suelo del cuarto. Era una mujer de entre cincuenta y sesenta años. Vestía su uniforme habitual, yacía boca abajo y se notaba que un golpe le había roto la cabeza en la zona parietal. Había bastante sangre en la alfombra, por lo que se presumía que el ataque había sido algunas horas antes. No se notaban rastros de defensa en la víctima. Parecía

que estaba de espaldas a la puerta, cuando la golpearon. Pudo ser que estuviera hablando por teléfono, aunque el aparato estaba en su sitio.

El médico terminó su labor y se despidió de la casa. Roberts lo acompañó, pues andaban en su auto. El comisario se quedó para recabar la información crítica que necesitaba para el reporte. Al día siguiente haría los interrogatorios respectivos a la gente de la casa. El señor Montgomery salió de la biblioteca para ponerse a disposición del comisario.

—¿Puedo hablar con la señorita Montgomery? — preguntó el comisario que necesitaba el testimonio de la muchacha, pues ella había encontrado el cuerpo.
—Claro, comisario— respondió el dueño de casa— fue una impresión enorme para mi hija.
—Voy a buscarla— ofreció Williams yendo hacia la cocina en donde la chica aún estaba con los criados. Regresó con ella en un par de minutos.
—Señorita, lamento tener que molestarla, pero necesito que me entregue detalles de lo que tuvo que pasar.
—Lo entiendo, señor Baker— dijo aún acongojada— Yo venía llegando del pueblo. Papá se vino antes y yo me quedé con mis amigos hasta un poco más tarde. El señor Rice se ofreció a traerme y yo lo invité a pasar, para beber un café o un trago. La casa estaba a oscuras, salvo esa lámpara que está en esa mesa— dijo señalando hacia la escalera.
—¿Eso es habitual?
—Sí, se deja encendida una luz en la noche, por si alguien tiene que bajar la escalera, para no tener un accidente. Aunque a veces dejamos encendidas las de la escalera, pero dan mucha luz.
—¿Qué pasó luego?
—Le dije al señor Rice que me siguiera hasta el salón. La puerta no estaba cerrada completamente, estaba entornada. Yo la empujé, el salón también estaba a oscuras, pues las cortinas se mantienen cerradas y no entra luz desde fuera. Cuando apreté el interruptor iluminé el cuarto y nos encontramos con la señora Page tendida allí— declaró la chica y comenzó a sollozar— Ella llevaba en esta casa toda mi vida, me conocía desde pequeña. ¿Quién pudo hacer algo así?
—Lo vamos a averiguar— aseguró el policía— ¿Qué sucedió después?
—Creo que di un grito, me imagino que por eso llegó todo el mundo. No recuerdo bien todo lo que pasó. Luego llegó papá y nos pidió salir del salón.
—Gracias, señorita Montgomery. Mañana continuaremos con todo esto. Por favor, vaya a descansar— luego se dirigió a su padre—

Necesito conversar con el señor Rice si es posible.
—Hija, dile a Milton que el comisario lo necesita, está llamando por teléfono en la biblioteca, tratando de comunicarse con un socio en América.

El comisario aprovechó de preguntar al dueño de casa, sus impresiones.

—¿Qué cree? ¿Tendrá este hecho algo que ver con el crimen de esa mujer?
—No lo sé. Yo notaba que esta mujer estaba muy nerviosa, pero no lo ligué al otro crimen. ¿Usted cree que ella sabía algo?
—Cuando la interrogué me pareció que se contradecía en muchas cosas, pero lo asocié a su nerviosismo por el hecho mismo. Ella estaba fuera de la casa esa noche, recuerde que salió junto a su esposa a buscar a los perros.
—¿Cree que haya visto algo? ¿Que viera al asesino?
—No lo sé. Vamos a interrogar mañana a los criados y veremos si alguien la escuchó hablar algo respecto de eso.

En ese momento Rice salía de la biblioteca.

—Señor comisario, estoy a su disposición.
—La señorita Jessica ya me contó lo que recuerda, pero ella está impactada por lo sucedido, quizás usted me pueda dar más detalles.
—Llegamos cerca de las diez y media— dijo Rice— Yo acompañé a la señorita a la puerta, pues no se veía nadie en los alrededores, quise asegurarme de que no le pasara nada. Ella me invitó a tomar un trago y yo acepté. Tuvo que abrir con su llave, pues la puerta estaba cerrada. La casa estaba a oscuras, salvo una lámpara ahí en la entrada. No me imaginé que la gente de la casa estuviera durmiendo. Era temprano, pero como fue un día de celebración, al parecer todos estaban cansados.
—¿No sintió ruidos? Alguien que estuviera en pie todavía…
—No, estaba todo en silencio. La señorita Montgomery entonces me pidió que entráramos al salón y empujó la puerta que estaba cerrada a medias. Cuando dio la luz, vimos en seguida a la mujer tendida en el suelo y la sangre que salía desde su cabeza. Jessica quedó aturdida unos segundos y luego dio un grito de horror. Yo la contuve y se puso a sollozar en mis brazos. Entonces apareció el mayordomo. ¡Pobre hombre! Se descompensó por la impresión, es un anciano y es débil. Se sentó entonces, pues estuvo a punto de caer.
—¿Quién más llegó?
—Luego vino Williams, que estaba aún en pie, pues no llevaba ropa de

dormir. Después algunas criadas, no sé sus nombres. Finalmente, Elliot y su esposa bajaron desde el segundo piso y ahí salimos de la habitación y la cerró para que nadie más entrara.
—¿La figura con que la golpearon, estaba en ese cuarto? —preguntó el comisario a Montgomery que permanecía con ellos, mientras interrogaba a su amigo.
—Sí, es un elefante que forma parte de un grupo que tenemos adornando la chimenea. Las figuras las traje de un viaje que hice a la India hace unos años. Es de Onix, bastante duro— señaló el dueño de casa.
—Voy a necesitar llevármelo como evidencia, se lo devolveremos cuando el laboratorio lo haya revisado.
—¿Cree que pueda tener huellas? — preguntó Rice, incrédulo.
—Nunca está de más revisarlo, no creo que tenga huellas, pero no desechamos ninguna pista— luego se dirigió a Montgomery— Necesito llevarme también el teléfono de ese cuarto. Tal vez la mujer estaba usando el aparato y el asesino lo haya manipulado.

El comisario dejó los interrogatorios hasta ahí. Al día siguiente continuarían las diligencias. El salón quedó clausurado para que todo estuviera intacto, hasta que viniera el equipo correspondiente a revisar la escena del crimen.

Todos volvieron a sus cuartos. Ya era más de medianoche, cuando Rice se retiraba de la casa. Salía de la biblioteca acompañando a Montgomery que se preocupó de cerrar la puerta principal. El anciano mayordomo se había ido a su cuarto, pues no lograba reponerse de la impresión que sufrió esa noche. Se convino con el comisario que al día siguiente haría las entrevistas con la gente de la casa, para determinar cómo sucedieron los hechos.

Elliot y su esposa comentaban lo sucedido, mientras procedían a volver a la cama. Había echado el cerrojo de su puerta, como precaución.

—No puedo creer que hayamos tenido otro crimen en casa— se lamentó Stella, con pesar— Y que la víctima sea la señora Page. ¿Quién pudo hacer algo así?
—Estoy preocupado, querida. Debió ser alguien que está con nosotros en esta casa. No puedo creer, que nuevamente haya entrado alguien desde fuera y nadie haya visto nada— señaló Montgomery apagando la luz de su mesa de noche.
—Esperemos a conocer los hechos. Tal vez alguien de la casa, pueda tener alguna idea de cómo sucedió todo— manifestó Stella, que no

podía negar que estaba asustada.
—¿Tú crees que supiera algo?
—¿Qué la señora Page supiera algo? ¿De qué?
—Del crimen de la otra mujer— declaró Elliot— Esa noche estuvo en el jardín, cuando todo pasó. Recuerda que ustedes fueron a entrar a los perros. ¿No notaste algo raro en su comportamiento?
—No podría decirlo. Yo encontré a Ginger y la traje adentro, no vi dónde estaba la señora Page. Luego todo se volvió confusión y cuando regresé al salón, desde el parque, ya estaban todos alborotados. Creo que ella estaba dentro de la casa, en ese momento.
—No lo sé. No recuerdo bien todo lo que pasó, fue una noche muy difícil— dijo recordando sus impresiones de aquel momento— ¿Por qué volviste a salir al parque? Pudiste entrar a la casa, cuando trajiste a Ginger.
—Pasé a buscar una rama de romero, para hacerme un té. La comida me había caído pesada— dijo, explicando su proceder— Querido, es mejor que durmamos. Buenas noches.
—Buenas noches, cariño.

CAPITULO XX

A la mañana siguiente, muy temprano, ya tenían a los oficiales por toda la casa.

El salón se había clausurado para que no pudiera usarlo la familia hasta que la policía terminara su trabajo. Se estaba revisando las pertenencias del ama de llaves, así como su cuarto. Se había encontrado una ventana forzada, que tenía roto el pestillo, que pertenecía a un pasillo exterior de la casa, que daba hacia la cocina. Pudo haber entrado alguien por ahí, aunque era un poco estrecha.

Se sirvió el desayuno en el comedor. Spencer había recobrado su habitual ánimo. Stella y Jessica tomaban un café con crema, acompañado de un bizcocho de chocolate, el dueño de casa comía sus huevos con tocino y arenques.
—Spencer, no debió levantarse temprano— dijo Stella comprensiva, pues recordaba que el anciano quedó muy afectado por los sucesos de la noche anterior.
—Claro que no señora. Mi deber es hacer mi trabajo. Estoy bien, ya he pasado de la impresión.
—¡Fue algo terrible! — dijo Jessica lamentando lo sucedido— Aún me siento descompuesta.
—No es para menos, hija. Fue una fuerte imagen la que tuviste que

ver.
—¿La policía investiga si fue un robo?
—Tenemos que revisar que no nos falte nada en casa, eso me pidieron — recordó Montgomery, dejando el periódico a un lado— Por favor, Spencer, compruebe que no falte cubiertos de plata o algún candelabro de gran valor.
—En seguida, señor. Voy a pedir a la señora Rogers que revisemos toda la vajilla y los cubiertos— dijo, saliendo del cuarto.
—Eso lo mantendrá ocupado— manifestó el señor Montgomery pensando en revisar sus pertenencias— Cariño, ¿viste si falta alguna de tus joyas? — agregó dirigiéndose a su mujer— Jessica, por favor, comprueba que no te falte nada. yo voy a pedir a Williams que revise la caja de seguridad de la biblioteca.
—¿Tienes algo valioso guardado ahí, acaso?
—Documentos. Nada importante— aseguró haciendo una revisión mental del contenido de la caja fuerte de su despacho— algunas libras que siempre mantengo. Las joyas están en la caja que está en nuestro cuarto.
—La voy a revisar, pero no recuerdo la clave. ¿La tienes por ahí anotada?
—Creo que está en mi escritorio, en alguna de mis agendas antiguas. No la he abierto hace tiempo.
—Búscala y me la das para revisar qué tiene. No recuerdo que mantenemos guardado en ella. Creo que están los aretes que eran de tu madre, los zafiros.
—No, esos están en el banco. En esa caja sólo tengo el reloj Longines que me regalaron en el Ministerio cuando me retiré y el reloj de bolsillo de oro de mi padre, debe haber también algunas perlas. De todas formas, el inventario está en mi agenda también. Luego lo revisaremos.

Spencer se asomó en ese momento, junto con un oficial de la policía que vestía de gris, con un largo abrigo.

—El oficial Monroe, necesita interrogar a los criados, señor.
—Adelante, señor Monroe.
—No quiero interrumpir su desayuno, señor— se disculpó el joven— sólo necesito que me permitan ocupar algún sitio para comenzar con las entrevistas.
—Pueden ocupar la sala de música— ofreció el señor— Si le parece.
—Excelente, señor. Trataremos de no interferir en las actividades de la casa.
—Spencer, por favor. Pida a los criados que se hagan el tiempo de atender al oficial.

—Como no, señor— dijo el mayordomo, acatando las ordenes de su amo—Oficial, sígame por aquí— pidió el anciano llevando al policía hasta el salón pequeño que estaba a un costado de la biblioteca.

Los tres se levantaron de la mesa. Jessica fue a su cuarto a revisar que estuviera todo en orden, pero sólo tenía un par de prendedores y algunas finas cadenas de oro. Montgomery y su esposa, fueron a la biblioteca a buscar la información que requerían, para comprobar que en su caja de seguridad no faltara nada. Se encontraron a Williams que hacía un catastro de lo que se encontraba dentro de la caja fuerte del despacho del señor.

—¿Cómo va la revisión?
—Está todo en orden señor. Los documentos están completos— dijo devolviendo los papeles a su lugar— Quedaban seiscientas libras de las que retiró del banco, la semana pasada. No falta nada— aseguró el secretario, que era un hombre de total confianza.
—Pensé que quedaban menos libras en la caja- dijo Montgomery, haciendo memoria.
—Señor, recuerde que Stevens le rebajó doscientas libras, cuando colocó el cerco.
—Tiene razón, Williams, no lo recordaba.

Montgomery se sentó en su sillón y buscó en los cajones, algunas agendas viajas, que tenía guardadas. Dejó sobre la mesa una con cubierta de cuero negro y otra de color marrón oscuro. Las revisó, pero no encontró lo que buscaba. En otro cajón halló otra aún más antigua, que tenía su cubierta un poco rota y buscando entre sus hojas apareció un papel amarillento.

—Aquí está— dijo guardando las otras libretas en sus cajones respectivos.
—Creo que deberías deshacerte de esa agenda, querido- propuso Stella, viendo el bulto de hojas sueltas, apenas sujetas por un elástico.
—Claro que no. Esta la tengo desde que fui a la India, me la regaló mi colega Rubinstein. Es una reliquia.

Salieron de la biblioteca, dejando a Williams en la labor de ordenar las pertenencias que se guardaban en la caja de seguridad y subieron a su cuarto a revisar que todo estuviera en orden. Al entrar en la habitación, una de las doncellas estaba haciendo la cama.

—Lily, déjanos un momento, después terminas con eso— pidió Stella, abriendo la cortina del cuarto, que aún estaba cubriendo la ventana.

—Entendido señora. ¿Quiere que le traiga algo de beber?
—Me voy a tomar un jugo, pero yo bajaré, no te preocupes.
—Me avisa cuando me necesite— dijo la doncella, saliendo del cuarto y cerrando la puerta tras ella.
—Veamos, si puedo abrir esta cosa. Siempre me cuesta, porque está muy vieja— señaló Montgomery, sacando una pintura con motivos de caza, que cubría la caja.

Al sacar el cuadro, quedó frente a él, la puerta de la pequeña bóveda, que tenía una manilla de hierro y una cerradura que necesitaba una llave para abrirse. Buscó el llavín en el cajón en que guardaba su ropa interior.

—Qué lugar más seguro para mantenerla— bromeó Stella.
—Nadie va a creer que esta llave sirve para abrir una caja fuerte, querida.
—Tienes razón, nadie pensaría que el señor del castillo iba a dejar algo así, entre sus calzoncillos.
—Ha estado aquí por años y años— declaró Elliot, orgulloso de su ingenio.

Se acercó nuevamente a la pared en que estaba el depósito y movió la rueda que aseguraba la puerta hacia la izquierda y hacia la derecha, según los números que detallaba la clave. De pronto se oyó un clic y colocando la llave en su sitio, hizo un poco de fuerza hasta que logró abrirla. En seguida notó que algo no estaba bien.

Dentro de la caja, había unos compartimientos como pequeños cajones. Uno de ellos no estaba. Abrió el resto de las gavetas y fue inspeccionando cada una.

—¿Qué pasa, cariño? — preguntó su esposa, al ver que su rostro denotaba preocupación.
—Faltan algunas cosas, querida.
—¿Estás seguro?
—No he revisado el inventario que trajimos, pero noté de inmediato que el reloj de oro de mi padre no está.
—Tal vez lo dejaste en otra parte. ¿Estás seguro que ese inventario es reciente?
—Ayúdame a revisar si falta algo más.

Dejaron cada uno de los cajoncitos sobre la cama y fueron revisando el detalle de objetos que, según el listado, debía estar allí. Luego de verificarlo, encontraron algunos faltantes.

—Voy a llamar al banco, para que me permitan revisar la caja de caudales que tengo allí.
—Esperemos a tener certeza de lo que falta, puede ser que no recuerdes bien dónde mantienes las joyas de la familia, cariño.
—Estoy seguro que el reloj de bolsillo y el collar de perlas siempre han estado en esta caja. El anillo de granate de mi abuela lo guardé aquí hace unos meses, pues pensaba regalárselo a Jessica por su cumpleaños— dijo el hombre con tristeza— Es una joya muy antigua.

Bajaron la escalera y se encontraron con el comisario Baker que salía del salón. Estaba conversando con Jessica, para que le ratificara el testimonio de la noche anterior. La muchacha salió en dirección a la cocina, en búsqueda de Spencer, pues el oficial necesitaba interrogarlo.

El anciano apareció en seguida, caminando lentamente como era habitual. Se puso a disposición del comisario. Entraron en el salón que ya había sido entregado por el grupo que buscaba rastros. Montgomery le mencionó al policía que había indicio de que habían sustraído algunas joyas, pero iba a coordinar con el banco una revisión para estar seguro.

El oficial quedó a la espera de la información y se dispuso a interrogar al anciano mayordomo.

—Señor Spencer, le agradezco que me relate sus movimientos del día de ayer. ¿A qué hora vio por última vez a la víctima? — preguntó esperando que el caballero se sentara cómodamente.
—Ayer fuimos con Daisy y Rose al Festival en el pueblo. El doctor Grant nos trajo de regreso como a las seis. En seguida fuimos a reanudar nuestras labores. La señora Rogers estaba en casa, pues le dolían las rodillas, tiene reuma— aclaró el caballero.
—Cuándo llegaron ¿La señora Page estaba en el castillo?
—Ella no había regresado. Yo la vi en el pueblo, conversando con sus amigas, debió ser cerca de las cinco. Yo estaba tomando el té con unos conocidos. Luego la señorita Jessica nos invitó a las chicas y a mí unos refrescos, pues ella estaba en el kiosko en donde se estaban vendiendo.
—Usted retomó sus labores al llegar…
—Sí, me puse mi uniforme y como el señor avisó que no vendrían a cenar, comimos todos los sirvientes en la cocina, como a las ocho. Luego revisé las puertas que dan al parque trasero y al jardín y estaban cerradas.
—¿La ventana del corredor, estaba cerrada?

—Nunca la reviso, porque no la abrimos. No podría asegurarlo— señaló aclarando después— Es como un adorno de esa pared, no tiene utilidad— luego continuó— Cerré las puertas del salón grande y del pequeño, la del comedor estaba cerrada. A las nueve más o menos me disponía a ir a mi habitación a acostarme, el resto de los criados ya estaban en sus habitaciones. En ese momento la señora Page entró. Venía llegando con Williams.
—Y luego…
—Fue la última vez que la vi. Me fui a acostar, ni siquiera hablamos— se lamentó el hombre, con la voz quebrada— ¡Pobre mujer!
—¿El doctor Grant venía a la casa? — preguntó sacando al anciano de sus pensamientos.
—No, tenía que ir a visitar a una señora que está embarazada, no recuerdo el nombre. Viven en la granja al otro lado del río.
—¿Se fue enseguida?
—No. Cuando llegó, la señora Kay estaba en el antejardín con la enfermera y al verlo, le pidió que la revisara, pues tenía un dolor en la espalda. Subió con ella a su cuarto.
—¿A qué hora se fue?
—No sabría decirle. Cuando revisaba las puertas miré hacia afuera, pero el coche del doctor no estaba. Debió irse antes, no lo sentí.

El anciano era sordo y no veía bien. No era un gran testigo, pero tenía buena memoria.

—Después— continuó— Ya estaba acostado, cuando sentí un auto nuevamente; eran los señores que llegaban. Debió ser como a las diez y media que se sintió el grito de la señorita, cuando encontró el cadáver.

Luego fue el turno del secretario. Williams declaró que había vuelto entre las ocho y las nueve de la noche.

—La señora Page había quedado de acuerdo con Jackson en volver cuando tuviera algún viaje hacia el castillo, entonces el chofer la fue a buscar y se vino con nosotros. Llegamos cerca de la nueve, creo yo. No miré el reloj justo en ese momento. Las puertas estaban cerradas, entré directamente a la biblioteca, pues mi despacho es muy oscuro. El señor me pidió que respondiera una correspondencia que estaba atrasada y quería dejarla lista.
—¿Dónde estaba la señora Page?
—No la vi. Creo que entró a la cocina, los otros criados ya se habrían acostado.
—¿A qué hora se fue a su cuarto?

—Salí de la biblioteca a las diez, me fijé en ese momento en el reloj que está en la pared. Me fui a mi cuarto en seguida, pero no me acosté. Me quedé leyendo un rato; me prestaron el Gran Gatsby y quería terminarlo.
—Buena lectura.
—Apasionante.
—¿Cómo se enteró de lo sucedido?
—Sentí un grito. No identifiqué de quien se trataba. Me imaginé que había entrado un ladrón y que era una de las criadas la que había gritado. Fui a ver qué pasaba y todo el mundo caminaba hacia el salón.
—¿Pensó en seguida en un robo? — preguntó el comisario, que se inclinaba por otra causa.
—Desde que asesinaron a esa mujer en la fiesta, todos estamos preocupados de la seguridad de la casa. Incluso el señor reforzó los cercos de acceso. Las puertas las mantenemos cerradas, salvo la de entrada, pero se cierra a las nueve.
—¿Sintió algún ruido en el exterior? — preguntó el policía, esperando que Williams pensara un momento.
—No estoy seguro. Pudieron ser pasos o pudo ser el viento. No me atrevería a declarar que escuché algo realmente.

CAPITULO XXI

En el pueblo, ya se había corrido la voz de los acontecimientos en el castillo. El lechero había pasado temprano a dejar sus productos y se había encontrado con la casa llena de policías. Estaba saliendo con Rose, una de las criadas de la casa, por lo que lo hicieron entrar en la cocina y le relataron los hechos con lujo de detalles. Al volver al pueblo, regó la noticia, agregándole adjetivos y sucesos que ayudaban a hacer más macabro el hecho y así gran parte de los habitantes de Hudson que compraban leche por las mañanas, estuvieron informados.

—Querido, me dijiste que ayer habías pasado por el castillo— dijo Eleanor a su esposo.
—Efectivamente, cariño. Debió ser como a las siete que estuve por ahí.
—¿Y no notaste nada?
—Ayer fue un día de fiesta. Creo que en la casa había poca gente. Estuve en el salón de Bridget. La enfermera me sirvió un café. Cuando salí no vi a nadie— explicó buscando sus gafas en un bolsillo de la chaqueta.
—Dice Connors que hoy por la mañana la policía estaba registrando todo.

—¿Quién es Connors? — preguntó el doctor que se había perdido de la conversación.
—El chico que trabaja en la lechería. Los criados le contaron lo sucedido— señaló la señora Grant, mientras doblaba alguna ropa blanca que guardaba en los cajones— Al parecer fue un asalto, se robaron joyas de la caja fuerte.
—¿En serio? — dijo dudando de esa versión.
—Como la gente no estaba en casa ayer, la situación era propicia para cometer delitos. Seguramente la señora Page se encontró con el ladrón y éste la atacó, creo que fue con un cuchillo, pues Connors dijo que la criada le contó que había mucha sangre.
—¡Qué horror! Querida. Este pueblo era tan tranquilo y uno pensaba que los vecinos eran gente de confianza. Vamos a tener que poner más seguridad. Creo que voy a reforzar las cerraduras.
—La ventana de nuestro cuarto tiene el cerrojo descompuesto. Voy a llamar al señor Stevens, para que la repare. Pero será mañana, porque hoy es domingo y nadie trabaja— dijo lamentando el hecho— No voy a dormir tranquila, sabiendo que andan ladrones acechando en las casas del pueblo.
—No hay nada de valor en esta casa, Eleanor— aseguró Grant.
—Pero los bandidos no lo saben— señaló ella, que mantenía su intención de reforzar las puertas y las ventanas.

Eleanor se puso de pie y fue a la cocina a buscar un té, que le calmara los nervios.

CAPITULO XXII

El párroco, conversaba con su esposa, acerca del sermón que había dado esa mañana en la misa. Cada domingo, la iglesia se abarrotaba de gente que iba a escuchar sus relatos.

—Hoy el sermón lo preparé desde el Salmo 91. Sabes lo que dice, por supuesto.
—Sin duda querido. Me gusta mucho cuando hablas de ese salmo, a la gente le gusta escucharlo.
—Creo que el próximo domingo, voy a trabajar con otro Salmo.

En ese momento, la sirvienta se asomó por la puerta de la sala, para avisar a la señora que la esposa del doctor la llamaba por teléfono.

—Querida, me imagino que ya te enteraste de la trágica noticia — escuchó la voz de su amiga, nada más tomar el auricular.

—¿A qué te refieres?
—Olive, no me digas que aún no te enteras.
—Si no me cuentas, no me voy a enterar, Eleanor— dijo la mujer, impaciente por saber lo que su amiga le iba a contar.
—Lo siento, pensé que sabías— dijo quedándose en silencio para provocar más curiosidad— El ama de llaves de los Montgomery…fue asesinada.
—¿Asesinada? — exclamó la señora Murphy, sin poder creerlo— ¿Cómo fue?
—Entraron a robar al castillo y la mataron. Parece que fue acuchillada.
—¡Qué horror!, Dios la tenga en su santo reino— declamó la esposa del párroco con afectación— ¿Dices que fue un robo?
—Efectivamente. Al parecer robaron joyas y dinero. No he hablado con Stella aún, no la quise molestar, pero Helen me comentó lo que le dijo el lechero.
—Gracias por avisar, querida. Le diré a Jacob, creo que va a querer ir a consolar a la familia.
—En efecto. Creo que esa familia ya ha tenido muchos acontecimientos trágicos.

Olive regresó a la sala, en donde su esposo leía un libro de Salmos, pues se había entusiasmado con su idea de hacer el sermón de cada domingo sobre uno de aquellos textos.

—Escucha querida, este es el Salmo 31, creo que es el que voy a utilizar la próxima semana— Iba a comenzar a recitarlo, cuando su esposa lo interrumpió.
—Creo que lo vas a tener que utilizar ahora, Jacob. Sería bueno que fueras al castillo.
—¿Pasó algo?
—Han asesinado al ama de llaves. Ayer en la noche. Aprovechando que la gente andaba en la fiesta, entraron a robar al castillo.
—Santo Dios. ¿Qué pasa en este pueblo? — dijo cerrando su libro de Salmos y dejándolo en el librero— Voy a allegarme por Willow Manor, nunca está de más una palabra de consuelo.
—Si te invitan a almorzar, me avisas, para no esperarte, querido.
—¿Qué ya es hora de almorzar? — preguntó el párroco que nunca sabía en qué hora vivía.
—No, querido. Pero si te vas ahora, lo será.
—Entonces mejor voy a ir luego de almorzar. No quiero provocar molestias, menos en este momento en que Stella debe estar complicada, con la policía en casa.

A la salida de misa, Harriet Scott, se enteró por una de sus conocidas, que Elvira Page, había sido asesinada por un ladrón, en el castillo. Quedó impresionada y se encaminó a casa de los Grant, para comentar con Helen lo sucedido.

—Querida, me enteré de lo que le sucedió a Elvira— dijo parada en la puerta trasera de la casa del doctor— Si ayer nada más estuvimos compartiendo en la fiesta y estaba tan contenta— agregó sollozando.
—Ven, Harriet. Te voy a dar un agua con azúcar— ofreció Helen, abriendo la puerta y ayudándola a sentarse en un taburete de la cocina.
—No puedo creerlo. ¿Qué fue lo que pasó?
—Cuando vino Connors en la mañana a dejar la leche, me contó que en Willow Manor estaba la policía. Así que fue a averiguar con la criada de los Montgomery, pues la conoce y la chica le contó que entraron a robar al castillo y que la señora Page opuso resistencia. Debió ser más de un asaltante.
—Pero eso nunca sucedió en este pueblo— señaló la señora Scott aún sin calmarse.
—¿Tú crees que haya sido otro el motivo, entonces? — preguntó Helen.
—¿Qué quieres decir? — manifestó Harriet, dejando el vaso de agua sobre el mesón de la cocina.
—Elvira era tan testaruda. Tal vez alguien se enteró de que la noche del crimen de la artista ella estaba en el jardín y el criminal se asustó.
—Le dijimos que hablara con la policía— declaró la señora Scott, sollozando.
—Pero no nos hizo caso— agregó Helen— Mejor te voy a dar un poco de coñac. Tengo un poco en la botella del que usé para el bizcocho de navidad.
—Sí, sería mejor. Necesito algo fuerte. Gracias.

Tras la puerta de la cocina, Eleanor Grant escuchaba la conversación. Se había acercado a buscar un té y lo que oyó la dejó preocupada. Se quedó un momento en ese sitio cuidando de no ser oída, mientras las mujeres seguían hablando de la señora Page y de su carácter.

La señora Grant tenía algunas inquietudes respecto del crimen en el castillo. Esa noche, cuando escuchó que la mujer había sido drogada pensó que el asesinato había sido premeditado, pues ningún ladrón iba a entrar a una casa para hacer un robo, llevando una jeringuilla con morfina. Había mucha gente en la casa y cualquiera pudo haberla atacado, sin ser visto. Cuando apareció la verdadera artista y el caso dio un vuelco, se sintió más confundida aún, pero no quiso comentar

nada con su esposo, pues como siempre, le pediría que no se entrometiera en asuntos ajenos. Ella era muy curiosa y el crimen en el castillo le había dado mucho que pensar.

Decidió que al día siguiente pasaría por casa de Olive, pues quería pedirle su consejo. En su cabeza estaban apareciendo algunas ideas.

CAPITULO XXIII

En el castillo, luego de almorzar, Stella y Jessica hacían sobremesa. El señor Montgomery se había ido a dormir una siesta y la casa estaba en completa calma. Los oficiales ya habían dejado la casa y ellas se dedicaron a comentar lo sucedido, pues no habían tenido tiempo de hablar.

—Tengo tanta pena, Stella. La señora Page era parte de nuestra casa desde que tengo memoria.
—Era una empleada fiel, aunque tenía un carácter difícil— señaló Stella, que no logró una gran cercanía con la mujer.
—Sí, era muy testaruda y le gustaba demostrar su autoridad frente a los criados, pero en el fondo era una señora de creencias antiguas y velaba por el orden en la casa. Yo la quería— dijo Jessica, afectada.
—Todos lamentamos lo que pasó— dijo Stella— Que mala suerte que haya estado en el lugar equivocado.
—¿Se robaron muchas joyas? — preguntó la chiquilla, que no tenía noción de lo que su padre poseía realmente.
—Algunas cosas. Tu padre siente sobretodo el reloj de tu abuelo. Era una reliquia de familia. Es carísimo, pero para él tenía otro valor.
—Espero que la policía pueda encontrar a los desgraciados que hicieron eso. No les bastó con robar, sino que quitaron una vida— se lamentó la chiquilla.
—Lo siento, de verdad. Vamos a tener que preocuparnos de los servicios fúnebres. Tenía una sobrina en alguna parte del norte, Williams la llamó y le dio la noticia, tenemos que ver que quieren hacer. Ella y su familia son sus únicos parientes.
—¿Y sus funciones quien las va a cumplir?
—No creo que necesitemos una ama de llaves, en realidad. Spencer se maneja bien con los criados y la señora Rogers sabe de sobra organizarlo todo— dijo Stella que no se complicaba con los temas domésticos— Pero dime, ¿Qué significa eso de que el señor Rice te trajo ayer?
—Fue muy amable de traerme, pues papá se vino muy temprano y yo quería quedarme otro rato.

—¡Que hombre tan amable! ¿Y hay alguna novedad?
—Solamente que se fue de viaje y no sabe cuándo regresará— dijo la muchacha con tristeza.
—¿Se fue?, pero yo pensé…
—Prometió que va a llamarme— dijo Jessica, dejando a su madrastra asombrada.
—Ya…
—Y me hizo un regalo…un prendedor de rubíes.
—Ya…
—No bromees. Es un hombre muy galante y me gusta mucho su compañía.
—¿Te ha besado?
—Stella, que impertinente tu pregunta— reclamó la chica, sonrojándose.
—¿Lo hizo o no? — insistió la pelirroja mujer, con gesto de malicia.
—Si— declaró más ruborizada aún.
—¡Excelente! — dijo Stella, contenta por la chica— Es un hombre interesante y se ve que le gustas. Lo noté desde el primer día que vino a casa.
—¿Qué pensará papá?
—Lo que piense, lo podremos manejar— dijo segura de poder convencer a su esposo de lo que fuera.

Mientras hablaban se sintió llegar un coche al castillo. Vieron pasar a Spencer que se dirigía a la puerta, para dejar entrar al recién llegado. El mayordomo ingresó al comedor.

—Señora, el párroco la está buscando.
—Gracias, Spencer, tráigalo aquí y le ofrece un café, por favor.

CAPITULO XXIV

Al día siguiente, muy temprano, la señora Grant salió de casa, con dirección a la panadería. Su esposo madrugó para visitar a la anciana señora Allen, pues su hija lo llamó con urgencia. Eleanor aprovecharía de acercarse a la parroquia para visitar a la señora Murphy y tomar desayuno con ella. Olive preparaba unos muffins caseros que ella adoraba comer y le llevaría unos bollos dulces, para compartirlos. No había dormido bien, necesitaba comparar opiniones con su amiga.

El párroco salía de casa cuando ella entraba. Se había subido a su bicicleta, para visitar a algunos vecinos, como era su costumbre. El hombre era grande y la bicicleta parecía no soportarlo, pero tenía

buen equilibrio y salió sin problemas en dirección al pueblo.

—Tan temprano visitando a tus vecinos, Eleanor. ¿O pasó algo? — preguntó a gritos el párroco asustado, pues nunca era el primero en enterarse de las noticias o las desgracias de Hudson.
—No, señor Murphy, solamente una visita de cortesía. Hoy está linda la mañana, un poco fría, pero parece que tendremos luego un bello sol.
—Gracias a Dios— dijo el hombre y se despidió con la mano, desde lejos.

Cuando sintió las voces que conversaban en el jardín, Olive se asomó para enterarse de lo que pasaba.

—Amiga, ¿Qué haces tan temprano por aquí? ¿pasó algo? — preguntó mientras dejaba un macetero de violetas en la ventana.
—Nada ha pasado, gracias a Dios. Ya no quiero saber de malas noticias.
—Adelante, acomódate junto al hogar, para que te calientes un poco.
—Gracias, me encanta tu chimenea. Siempre le digo a Richard que esta pared de piedra le da un aire muy rústico a tu sala.
—Tosco diría yo— señaló Olive, que sabía que su amiga decía aquello como cumplido, porque su casa era una antigua propiedad que tenía filtraciones de aire por todos lados y que tenía muros de piedra muy fríos— Si no tuviéramos esta chimenea, estaríamos escarchados todo el día. ¿Qué te trae por aquí, tan temprano? — dijo cambiando bruscamente de tema — Tú no acostumbras hacer visitas de madrugada— rio Olive, que sabía que Eleanor solía visitar después de mediodía y sólo si era obligación.
—Estoy inquieta, amiga. ¿Podemos hablar en privado?
—No quieres que Jill nos pueda escuchar…
—Preferiría que habláramos a solas— pidió hablando en voz baja.
—Vamos a la salita de costura, allí estaremos tranquilas. Pero tomemos desayuno primero, ¿te parece?
—Sí, te traje estos bollitos. Espero que tengas tus muffins caseros. Sólo vine por eso— dijo Eleanor riendo de buena gana.

Luego de deleitarse con lo dulce y lo salado, se encerraron en la sala en que Olive se dedicaba ahora a coser ropa para la casa; antes lo hacía para los niños. Los Murphy tenían dos hijos, ambos vivían en el norte, uno era clérigo como su padre y el otro estudiaba en la academia militar.

—¿Qué te tiene inquieta, querida?

—El asesinato de la señora Page.
—¿Estás asustada? Mucha gente con la que he hablado, teme que al pueblo haya llegado la delincuencia desde otras ciudades. Esperemos que el comisario haga su trabajo.
—No, temo que no sea eso— dijo buscando las palabras para expresarse mejor— Escuché a Helen, hablando con una de sus amigas. Hablaban de la señora Page.
—¿Qué escuchaste? — preguntó la señora Murphy, intrigada.

La señora Grant se puso de pie y abrió la puerta, para asegurarse de que nadie estuviera allí cerca que pudiera escucharlas.

—Harriet, La criada de los Finch y Helen hablaban de lo testaruda que fue la señora Page, por no querer hablar con la policía.
—¿Y que tenía que hablar esa señora con la policía? No te entiendo Eleanor.
— Creo que la noche del crimen en el castillo, la señora Page vio al asesino.
—¿Estás segura?
—Eso escuché que decían.
—¿Y crees que por eso la mataron?
—Creo que el asesino de la mujer, está entre nosotros— manifestó dejando a su amiga atónita.
—¿Qué dices?
—Además, tengo una sensación extraña con lo de la usurpadora. Todos aceptamos lo que dijo la mujer que vino a presentarse como la artista, pero nadie la conocía. Mi sexto sentido me dice que algo no calza.
—La hermana del señor Montgomery la conocía— aseguró, pero en seguida reflexionó—pero a ella nadie le ha preguntado…— dijo Olive, terminando la frase y pensando que la policía era muy confiada.
—Exactamente, quién puede asegurar que dice la verdad ¿Y si la muerta fuera la artista realmente?
—¿Por qué crees eso?
—La noche de la fiesta, Stella me contó que la mujer le estuvo explicando con mucho conocimiento algunas técnicas de pintura y la influencia de otros artistas en su trabajo.
—Y a Jacob, le estuvo contando con lujo de detalles, la próxima exposición que estaba preparando en la ciudad, creo que sería en junio próximo. Incluso Murphy me dijo que le había parecido muy apasionada por su trabajo y que al día siguiente le iba a pedir que viniera a la iglesia a ver unos lienzos que tiene guardados para saber qué opinaba, pues quiere restaurarlos. Lamentablemente la atacaron esa noche— dijo Olive, con pesar. Luego miró a su amiga que se había

quedado en silencio— ¿Qué estás pensando?
—Pensaba hablar con el comisario y comentarle mis sospechas. Tal vez debería saber lo que las criadas comentan de la señora Page— señaló la señora Grant, indecisa.
—Creo que debemos hablar con Stella. ¿No te parece? Ella siempre sabe lo que se debe hacer.
—Tienes razón— afirmó Eleanor— Ahora debo regresar a casa, pues Chelsea tiene que hacer su tarea. Te llamo más tarde y te cuento que me dice Stella. No le digas nada a tu esposo aún.
—Pierde cuidado, no quiero preocuparlo. Además, los hombres siempre disminuyen nuestras capacidades. Hay algo que me dice que tienes razón— declaró Olive, que siempre había tenido ideas propias.

Salieron de la habitación y revisaron que nadie hubiera estado escuchando. Al salir al jardín vieron a la sirvienta, recogiendo hierbas para preparar el almuerzo, lo que las dejó seguras de que habían estado hablando a solas.

Luego del almuerzo, la sirvienta le avisó a la señora Murphy, que la esposa del doctor la llamaba. Olive, recordó la conversación de la mañana y se acercó en seguida al aparato, que la sirvienta dejó descolgado sobre la mesa.

—¿Cómo te fue? — dijo susurrando.
—Stella quiere que nos reunamos en su casa. ¿Qué te parece? — preguntó Eleanor también susurrando.
—No hay problema. ¿A qué hora nos juntamos?
—Dijo que fuéramos a tomar el té en el castillo, a las cinco nos espera.
—Voy a pedir un coche de alquiler, a las cuatro en punto paso por ti— dijo la señora Murphy y cortó.

A las cinco en punto, ambas llegaban al castillo. Fue una reunión de emergencia, por lo que las invitadas no alcanzaron a llevar nada para el té. Stella de todas formas había pedido que prepararan algunos bocaditos y Eleanor estuvo feliz de degustarlos.

—Están maravillosos— dijo chupándose los dedos— Esto no es muy elegante, pero estamos en confianza.
— Como tenía ganas de comer algo dulce, le pedí a la señora Rogers que los preparara. Sé que te encantan, a mí se me hace agua la boca por estos pastelitos.
—¡Qué suerte la de ustedes que no engordan! yo subo de peso tan sólo

de tomarles el aroma— reclamó Olive, que siempre se cuidaba de los dulces, pues su familia era propensa a la gordura.
—Bueno, ya nos alimentamos— afirmó Stella, yendo hacia la puerta y procediendo a cerrarla— Ahora nadie nos va a molestar. Elliot y Jessica andan en el pueblo, visitando a los Finch— dijo sentándose en una banqueta tapizada de tela de color terracota e invitando a sus amigas a ponerse cómodas en un sofá Chesterfield de capitoné color rosa viejo— ¿Qué es lo que te inquieta, amiga?
—Te conté por teléfono que tengo inquietud con el caso del crimen de esa señorita Milford.
—¿Por qué?
—Escuché a Helen, que hablaba con Harriet Scott, la sirvienta del juez.
—¿Estás escuchando tras las puertas?
—Fue mera casualidad, iba hacia la cocina y estaban conversando. Al escuchar nombrar a la señora Page, me interesó ese tema y no pude evitar escuchar.
—¿Qué escuchaste?
—Que tu ama de llaves, les contó que ella vio a alguien en el parque esa noche del crimen. Recuerda que estaba fuera, pues estaban buscando a los perros.
—Pero yo estaba fuera de la casa también y no pude ver nada.
—Claro que no viste nada, porque entraste a la casa cuando Ginger apareció, pero la señora no estaba contigo ¿o sí? — preguntó Olive, que daba crédito a las sospechas de su amiga.
—No, es cierto. Yo no la vi durante un rato— reconoció Stella, pensando en cómo se desarrollaron los hechos esa noche— ¿Crees que entonces la asesinaron para que no hablara?
—Exacto— afirmó Eleanor, cada vez más segura de sus sospechas.
—Pero hubo un robo en el castillo aquella noche. Faltaban algunas joyas y un reloj que estaba en nuestro cuarto.
—¿Estás segura que las sacaron esa tarde? Puedo ser que las hayan sacado con anterioridad.
—¿Crees que alguien del castillo está involucrado? — preguntó Stella sorprendida.
—Puede ser alguien que viva aquí o puede ser alguien que los frecuente— planteó Eleanor.
—Aquí viene mucha gente— señaló la dueña de casa— y el castillo es tan grande que pudiera entrar cualquiera y pasearse por donde quiera sin que nos demos cuenta. Pero eso no sucede— afirmó, pero no con seguridad.
—No lo sabes— afirmó Olive— además Eleanor tiene otra inquietud— agregó pidiendo a su amiga que hablara— Se ha presentado su sexto sentido— añadió bromeando.

—Bueno, es una sensación extraña solamente— Se excusó Eleanor.
—¿Sobre qué?
—¿Estás segura que la mujer que estuvo en tu casa el día del crimen era la señorita Milford esa? ¿Por qué no pensar que era Rachel Cook?
—Porque la verdadera Rachel Cook vino a nuestra casa después y la conocimos— aseguró Stella, pensando en aquella mujer, que no fue de su agrado.
—Y tú lo creíste, porque…
—…el comisario la trajo y la presentó…— dijo Stella completando la frase, pero con dudas.
—No estoy dudando del comisario, pero los hombres son muy crédulos, querida. Yo confirmaría esa información. Creo que tu cuñada podría ser la única que pudiera confirmar cuál es la verdadera.
—Pero Margot está en un crucero— se lamentó Stella— No tenemos como ubicarla. Además ¿cómo vamos a encararla con ambas? Una está muerta y la otra debe estar de viaje. Cuando almorzó con nosotros, dijo que haría un viaje muy pronto.
—¿Y si le envías una foto con la imagen de la mujer asesinada? — planteó Eleanor.
—No tenemos fotos de ella— aseguro la señora Montgomery— ¿De dónde voy a sacar algo así?
—Pero en la fiesta había un fotógrafo. Yo recuerdo que me retrató frente a la chimenea— dijo Olive, que aborrecía las fotografías— aunque le dije que no me gustaban los retratos... pero era muy insistente.
—¡Tienes razón! Jessica fue al pueblo la semana pasada y trajo las fotos de la fiesta. Me las entregó y me dijo que las colocara en un álbum, pero no sé dónde las dejé.
—Pide que te las busquen. Debemos revisarlas, tal vez hay un retrato de la mujer entre ellas— manifestó Eleanor esperanzada.
—Voy a llamar a Spencer. El debe haberlas guardado.

Luego de unos momentos, el mayordomo regresó con una caja amarilla y se la entregó a su señora.

—Gracias, Spencer, ha sido muy amable.
—De nada señora. Estoy para lo que necesite. ¿Desea algo más? — preguntó el anciano, esperando la respuesta de su ama.
—No, muchas gracias. Siga con sus cosas— pidió Stella, esperando que el mayordomo volviera a cerrar la puerta de la habitación.

Abrieron la caja y separaron las fotografías en tres montones. Cada una comenzó a revisar los retratos que el fotógrafo había logrado plasmar. Algunas de ellas eran muy cómicas, pues algunos invitados

fueron retratados sin aviso.

—Mira como salgo en esta foto. Me veo enorme— se lamentó Olive, que encontró una fotografía suya, en donde se estaba sirviendo un bocadillo— y para colmo estoy comiendo. No coloques esto en el álbum por favor— pidió enfadada.
—No la incluiré, no te preocupes. Si quieres, llévatela, pero no la botes. Es un recuerdo.
—Mira, en ésta sale Richard, riendo a carcajadas.
—Aquí está Elliot apagando sus velas. Esta linda esta foto, a pesar de que apagamos las luces en ese momento.

De pronto Eleanor dio un pequeño grito de satisfacción. Tomó una foto y se la entregó a Stella.

—En esta aparece la mujer, pero no se ve muy bien su rostro— dijo Olive, asomándose a la fotografía.
—Está bebiendo de una copa.
—En esta otra se ve mejor. Está junto al párroco— señaló Eleanor, encontrando otra más— Y en esta aparece de perfil. Justo la captó hablando con Richard. Eso fue cuando nos presentaste— Luego siguió buscando— No estoy en ninguna fotografía, querida. Me estoy empezando a molestar con el fotógrafo— añadió bromeando.
—En estas que tengo yo, apareces varias veces— señaló la señora Murphy— Te ves muy bien en todas ellas.
—Entonces ya tenemos con qué comenzar— declaró Stella decidida— Voy a contactar a Margot, pero no voy a decirle nada a Elliot, pues va a decir que somos entrometidas y me va a dar una larga charla.
—Que sea nuestro secreto, por ahora— propuso Eleanor.
—Estoy de acuerdo— dijo Olive, dejando las fotografías sobrantes dentro de la caja— Esperemos a ver que nos dice tu cuñada. Entonces podemos trazar nuestro plan de acción.

Al día siguiente, Stella escribió una carta a su cuñada para que cuando llegara a casa, de regreso de su viaje, pudiera leerla y le diera contestación. No le dio mayor información, sólo adjunto un par de fotografías de la artista que había ido a la fiesta esa noche, como una forma de hacerle llegar las últimas imágenes de su amiga y se iba a quedar esperando respuesta. Si Margot no hacía ningún reparo a lo que enviara, entonces estaba claro que aquella era la verdadera Rachel Cook. Si por el contrario, Margot le respondía que se había equivocado de persona, tendría seguridad de que la mujer de la foto había usurpado la identidad de la verdadera.

Revisó los itinerarios de los barcos y comprobó que el Princess, en el que su cuñada estaba haciendo la travesía, regresaba a Londres tres días más tarde. Iba a estar impaciente por la respuesta de Margot y sus amigas aún más.

CAPITULO XXV

Tardó una semana en recibir la misiva de su cuñada. Una mañana de viernes, cuando tomaba desayuno junto a su esposo, Spencer le entregó la correspondencia. Comenzó a revisar lo que había llegado.

—¿Qué tenemos hoy, querida? —preguntó Elliot, que estaba acostumbrado a recibir publicidad de cuánta cosa se había inventado.
—Te enviaron un catálogo de flores, una invitación a un partido de polo en el club. Dos facturas.
—Esas son para Williams— manifestó el señor, dejándolas a un lado— ¿Y el resto?
—Estas son para mí— dijo ella, dejando varias cartas encima de la mesa, sin abrir.
—¿No las vas a leer? — preguntó su esposo, con curiosidad.
—Son folletos y facturas, los voy a revisar más tarde— aseguró sin demostrar ansiedad, a pesar de que una de las cartas era de Margot. Por fin llegaba la respuesta esperada— Ahora que recuerdo, el señor Rice nos debe una invitación a su casa de la ciudad. Nos invitó a la opera ¿te acuerdas? — preguntó para cambiar de tema— Me gustaría ver Otelo, otra vez.
—No he tenido noticias de Milton. Creo que su viaje a América, se ha extendido más de lo previsto.
—¿Tú crees que regresará?
—No quería viajar. Parece que está muy a gusto en Hudson. ¡Quién lo diría! — exclamó Montgomery.
—Cariño, ¿vas al pueblo?
—Creo que me allegaré por la tienda de Walters. Ví la semana pasada un candelabro veneciano de sobremesa que me encantó, pero estaba muy caro. Voy a ver si lo hago entrar en razón y consigo una rebaja.
—Se vería bien en el mueble que está en el comedor. ¿Tiene sólo uno?
—Me dijo que esperaba otro igual que le estaban enviando.
—Se verían mejor si fueran dos— dijo Stella, buscando con la mente un sitio sobre la consola francesa
—El jarrón chino me ha estado tentando, creo que lo compraré, es maravilloso, va a ser lo mejor de mi colección.
—Pero son tan delicados, vas a estar siempre exigiendo que nadie lo

toque— declaró Stella— Me puedes traer los periódicos, por favor— agregó cambiando de tema.
—Te está gustando leer, esos pasquines— la regañó Elliot.
—Son más entretenidos. Así me entero de los chismes de la localidad y a veces vienen buenas ofertas de objetos de decoración también.
—Estoy bromeando, querida. Te traeré lo que quieras.
—Gracias— dijo ella poniéndose de pie, con un montón de cartas en su mano y dando un beso a su marido, se retiró hacia su sala de lectura— No te demores, si te atrasas me avisas para esperarte con el almuerzo. Tenemos pastel de carne.
—Llegaré a tiempo, no te preocupes.

Stella se encerró en su salita, para que nadie la molestara mientras leía la carta de respuesta que su cuñada había enviado. Rompió el sobre con cuidado y se tomó su tiempo para leer lo que había en su interior. El corazón le latía aceleradamente. Estaba a punto de descubrir si realmente las sospechas de Eleanor tenían asidero.

Extendió las hojas que tenía en sus manos. Margot era muy buena para hablar y mucho más para escribir. Era de esperar que tuviera que leer una hoja completa para llegar por fin al motivo de su interés.

Efectivamente, se explayaba acerca de su viaje en el crucero. El tiempo había sido maravilloso. Conoció infinidad de gente y se reencontró con amigos que no veía desde hacía mucho tiempo. El viaje partió en Italia y llegó hasta Turquía, fue un mes y medio de travesía. Detallaba los paisajes maravillosos de las islas y la belleza de Anatolia. Luego seguía contando acerca de un incidente con un empleado del barco, muy desagradable. Al llegar a la segunda hoja, se encontró con lo que le interesaba:

“Me dio tanta tristeza cuando me llegó la carta de Joan, en donde me contaba de la muerte de Rachel; una mujer tan talentosa. Pienso que habría sido muy famosa. De todas formas, sus cuadros se van a valorizar, siempre es así en estos casos. Yo tengo en mi poder un retrato que le hizo a Joan hace unos meses. No quiso que le pagara por su trabajo, pero aceptó como regalo una joya, que siempre me celebraba. Un anillo de oro, con una esmeralda de corte ovalado. Me alegró ver que lo llevaba en su mano esa noche. Le quedó perfecto en el dedo medio, pues tenía sus manos muy finas. Lamento demasiado que haya tenido tan trágico fin. No he tenido noticias de los sucesos, ¿La atacó un ladrón? ¿Fue un accidente? Me quedaré con estas fotos como recuerdo, te agradezco tu deferencia de hacérmelas llegar. Si tienes noticias de la policía, te ruego me las comuniques. Espero que

se haga justicia a esa gran mujer”

Luego, seguía comentando el clima en Londres, que era tan distinto al que disfrutó en la costa griega y le enviaba sus saludos a Jessica y a su hermano. Prometía visitarlos prontamente, pues hacía tiempo que no regresaba al castillo para disfrutar los placeres de la cocina de la señora Rogers.

Stella cerró las hojas y las guardó en el sobre. Efectivamente, Eleanor tenía razón. Rachel Cook había sido asesinada y por alguna razón existió un montaje de alguien, que convenció a la policía de que la víctima era otra persona. Demoró unos segundos en tomar una decisión y en cuanto la tuvo en su mente, se apresuró a ejecutarla. Se guardó la carta dentro de su blusa y tomó la otra carta, que era de la modista, junto con un folleto de una agencia de viajes y con ellas en la mano, llegó al salón. Afortunadamente su esposo aún no salía del castillo.

—Cariño, olvidé que Eleanor me pidió que le ayudara a elegir unas telas para retapizar un sillón— dijo pidiendo a Spencer, que estaba junto a su señor, que le trajera su bolso— ¿Me llevas al pueblo?
—Encantado, así podemos conversar del cumpleaños de Jessica, que ya está por llegar. No sé qué regalarle, el granate de mi abuela ya no lo tengo— se lamentó el señor Montgomery, con pesar— es la próxima semana.
—Si quieres, podemos ir a la joyería de Chevalier y eliges algo bonito y juvenil, más de acuerdo a su edad.
—¿Me ayudas con eso? Nunca sé que le va a gustar a mi hija.
—Eso es cierto. Te puede sorprender a veces con sus gustos— dijo Stella, pensando en algo distinto de las joyas
—¿Crees que será bueno hacer una cena para celebrarlo? — preguntó el padre, recordando la última fiesta que hubo en casa.
—Pregúntale, tal vez quiera invitar a sus amigos, sería mejor una reunión con bocadillos para que puedan bailar— propuso Stella, que entendía mejor a la juventud.

Llegaron al pueblo media hora después. Pasaron por la joyería y luego de un rato de observar opciones dejaron separadas algunas piezas: un anillo de zafiros, unos pendientes de diamantes y un collar de pequeñas esmeraldas de corte cuadrado, muy valioso. En el castillo, con más tiempo tomarían la decisión y la harían saber al joyero, que quedó ansioso por recibir la respuesta. Luego el señor Montgomery se dirigió a regatear con Walters y su esposa caminó por el centro del pueblo, dirigiéndose a la casa del doctor Grant. Se encontró con

algunas amigas que no había visto desde la fiesta de celebración. De repente, vio que a paso lento venía hacia ella distraída la señora Murphy y la abordó repentinamente, causando que su amiga lanzara un grito de estupor.

—No hagas eso, iba distraída — La regañó Olive.
—Sí, me fijé. Por eso lo hice— dijo Stella, riendo de su ocurrencia— Lo siento, ¿Te pasa algo?
—No. Es que el pescadero no tenía abadejo y venía pensando con que reemplazarlo. A Jacob le gusta tanto cuando se lo preparo.
—Puedes hacer croquetas de lenguado, a mí me gustan bastante.
—Creo que voy a hacer pollo, es más rápido. Me atrasé un momento, pues buscaba una lana color violeta y la señora Richards no tenía nada parecido— señaló mostrando su bolso vacío. No había tenido éxito en sus compras— ¿Qué haces por aquí?
—Tengo la respuesta de Margot— lanzó, dejando a su amiga perturbada.
—¿Qué dice?
—Quiero leerles la carta, voy a ver a Eleanor. ¿Me acompañas unos minutos?
—Ya estoy atrasada, pero Jacob nunca sabe qué hora es, así que puedo demorarme otro momento— declaró sonriendo y caminando junto a su amiga, rumbo a la casa de los Grant.

En cuanto llegaron a la casa del doctor, tocaron la aldaba de la puerta. Luego de hacerlas esperar un par de minutos, que parecieron eternos, salió Helen a abrirles. La criada las hizo entrar en el salón y fue a avisarle a su señora que sus amigas la buscaban.

—Queridas, ustedes por aquí, ¡Qué sorpresa! — exclamó Eleanor al verlas frente a ella.
—Stella tiene la respuesta de Margot. No me ha querido decir nada— reclamó la señora Murphy, aceptando la invitación que les hacía con un gesto para que se sentaran.
—Vamos a pedir un té o un café— dijo tocando una campanilla— Y nos deshacemos de Helen.
—Yo quiero un café, estoy un tanto cansada— dijo Olive, que seguía ensimismada en el pensamiento sobre su almuerzo.
—Yo quisiera un té, me encantó ese que tenías la vez pasada con bergamota— pidió Stella esperando que aún lo tuviera.
—Creo que aún queda. Se lo regaló la señora Allen a Richard, tiene una sobrina en la India y siempre le envía té y especias.

Helen apareció para volver a la cocina y traer el café y el té que las

señoras iban a tomar. Eleanor le pidió que dejara la tetera y ella misma sirvió las infusiones para ella y Stella. Olive recibió feliz un café bien cargado, que era lo necesario para animarla.

—Bueno, ¿Qué dice la carta?
—Voy a leer un párrafo, en que se refiere a la señorita Cook y ustedes sacarán sus conclusiones.
—Que misteriosa, no doy más de la inquietud. Lee por favor— pidió Eleanor que era muy curiosa.

Stella leyó la carta, dando énfasis a algunas palabras y haciendo silencio en algunos momentos para que sus amigas digirieran la información.

—Entonces tenía razón— declaró Eleanor— la muerta es la artista.
—En efecto, Margot confirma que era ella— dijo Stella, guardando la carta en el sobre nuevamente.
—Debe haber alguna razón, para que hayan inventado lo de la suplantación— dijo Eleanor reflexiva— ¿Por qué harían eso?
—He leído unos libros de misterio que Jacob siempre tiene en su mesa de noche y en uno de ellos, el protagonista que es un detective muy famoso siempre dice: Que para encontrar al asesino hay que conocer a la víctima, porque con la víctima equivocada, no encontrarás al asesino correcto…o algo así.
—¿Y quién será la usurpadora? Pues ahora hay otra impostora, la mujer que estuvo en tu casa, Stella.
—Debí haberme dado cuenta. No tenía tipo de artista. Estaba muy arreglada, sus ropas eran muy formales. Debí fijarme que no hablaba acerca de pintura, ni siquiera sabía cuándo se realizaría su exposición — manifestó Stella molesta con ella misma— Fuimos todos muy crédulos.
—Partiendo por el comisario— sentenció Olive.
—¿Qué debemos hacer?
—Creo que hay que hablar con Baker y ponerlo en antecedentes de este descubrimiento— declaró Stella— Tiene que buscar a esa mujer que vino a hacernos creer que era Rachel Cook.
—Y también a la prima que reconoció el cadáver como el de la tal señorita Milford— señaló Eleanor, pensando en que había otra mentira declarada.
—Hay mucha gente involucrada en esto— dijo Olive, terminando su café.
—O tal vez es la misma mujer en ambos casos— dijo la señora Montgomery.
—¿Vas a ir a visitar a Baker?

—Voy a hablar primero con Elliot, pues debe estar al tanto de lo que he hecho y le pediré que hablemos con el comisario.
—Estoy de acuerdo— dijo Olive, poniéndose de pie— Debo irme ahora, porque de lo contrario hoy no habrá almuerzo en casa.
—Yo también. Debo encontrarme con Elliot al mediodía para volver al castillo.
—Cuéntame lo que suceda. Espero tu llamado— dijo Eleanor rebosante de orgullo, por haber tenido razón.

CAPITULO XXVI

En el automóvil de regreso a casa, Stella no quiso comentar nada aún, pues Jackson podía escuchar y luego se iba a enterar la servidumbre y todo Hudson por añadidura. Al llegar al castillo, la pareja se dirigió al comedor, pues ya era hora de almorzar. Jessica los esperaba, con noticias.

—Papá, llamó el señor Rice, para avisar que regresa mañana— dijo la chica disimulando su alegría frente a su padre— Me pidió que te avisara, pero te llamará nuevamente más tarde, pues tiene noticias de algo que compró.
—Debe ser acerca de los caballos que hablamos.
—Mejor pasemos ya a la mesa, tengo mucha hambre— propuso Stella, sentándose en su lugar de siempre— Hoy pedí que nos prepararán unos pimientos rellenos; tenía muchas ganas de comerlos.
—A mí también me gustan mucho— dijo Jessica, que estaba de tan buen humor que habría comido cualquier cosa.
—Yo prefiero que me den mi pastel de carne, cariño. No me apetece la entrada. ¿Habrá alguna ensalada?
—Como quieras— dijo a su esposo— Spencer, por favor— pidió la señora— dígale a la señora Rogers que el señor sólo quiere su plato de fondo. Y que le preparé una ensalada de espinacas y zanahorias o de lo que tenga.
—Como no, le diré en seguida— obedeció el anciano, yendo hacia la cocina.

El almuerzo estuvo delicioso y luego tomaron su café en el salón. Williams había ido a entregar unos papeles al bufete del abogado y no había regresado. La muchacha se fue a su cuarto, a mudarse de ropa, pues había quedado de juntarse con sus amigas en el pueblo. Iba a aprovechar de comprar su perfume preferido, que se estaba acabando.

La señora Montgomery, dejó que su esposo disfrutara su café y luego

le pidió que la acompañara a la biblioteca.

—Me preocupa este misterio, querida. ¿Ha pasado algo?
—Elliot, no te enojes, pero estuve haciendo algunas averiguaciones con Margot— señaló Stella, cerrando la puerta del despacho, tras de sí.
—¿De qué hablas?
—Eleanor, Olive y yo, estuvimos conversando acerca de algunas cosas que nos parecieron extrañas, respecto del asesinato de esa mujer aquí en el castillo— dijo esperando alguna reacción de su esposo, que la escuchaba atento, sin decir palabra— Y quisimos asegurarnos de que efectivamente Rachel Cook estuviera bien— agregó.
—Pero si vimos que está bien, almorzó con nosotros hace unas semanas— aseguró el señor Montgomery, confundido.
—No es así— afirmó su esposa.
—¿Por qué lo dices? ¿Qué hiciste? Me estás preocupando.
—Nada malo, cariño. Solamente le escribí a Margot y le envié unas fotografías que se tomaron el día de tu cumpleaños, en donde aparecía la mujer asesinada…— Su esposo seguía expectante, sin hablar— Y aquí está su respuesta— dijo sacando el sobre desde su bolso y entregándolo a su esposo— Lee la segunda hoja, desde ahí— añadió señalando el segundo párrafo.
—O sea que la mujer asesinada era Rachel Cook— afirmó el hombre, luego de leer lo que su esposa le mostró— ¿Y esa mujer que vino a reconocer el cadáver? ¿Y la mujer que almorzó con nosotros?
—Impostoras— afirmó Stella— Quisieron engañar a todo el mundo, por alguna razón que no entiendo.
—¿Y por qué tú y tus amigas pensaron que había algo raro?
—Porque Eleanor escuchó a su criada decir que la señora Page había visto al asesino y que lo había callado.
—¿Y por eso la mataron?
—Tal vez el asesino está relacionado con la señorita Cook y por eso engañaron a todo el mundo. De esa forma, las pesquisas se van hacia otro punto focal.
—Debemos hablar con el comisario Baker, en seguida— propuso Montgomery tomando el auricular del teléfono de su despacho.
—Eso te iba a proponer. Prefiero que tú lo llames. No va a hacer caso de lo que digan tres pobres mujercitas— ironizó Stella que conocía la mentalidad pueblerina.

CAPITULO XXVII

—No puedo creerlo, pero si me enseñó sus documentos de identidad—

dijo el comisario, enfadado consigo mismo.
—Pudo robarlos a la verdadera víctima. En esta casa no se encontraron los documentos de la occisa— señaló Montgomery, sacando conclusiones de lo que había escuchado.
—Para eso debería tener un cómplice en esta casa— manifestó el comisario, más enfadado aún, por haber creído todo lo que la mujer declaró.
—Alguien que pudo entrar en la casa ese día— dijo Stella— no sólo entre los habitantes. Era día de fiesta y todo mundo entraba y salía.
—¿Y la mujer que reconoció el cadáver?
—Pudo confundirse— explicó Stella, que quería creer que el comisario había hecho su trabajo a cabalidad.
—O pudo hacerlo con el propósito de engañarme y lo logró— exclamó irritado— Esto nos obliga a comenzar de nuevo.
—Hay que ubicar a la mujer que vino y se hizo pasar por la artista, comisario. ¿Cree que la puedan encontrar? — preguntó el dueño de casa esperanzado, aún con fe en las autoridades.
—Tiene que andar por ahí, haciéndose pasar por la señorita Cook, con algún fin que debemos descubrir.
—¿Qué fin cree usted, comisario? — preguntó Stella, que no discurría nada.
—Puede haber algún motivo para que la hayan sacado de en medio y la otra mujer la esté suplantando. ¿Una herencia quizás? ¿Un marido que la quiso hacer desaparecer? ¿Algún chantaje? Puede ser cualquier cosa. Tenemos que investigar el pasado de la señorita Cook.
—Si desea puede llamar a mi hermana Margot, ella la conoce desde hace algunos años, puede tener información de su familia o de alguna amistad cercana.
—Le agradezco que me de algún contacto de la señora Montgomery— pidió el oficial.
—Es la señora Stanfield, mi cuñado es Harold Stanfield el dueño del periódico La Tribuna. Le voy a dar sus datos en seguida— dijo buscando en un cajón su agenda y anotando en una hoja que arrancó de una libreta los datos de su hermana Margot.
—Le agradezco, señor Montgomery por su ayuda— dijo el policía, estrechando la mano del señor.
—Agradezca a mi esposa y sus amigas, que se dejaron guiar por su sexto sentido.
—Gracias, señora— dijo el comisario, incrédulo.
—Disculpe comisario, el anillo que mi cuñada menciona, ¿se lo llevó alguien? — preguntó Stella, pensando que un anillo de esmeraldas de gran valor estaba extraviado.
—¿El anillo? Debe estar entre las cosas de la víctima.
—¿Su supuesta pariente no se las llevó? ¿No pidió sus pertenencias?

—Ni lo mencioné ni ella lo preguntó— dijo el comisario, volviendo a creer que cometió un error mayúsculo.

Cuando el comisario se retiró, Stella se acercó a su esposo y le dio un abrazo apretado.

—Gracias por escucharme— dijo muy cerca de su boca.
—Eres la mujer más sensata que conozco. Creo en tus capacidades, cariño.
—Y yo creo en las habilidades de Eleanor. Ese sexto sentido, que ella dice poseer.
—El doctor Grant debe tener cuidado de la esposa que tiene— bromeó Elliot.

Su esposo fue a su cuarto a reposar, para luego reunirse con Williams, que traería los documentos firmados desde el despacho del abogado. Stella tomó el teléfono y llamó a su amiga.

—Eleanor, el comisario nos ha dado el crédito— declaró Stella orgullosa.
—Que bien, pensé que no nos iba a tomar en cuenta— dijo Eleanor.
—Es que Elliot le explicó todo y cuando el comisario estaba convencido, le soltó que era idea nuestra— se rio Stella, soltando una carcajada.
—Pobre, Baker. Va a tener que comenzar a creer en las cualidades femeninas.
—Ahora que ya se ha aclarado este punto, estoy preocupada— se sinceró la señora Montgomery— Alguien en esta casa, tiene algo que ver con un asesino.
—O es un asesino— afirmó Eleanor, sin ayudar mucho a su amiga, con su declaración.
—Me asustas.
—Ten cuidado y fíjate bien en cada uno de los criados.
—¿Será uno de los criados? — preguntó Stella, repasando a la servidumbre.
—¿Quién estaba en casa, la noche que asesinaron a tu ama de llaves?
—Mejor pregunta quién no estaba— dijo decepcionada— Jessica y Rice; Elliot y yo, somos los únicos que no estábamos. Además, era un día de fiesta, pudo venir alguna visita a ver a las sirvientas.
—Richard también estuvo allí aquella tarde— recordó la señora Grant.

CAPITULO XXVIII

Al día siguiente, por la tarde, el señor Rice llegó de visita al castillo. Se encerró con su amigo en la biblioteca y estuvieron conversando de negocios. De pronto la charla llegó al caso de la mujer asesinada.

—¿Y dices que finalmente era la artista? — preguntó Milton Rice, sin entender del todo la historia que su amigo le contó.

—Por lo que pudimos saber de boca de mi hermana, la mujer que estuvo esa noche en casa y que fue asesinada, era la amiga que ella nos pidió invitar.
—¿Y por qué vino esa otra mujer a decir que había una usurpación de identidad? No entiendo.
—Nadie entiende nada. Por ahora, el comisario va a seguir investigando el pasado de la señorita Cook. Al parecer era australiana. Va a tener que contactar a la policía de ese país, supongo— dijo Montgomery.
—¿Y la otra mujer?
—Se esfumó. No dejó su dirección.
—La policía de Hudson deja bastante que desear— dijo Rice, con mal gesto.
—Espero que esto no signifique que el pueblo pierda su encanto. Veo que te ha gustado bastante— aseguró Elliot a su amigo.
—Bueno, no sólo el pueblo— declaró Rice, buscando las palabras correctas para seguir la plática— Quiero que hablemos de algo. Espero que no te lo tomes a mal.
—¿De qué se trata?

Los amigos siguieron encerrados en el despacho del señor Montgomery hasta bastante tarde. Luego el señor Rice se retiró a su casa. Stella llegaba en ese momento desde el segundo piso y lo vio salir.

—Pensé que tu amigo se quedaría a cenar— dijo arreglando las flores del jarrón que había al costado de la escalera— Iba a pedir que calentaran el roast beef que quedó de ayer.
—Tenía un compromiso en casa. Creo que tenía visitas que recibir.
—¿Qué pasa? Estás raro.
—Nada, estoy cansado. ¿Cenemos algo liviano?
—Voy a pedir que preparen un pescado al vapor con patatas.
—Lo que prefieras, cariño. Yo voy a fumar un momento.

Stella notaba que su esposo estaba con su cabeza en otro sitio, pero como lo conocía bien, sabía que no iba a lograr que hablara con ella, hasta que él decidiera hacerlo por su propia cuenta. Así que iba a esperar.

Jessica llegaba desde el pueblo. El hermano de Hillary la trajo. Se apresuró en entrar a la casa, pues comenzaba a correr un viento frío y algunas gotas le mojaron la cabeza.

—¿Qué pasa? — dijo al ver a Stella como una estatua parada aún

junto al jarrón de flores.
—Estaba pensando— señaló sacando unas hojas marchitas y llevándolas en su mano para botarlas en la cocina— Creo que el pescado al vapor quedará mejor con una tortilla de zanahoria, ¿Qué crees?
—Por mi está bien. Comimos en la cafetería de la señora Higgins unos pasteles de crema, que eran terriblemente exquisitos y me harán subir de peso, pero Hillary me convenció. No tengo tanta hambre.
—Entonces ve a cambiarte, vamos a comer en media hora.
—Entendido, sargento— bromeó Jessica, que estaba acostumbrada al orden estricto que Stella ponía en los horarios de las comidas.

CAPITULO XXIX

Pasó un par de días. Rice no volvió a la casa. Jessica estaría de cumpleaños ese viernes y su padre le ofreció hacer un baile para que invitara a sus amigos. Algo discreto, con poca gente. A la chica no le gustaba mucho el desorden, era bastante tranquila y sus amigos eran muy correctos. El castillo se iba a engalanar para recibirlos, a pesar de la reciente muerte del ama de llaves, que los hacía complicarse con la celebración.

—Recién sepultamos a la señora Page hace unos días. ¿Estará bien, hacer una fiesta en casa? — preguntó Jessica a su madrastra.
—No será una gran fiesta, apenas vendrán tus amigos. Será algo sencillo.
—Bueno, invité a Hillary y sus dos hermanos, a Kimberly, a Ashley, a Lois, a unos primos de Hillary que siempre frecuentan su casa. Las nietas de la señora Allen y por supuesto Jerry Jones, sino Hillary me quita el saludo.
—¿El señor Rice, no vendrá?
—No lo sé. Le hice llegar una invitación a su casa, pero no me respondió. No ha venido al castillo desde que regresó— dijo ella mirándose en el espejo del salón.
—Pero si vino. Estuvo aquí el lunes por la tarde— dijo Stella, pensando que la chica lo sabía.
—Parece que el viaje hizo variar sus intenciones— se lamentó la muchacha, que se había ilusionado con el hombre.
—Espera a hablar con él antes y luego sacas tus conclusiones.
—Si no viene al castillo, ¿cómo voy a verlo?
—Esperemos hasta el viernes. Si lo invitaste, puede ser que se aparezca por aquí.
—Me da lo mismo si viene o no— señaló la chiquilla enojada.

—No seas niña. Pudo tener algún problema. Los negocios a veces salen mal. Esa tarde que vino, se fue muy callado y tu padre tampoco fue muy comunicativo. Tal vez es por un inconveniente de alguno de sus negocios.
—Pensé que yo le importaba de verdad— dijo Jessica, con gesto de decepción.
—Yo creo que sí. Ten paciencia. Espera hasta el viernes. Si no viene, te olvidas del asunto— dijo Stella, minimizando el problema.
—Tienes razón. Si no viene, doy vuelta la página— dijo mirando por la ventana con cara de tristeza.

Y llegó el viernes y el castillo se llenó de música. Hillary y sus amigas aparecieron a las ocho de la noche, con sencillos trajes. No iba a ser un evento de etiqueta ni nada que se pareciera. Sólo una reunión con bocadillos, tragos suaves, un poco de cerveza para los chicos, aunque algunas muchachas también la bebían en secreto. Cada uno de los invitados traía regalos para la festejada; los fueron dejando a un costado de la chimenea.

Stella se reunió con ellos para dejar todo organizado. Luego los mayores se irían al salón de música. Su padre le había entregado su regalo a primera hora y esa noche Jessica lucía unos pendientes de diamantes, con forma de hojas que las chicas admiraban embelesadas.

Williams se quedó a compartir con los muchachos. Su jefe le dio la tarde libre para que acudiera a la fiesta, pues el muchacho era joven y siempre lo vio muy atento con su hija, por lo que le pareció justo dejarlo participar de la reunión. Ralph le regaló a la muchacha un libro de poemas, que ella agradeció de veras, pues le gustaba la poesía. Le pareció un gesto muy delicado de su parte. Su madrastra le obsequió un camisón de seda color violeta, que era un sueño.

El señor Rice apareció en el castillo esa mañana y pidió verla. Marchaba a Londres en ese momento y sólo pasó a saludarla. Ella se alegró de su presencia, pero se decepcionó al saber que no estaría con ella esa noche.

—Lo siento. Debo viajar con urgencia. Unos asuntos de mi madre me obligan a ir a firmar unos documentos.
—Lo comprendo, no se preocupe— dijo ella mirándolo fijamente a los ojos.
—Está muy hermosa hoy— dijo él admirando su atuendo.
—Gracias, estoy contenta. Hoy es mi cumpleaños.

—Lo sé. Le traje un obsequio. Espero que le guste— dijo, entregándole una caja de cartón con una cinta de raso, que ella abrió en seguida.
—Es hermosa— dijo al ver que dentro había una caja de música. La sacó de la caja y le dio cuerda. Se escuchó entonces un área de la ópera Carmen.
—Que exquisito detalle de su parte. ¡Me encanta! — Exclamó la chica. Y mirando alrededor, para asegurarse de que nadie los observaba, se acercó a él y le dio un beso en los labios. Milton sorprendido, correspondió al beso durante unos segundos. Al sentir los pasos de alguien que caminaba por el corredor se separaron.
—Espero que la tenga en su mesa de noche y me recuerde cuando la escuche.
—Lo recuerdo siempre. ¿Por qué no vino a verme?
—Lo siento, me he portado mal— se disculpó él— En cuanto vuelva de Londres vamos a hablar. Ahora me tengo que ir. Que disfrute su fiesta— añadió dándole otro beso y saliendo del castillo.

Spencer lo acompañó hasta la puerta y aprovechó de cerrarla. Con todo lo que había pasado, la casa debía estar siempre con sus cerrojos bien puestos.

La fiesta estaba en su apogeo. Las chicas y chicos bailaban al ritmo de la música de moda. Hillary era la más contenta, pues Jerry le había pedido que fueran novios y ahora lucía de la mano del muchacho.

A las diez, se apagaron las luces y todos gritaron. Nadie olvidaba los últimos incidentes del castillo. La incertidumbre sólo duró unos segundos, pues uno de los chicos apagó la música, al ver que Stella traía una enorme torta de chocolate que la señora Rogers había preparado para su niña. Los criados acudieron al salón y entre todos los allí presentes cantaron una tonada de cumpleaños para que Jessica apagara las velas.

Su padre estaba a su lado y ella le dio un gran abrazo apretado. Se veía que el caballero estaba muy emocionado.

—Hijita, estás tan grande, pero siempre serás mi niña— dijo abrazándola con más fuerza que antes.
—Querido, la vas a ahogar— bromeó Stella, que no comprendía la emoción de su esposo. Aunque era cierto que era su única hija y cumplía veinticinco años.
—Gracias, papá. Te amo.
—Y yo a ti, cariño.

Luego los chicos comenzaron a gritar, pidiendo su porción de torta y la música volvió a sentirse en el salón. Algunos de ellos salieron al jardín y el resto se puso a bailar nuevamente.

Más tarde, algunos de los muchachos, al saber que estaban en el lugar del crimen, quisieron saber todos los detalles del suceso.

—Williams, cuéntenos cómo fue todo— pidió Hillary, de la mano de Jerry que bebía su cuarta cerveza y ya apenas se aguantaba en pie.
—Sí, usted fue testigo directo— declaró Ashley que seguía la noticia en los periódicos.
—Bueno, no tan directo. Yo no estaba cerca— se excusó Ralph, nervioso.
—Pero estaba en la casa— agregó otro chico pelirrojo que era primo de Hillary.
—Les puedo contar lo que escuché después— aclaró Williams, que no quería que su jefe lo regañara por estar hablando de más— La mujer estaba ahí— dijo señalando el sendero fuera del salón— Cuando la atacaron con un jarrón igual a ese— agregó mostrando el otro jarrón que aún permanecía en el muro— y se quebró esta puerta— continuó mostrando los cristales que se habían repuesto— Luego el doctor la revisó y todo el mundo se alborotó.
—Y llegó la policía— dijo Hillary, que tenía mucha más gracia para contar historias— Se pusieron a buscar huellas y a registrar el castillo — agregó imitando a Baker con su bigote— El comisario interrogó a todos en la casa y la mujer no era quien decía ser.
—Pero, si era finalmente— explicó Ashley que lo había leído en la prensa, pues en su trabajo no siempre estaba tan ocupada.
—Bueno, es un total enredo. Dejemos que la policía investigue y ustedes vengan a comer un trozo de pastel— dijo Jessica, haciendo que sus amigos cambiaran de tema— Y tú, consigue en la cocina un café para tu novio, querida, sino lo vas a encontrar botado bajo una mesa— ordenó a Hillary, que acató enseguida y fue a buscar algo para que su chico se tuviera en pie un rato más.

La fiesta estuvo perfecta. Los chicos se divirtieron de verdad. Ya eran las tres de la madrugada cuando la música dejó de sonar y Jessica pidió a sus amigos que se acomodaran en los sillones. Las muchachas se quedaron a dormir en el cuarto de huéspedes. Cuando amaneciera por completo se irían a casa, pues el señor Montgomery prefería que estuvieran a salvo y el castillo era muy grande, por lo que no había problema en alojar a unos chicos un poco embriagados.

A la mañana siguiente, se sirvió el desayuno en el comedor para que los muchachos comieran algo antes de volver a sus casas. Stella y el señor, desayunaron en su cuarto.

CAPITULO XXX

El comisario Baker no había avanzado mucho en sus investigaciones. Estaba esperando noticias de sus colegas australianos, para localizar a algún pariente de la mujer asesinada. Estuvo revisando las pertenencias de la víctima, que nadie había solicitado y el anillo de esmeraldas no figuraba entre ellas. ¡Lo único que faltaba!, ahora se encontraba extraviada una valiosa joya. El caso se le estaba yendo completamente de las manos.

Había hablado con la hermana del señor Montgomery y ésta le había entregado información de la vida de la difunta, pero no conocía directamente a nadie de la familia. Sabía que la mujer tenía un pariente lejano en Australia que tenía un rancho de aves de corral, que era su único familiar. Había estado casada algunos años antes con un francés. Ese era un dato importante, que le daba algún inicio a la investigación, pues obviamente su ex esposo tendría conocimiento de los hechos pasados de la vida de la señorita Cook. Lamentablemente Margot Stanfield no sabía el apellido del hombre, sólo lo había oído mencionar como Roger. Ahora estaba a la espera de que sus colegas australianos localizarán los documentos del enlace en los registros y al dar con el nombre del esposo, buscarlo para entrevistarse con él.

La otra mujer que había venido a identificarse como la artista, había desaparecido como por arte de magia. En el hotel en el que se hospedó, no dejó ninguna dirección. La prima de la señorita Dorothy Milford, que dijo vivir en Green River, que era un pueblo cercano a Hudson, no fue localizada allí. Baker envió a Roberts a buscarla y el oficial volvió con malas noticias. No había nadie con ese nombre en el pueblo. La señorita Milford sí había vivido en el lugar, pero hacía años que se había mudado a algún otro sitio, del que nadie supo dar noticias.

Había interrogado a las amigas de la señora Page, sin informarles que la señora Grant las había escuchado hablar del tema. Luego de amenazarlas prácticamente con la cárcel, recién pudo obtener de parte de ellas un poco de información. ¡Qué mujeres más testarudas!, no querían mancillar la memoria de su amiga. Finalmente le relataron la conversación que tuvieron el mismo día en que fue atacada. No

agregaron nada a lo que la esposa del doctor oyó, pero quedó claro que la conversación tuvo lugar en el centro del pueblo, en la plaza, en un día en que todo Hudson estuvo ahí. Cualquiera pudo escuchar a la señora Page declarar sus sospechas.

El señor Montgomery le había confirmado que en el castillo habían sufrido un robo. Un anillo y un reloj faltaban desde la caja fuerte de su habitación. Lo que era un indicio de que el castillo no era un sitio muy seguro, pues si no habían entrado aquella noche del asesinato del ama de llaves, lo habían hecho en otra ocasión, cuando nadie de la casa se percató del hecho. Peor aún, alguien que vivía en el castillo o lo frecuentaba tuvo oportunidad de abrir la caja fuerte y robar las joyas en cualquier momento, considerando que la clave estaba en el despacho del señor en una agenda vieja.

Tenía a sus mejores hombres dedicados al caso. Nadie de la casa Montgomery estaba a salvo de ser vigilado. Los criados, la familia, los empleados y los amigos cercanos eran observados de cerca.

Llamó al oficial Monroe, para ponerse al día de las actividades del castillo.

—¿Qué ha podido averiguar?
—No hay nadie que haya hecho movimientos sospechosos fuera de la casa. No han venido forasteros al pueblo. Los únicos criados que salen del castillo regularmente son Jackson y la criada que se llama... Doris — dijo revisando sus notas— que viene a hacer las compras de víveres.
—¿La familia que ha estado haciendo?
—El señor Montgomery y su esposa salen poco del castillo. La hija viene al pueblo a juntarse con la hija del juez y unos amigos. La señora Kay no sale de casa.
—¿Entonces nadie ha dado un paso en falso?
—Para nada. Y hemos estado atentos— aseguró el policía— El secretario sale a caminar por los alrededores del castillo, pero no ha hecho nada que sea digno de investigar— señaló dando certeza— la enfermera visita a una señora…Allen— volvió a mirar sus notas— que vive cerca de los Montgomery y va a otra casa de los alrededores en las tardes.
—Sí, me contaron que atiende algunas pacientes del doctor Grant que necesitan curaciones o inyecciones— dijo Baker, decepcionado— Sigan pendientes de los habitantes de la casa, por ahora. Le diré si cambiamos de estrategia.
—Entendido, señor— dijo el policía y salió del despacho de su

superior.

CAPITULO XXI

El domingo en la noche, el señor Rice fue invitado a cenar en el castillo. El señor Montgomery le pidió a su esposa que preparara algo especial para la ocasión. Estaban conversando en su cuarto, antes de bajar a desayunar.

—¿Qué le pasa a tu amigo? — preguntó Stella, para saciar su curiosidad.
—¿Por qué? — preguntó Elliot, haciéndose el desentendido.
—Hace días que no se aparece por aquí.
—Está en un momento de reflexión en su vida— dijo su esposo.
—¿Bromeas? ¿Tiene algún problema personal? — lo interrogó, ansiosa por saber qué tramaban ambos hombres.
—Te voy a contar algo, pero por favor, mantén el secreto.
—Estás picando mi curiosidad.
—Milton conversó conmigo hace unos días. Quiso hablar de Jessica.
—Ya.
—Dice que la admira. Que él cree que hay una atracción mutua y que el asunto se ha convertido en un problema para él.
—¿Por qué sentirse atraído por una chica linda, es un problema? Es casado — afirmó, asumiendo el hecho— ¡Lo sabía!
—No. No es casado. Es por el hecho de que somos amigos y se siente traicionando mi amistad.
—¿Qué piensas tú?
—Es mayor que Jessica— señaló, pidiendo a su mujer que no hablara, pues ella iba a rebatir ese punto— pero nosotros tuvimos el mismo inconveniente y lo nuestro no salió nada mal.
—Cierto— dijo ella besándolo dulcemente.
—Además es un hombre acostumbrado a moverse de un lado a otro. No ha estado nunca mucho tiempo en un mismo sitio. Me preocupa que no tengan los mismos planes para su vida.
—Pero es un buen hombre. ¿O no?
—Sí, creo que sí.
—Y si Jessica lo ama, podrán superar lo que sea.
—¿Tú crees que lo ama? ¿Cómo no me di cuenta de lo que estaba pasando?
—Por que las mujeres somos más discretas que los hombres y más astutas— aseguró ella, riendo— ¿Y qué va a hacer Rice?
—Yo no tengo inconveniente en que se quieran. Creo que es un buen hombre para mi hija, yo lo estimo bastante— dijo reflexionando en el

tema— Lo que le pedí, es que tome una decisión.
—¿Una decisión?
—Si. Le dije que pensara realmente que quería hacer con su vida. Si ama a Jessica, tendrá que comprometerse con ella. Si no está seguro, es mejor que no continúe con sus avances y termine todo de una vez, pues aún está a tiempo.
—¿Qué crees que pasará?
—No lo sé. Espero que Jessica no me odie si es que soy el causante de su decepción.
—Estás haciendo lo mejor para ella. Te apoyo, cariño— dijo tomando su mano para bajar a desayunar— Vamos a comer algo y que sea lo que Dios quiera.

Durante el día Stella y sus amigas hablaron por teléfono, para comentar todo lo que estaba sucediendo. En el castillo estaban todos nerviosos, pues a la inquietud de creer que había alguien infiltrado entre ellos, que podía ser un asesino, había que agregar que la policía estaba sobre todos los habitantes de la casa. No podían moverse sin sentir que alguien, como una sombra los acompañaba. El oficial Monroe, ya era parte del paisaje y no era raro verlo acomodado en la cocina, conversando con las criadas. La señora Montgomery ya vislumbraba que otra pareja se estaba formando, pues su doncella Lily parecía tener mucha confianza con el oficial. Ojalá que éste no estuviera usando sus encantos para obtener información de la chica solamente.

—No estoy tranquila en casa. Detrás de cada puerta me parece ver algún ladrón acechando— dijo Stella, sincerándose con Eleanor Grant.
—Pero con tanto policía cerca, no creo que alguien se atreva a intentar algo así.
—Espero que no— señaló mirando a su alrededor, pues le parecía sentir ruido a cada momento— Te juro que me parece que de un momento a otro alguien va a golpearme con algún objeto. He pensado quitar todo lo que tengamos de material pesado.
—Te vas a quedar sin decoración, querida— bromeó su amiga— Creo que es mejor que trates de tranquilizarte. Confía en la policía.
—Eso hago, pero no hay avances.
—El comisario Baker vino ayer a hablar con Richard— declaró la esposa del doctor— Y estuvieron encerrados en su despacho un buen rato.
—¿Habrá alguna novedad? ¿No te has enterado de nada? Tú sabes cómo obtener información de tu esposo— Afirmó Stella, sonriendo.
—Lo he intentado, pero está reticente— declaró Eleanor.
—Bueno, esperemos que pronto consigan algún dato acerca de la

señorita Cook y desde ahí puedan desenredar esta madeja.
—Yo creo que en la policía debería haber mujeres, querida. Hace falta intuición femenina.
—¿Qué te dice tu sexto sentido? — bromeó nuevamente Stella, pues siempre hablaban del tema en tono de burla, pero finalmente algo de razón tenía Eleanor con su sagacidad.
—Pienso que puede haber otra víctima. Espero equivocarme, pero si esto fuera una novela de misterio, nos encontraríamos con otra sorpresa prontamente.

CAPITULO XXXII

Aquella noche, en el castillo, hubo nuevamente una espléndida cena. Tal como había avisado Elliot, el señor Rice estaba invitado a acompañarlos. Además, Bridget les haría compañía, pues sus malestares habían mejorado bastante y se sentía mucho más animada. Ella lo atribuía al mejor clima en la región y a los cuidados de su enfermera, que la trataba con una devoción extrema.

—Es una buena mujer, la señorita Wilson— dijo Stella, que la ayudaba a bajar las escaleras.
—Es excelente. A veces un poco testaruda, pero es una mujer muy dedicada a sus pacientes— señaló la señora Kay, llegando al pie de la escalera por fin y encaminándose al salón, en donde Elliot y su amigo charlaban bebiendo un aperitivo.
—Creo que en el Hospital estuvieron muy acertados con recomendarla.
—Si, en efecto. Creo que estuvo antes en Cornualles y justamente estaba desocupada en este momento— señaló la señora.
—Fue una suerte. Antes en el pueblo teníamos sólo a la tía de la señora Anderson y no te la habría recomendado— declaró Stella.
—Estoy feliz con Alice. Es la mejor enfermera, es tan dedicada y no se mezcla con la servidumbre, siempre se ubica en su lugar. Eso es muy importante, pues sino terminan en medio de los chismorreos y pierden el tiempo.
—Es una persona muy solitaria. No comparte con los criados, tienes razón.
—Sí, es cierto. Pero ella se ha ganado mi estima en estas pocas semanas. Es muy profesional y no es chismosa.

Siguieron caminando hasta unirse con el resto de los presentes. Junto a Jessica, se encontraba Williams, que trataba de entretenerla con su conversación. La muchacha, sin embargo, se mostraba más inclinada a

mirar al señor Rice, que también la observaba desde su ubicación. La chica se había puesto un vestido estampado con flores de color violeta y su cabello lo había dejado suelto, sólo adornado con un prendedor.

Cuando todos ya estaban reunidos, Stella los invitó a pasar al comedor, que estaba decorado magníficamente. Ella tenía la idea que esa noche podía ser muy importante, pues Jessica sería la mujer más feliz si el señor Rice se hubiera decidido a cortejarla o sufrir una gran decepción, si éste no lo hacía, pero ella esperaba que su intuición en este caso no estuviera equivocada. La habitación estaba ornamentada con algunos candelabros venecianos, que Elliot había conseguido comprar a Walters por buen precio y en el centro de la mesa, habían dispuesto un arreglo con azucenas blancas, que le daba un aire primaveral al salón, pensando en que ya llegaría esa estación del año, que alegraba los ánimos. Algo que hacía falta en esa casa.

El famoso jarrón chino había llegado a la casa el día anterior y lucía como un trofeo en el despacho de Elliot. Los criados no querían acercarse a él y la pobre Doris era la que iba a sufrir, pues tendría que limpiarlo.

Se sirvieron un soufflé de tres quesos, que era una delicia para los paladares y una crema de espinacas. De plato fuerte unas codornices estofadas, que un amigo había enviado a Elliot, pues se las tenía prometidas hacía un tiempo y por fin se hicieron presentes. De postre un crumble de membrillos. La conversación estuvo animada. Se habló de viajes, de la temporada de teatros en Londres, de las novedades del pueblo y obviamente del avance de la investigación policial.

—No he hablado con Baker, al respecto. Creo que mañana voy a visitarlo, para saber si hay algo nuevo en curso— dijo el señor Montgomery, pues debía reconocer que el asunto picaba su curiosidad.
—Me encontré al ingresar al castillo con un par de hombres desconocidos— señaló Rice, que no conocía aún a todos en el pueblo.
—Deben ser oficiales de la policía. Baker prefiere que tengamos resguardo— dijo Stella, que ya estaba acostumbrada a tener hombres merodeando por la casa.
—Es incómodo salir al jardín y ver hombres observando todo lo que uno hace— dijo la señora Kay, con tono molesto— pero si hay algún ladrón que quiera regresar a desvalijar esta casa, es preferible estar protegidos.
—Voy a hablar con el comisario seriamente. Quizás es momento de llamar a una instancia superior para que se haga caso de la resolución de este crimen.

—Eso hablaría mal de nuestra policía, querido— dijo Bridget, que era muy apegada a las reglas— No creo que Baker quiera entregar el caso a extraños. Quedaría muy mal, frente a sus superiores.
—Pero si no ha obtenido resultado con sus pesquisas, creo que debe dar lugar a que alguien más se haga cargo— dijo Elliot, saboreando una codorniz— Se lo diré mañana. Claro que lo haré— amenazó, disfrutando de su copa de vino.

El café se sirvió en el salón, pero los caballeros prefirieron beber una copa de cognac, mientras fumaban en el salón pequeño. Mientras conversaban acerca de un viaje de uno de los cruceros que los Rice poseían, el mayordomo le aviso al señor que tenía una llamada de un amigo y Elliot, pidiendo excusas a su invitado, dejó el salón para encerrarse en su biblioteca. Rice al quedar solo fue a reunirse con el resto de la gente. En cuanto tuvo la oportunidad, le pidió a Jessica que hablaran en privado.

La muchacha le pidió que la siguiera hasta la salita que usaba Stella cuando deseaba estar a solas, para escribir cartas o leer los periódicos. Lo hizo entrar en la habitación y cerró la puerta, tras de sí. Se quedó mirándolo con atención, a la espera de que comenzara a hablar. Rice se veía nervioso, también se quedó en silencio unos segundos, hasta que se decidió a decir lo que tenía preparado.

—Jessica, estos últimos días he estado pensando mucho en nosotros— dijo afirmándose en el escritorio que dominaba esa habitación.
—¿Y qué ha pensado? — preguntó la muchacha, que nunca sabía que pensar, respecto de lo que él tenía en mente.
—Creo que hay algo especial entre nosotros. ¿Lo cree así?
—Por mi parte, debo reconocer que usted me parece un hombre muy interesante— dijo Jessica, tomando valor para hablar, pues estaba sintiendo que lo que se dijera esa noche sería definitivo y no cabía no ser sincera.
—Yo me siento muy atraído por usted. Me gusta su temperamento rebelde, pero a la vez encantador. Creo que es una mujer preciosa. Cualquier hombre estaría halagado de tener su atención.
—Pero…
—Hablé con su padre y fui sincero. No me pareció correcto estar manteniendo en secreto este acercamiento entre nosotros.
—¿Con papá? — exclamó sorprendida.
—Sí, platicamos hace unos días y me pidió que lo pensara bien. Hay cosas a favor de una relación entre nosotros, pero también hay cosas que se interponen.
—Pero no debió hablar con papá— dijo decidida— debió hablar

conmigo.
—Es complicado para mí. Su padre ha sido un gran amigo y le debo lealtad.
—¿Y lo que yo piense no importa? — preguntó ella, sintiendo que la trataban como una muñeca sin voluntad.
—Claro que me importa, pero le tuve que dar la razón a su padre, cuando me pidió que reflexionara al respecto.
—¿Y lo hizo?
—Sí, he meditado— respondió— Mi vida ha sido muy particular, nunca me he anclado a un sitio, tengo bastante más años que usted y ya estuve casado, aunque fuera un fracaso. No puedo asegurarle estabilidad.
—Yo no necesito eso— declaró la chica, dando un paso hacia él.
—Pero es lo que su padre desea para usted— aseguró sin moverse de su sitio.
—Entonces, ¿Se va a ir? — preguntó la chica decepcionada.
—La decisión que tome depende de lo que usted me responda.
—¿Y cuál es la pregunta?
—¿Estaría dispuesta a aventurarse en una relación conmigo?
—¿Qué tipo de relación? — preguntó ella, no entendiendo lo que proponía.

Rice avanzó unos pasos y se quedó pegado a ella. Luego respiró profundo y se atrevió a decirlo.

—Un matrimonio— respondió él, dejándola aturdida.
—¿Qué había dicho? — Pensó la chica —, ¿escuché mal?... ¿matrimonio?
—¿Cree que podamos embarcarnos en un matrimonio, a pesar de la diferencia de edad, de temperamentos, tal vez de sueños?— dijo él, dejándola asombrada.

La muchacha quedó sin habla. Luego de esperar una despedida, un rechazo o tal vez una situación de romance incierto, lo que él le pedía era que se casaran. Ella no podía creer lo que escuchaba. Lo había pensado, debía ser sincera. Había soñado que Milton Rice podía ser el hombre con el que pasara el resto de su vida, pero era una ilusión. Su corazón romántico lo veía como un príncipe para su vida de cuento, pero no pensó que pudiera ser realidad. Ahora estaba frente a ella y sacaba desde su bolsillo un pequeño estuche azul que abrió frente a sus ojos.

—Jessica Montgomery ¿Quieres casarte conmigo? — preguntó, sin arrodillarse como se acostumbra, pues no era parte de su

temperamento.

Ella lo miró sin hablar. Se quedó en silencio, unos segundos. Frente a sus ojos tenía una sortija de diamantes en forma de ovalo, con un brillo arrebatador. Tenía miedo, estaba aterrorizada de embarcarse con él en cualquier aventura. Estaba acostumbrada a una vida tranquila, segura y protegida por su padre. No sabía qué contestar.

—Sí, si quiero— respondió, con una voz apenas audible— Quiero casarme contigo— aseguró colocando su dedo anular para que Milton le colocara el anillo que tenía en su mano.

Luego de poner la joya en el dedo de la chica, Milton le tomó el mentón y suavemente comenzó a besarla. Ella aceptó ese beso, que se alargó por varios segundos y luego lo abrazó, acariciando su cabello y sintiendo el olor de su perfume.

—Creo que estoy enamorado como un adolescente, Jessica. No me hagas sufrir— pidió él acercándola mucho a su cuerpo.
—Milton, te voy a hacer el hombre más feliz del mundo— ofreció ella besándolo nuevamente.

Se quedaron otro momento en la salita, prodigándose caricias, encerrados, lejos del mundo. Unos minutos después volvieron al salón. La muchacha salió del cuarto, caminando despacio. Al ver a su madrastra, que la miraba expectante, sonrió y le mostró el anillo en su dedo. Stella quedó con la boca abierta y le sonrió con emoción. Elliot salía del despacho y al ver a su hija, junto a Rice, espero que alguien dijera algo. Su amigo le pidió con un gesto que hablaran en el despacho y ambos se encerraron por un buen rato.

Ambos hombres salieron del despacho y Elliot, abrazando a su amigo, pidió a todo el mundo que le diera su atención.

—Querida familia— dijo mirando en derredor a quienes estaban ahí, especialmente a su hija que se veía radiante— Me alegra y me emociona a la vez, darles una noticia muy feliz.
—¿Qué pasa, Elliot? — preguntó la señora Kay, que no entendía nada.
—Mi gran amigo Milton Rice, me ha comunicado que ha pedido a mi hija Jessica en matrimonio y que ella lo ha aceptado— agregó con lágrimas en los ojos, a punto de caer— Les deseo mucha felicidad— añadió, abrazando a su hija, que también tenía los ojos húmedos de emoción.
—Gracias, papá— dijo la muchacha, abrazando a su padre.

Todos los presentes se alegraron y se acercaron a felicitarlos. Spencer corrió a buscar champaña, para brindar. En pocos minutos llegó con copas servidas para que todos pudieran celebrar a la feliz pareja.

Desde esa noche, Milton Rice se hizo un asistente habitual a las cenas del castillo. Jessica se veía radiante de felicidad. Bridget pensaba que el hombre era el mejor partido que su sobrina pudo haber encontrado. Stella se alegraba por la muchacha, mientras tenía que lidiar con los sentimientos encontrados del padre, que por momentos estaba feliz y a ratos se llenaba de melancolía, por saber que su niña se iría lejos. No era probable que su amigo echara raíces todavía. Seguramente les esperaban muchos años de aventuras en uno u otro sitio.

CAPITULO XXXII

Una semana después, Jessica estaba acompañada de Hillary y su hermano, que habían ido a visitarla, para escuchar unos discos que Edmund había comprado y le habían llegado esa mañana. Ambos se quedaron a cenar aquella tarde, pues los hijos del juez gustaban de la buena mesa y en el castillo estaba la mejor.

La cena se sirvió un poco antes de las nueve, pues después se jugaría al bridge. La señora Kay tenía ganas de quedarse un rato con ellos. El doctor la visitó esa tarde y la encontró muy bien de sus malestares, por lo que la alentó a reunirse con la familia. La enfermera, bajó a dejarle una manta para que se cubriera las piernas, puesto que en el comedor había un poco de corriente de aire. Al acomodarle el chal, Bridget pasó a llevar su bastón de mango de resina y éste cayó al suelo. El señor Rice tuvo la amabilidad de agacharse a buscarlo bajo la mesa y devolvérselo a su dueña.

—Que amable es usted, señor Rice— dijo la mujer, que esperaba tener una relación amistosa con el muchacho, pues sabía lo adinerado que era.

La señorita Wilson luego se fue a la cocina. Debía colocar a hervir agua para una bolsa caliente, así la señora tendría la cama abrigada cuando se aprestara a dormir.

La sopa de setas de la señora Rogers, fue alabada por todos, a

excepción de Jessica y Bridget que prefirieron una ensalada de coles. Williams no cenó con ellos, pues se sentía indispuesto, por lo que el doctor se había quedado a cenar con la familia, gracias a la insistencia de Stella que no permitió que se fuera a casa. Ella misma llamó a Eleanor para que no se preocupara. El pato a la naranja, con guarnición de papas al horno y finas hierbas, fue seguido por una torta de merengue y frutos del bosque que nadie dejó de saborear. Luego de la cena, los caballeros bebieron whisky y las señoras pidieron un licor de manzanilla, pues la comida había sido muy contundente y necesitaban algo que les relajara el estómago.

—¿Qué tienes, Elliot? — preguntó Stella, al ver que su esposo hacía un gesto de molestia.
—Nada, querida. Es sólo que me cayó pesada la cena.
—El pato fue demasiado— pensó en voz alta. Es tarde y parece que fue mala idea.

El señor Rice, dejó su vaso sobre la chimenea y se sentó en una banqueta que había a un costado. Al parecer, se sentía mal también. Su novia se acercó a preguntarle qué tenía, pero el hombre no podía hablar.

CAPITULO XXXIII

En la casa del comisario Baker, su esposa lo reprendía por atender un llamado del sargento Roberts tan tarde. Seguramente serían malas noticias. Eran las diez de la noche, no era hora de molestar para una conversación trivial.

—Señor, llamaron del castillo Montgomery— dijo Roberts que le avisaba a su jefe que había sucedido algo en Willow Manor.
—¿Qué sucede? — preguntó alarmado— No me diga que hubo otra desgracia.
—Casi, señor. La familia está siendo atendida por el doctor Grant. Han comido algo que les provocó una intoxicación— señaló el oficial, que iba saliendo hacia el castillo en ese momento.
—Nos encontramos allá— ordenó el comisario, colgando el auricular y cogiendo su abrigo desde la percha del vestíbulo— Grace, voy a tener que salir, hubo un incidente en el castillo. No me esperes despierta.
—Nunca lo hago, mi vida— respondió ella, que estaba acostumbrada a los horrorosos horarios de su cónyuge.

Media hora más tarde, los oficiales se hacían presente en el castillo,

encontrando un drama mayor.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó, viendo a la doncella atendiendo a la señora Montgomery.
—Han tenido una intoxicación. Algo que comieron debió estar en mal estado— dijo Lily, dando a su señora un té calmante y ayudándola a ponerse de pie, para subir a su cuarto.
—Comisario— dijo Stella saludando al hombre— Que bueno que está aquí. Yo estoy bien, sólo tengo una leve molestia.
—¿Su esposo, como se encuentra?
—Tiene malestares. El doctor lo revisó y se lo llevó en la ambulancia, pero sólo como precaución. El señor Rice se veía bastante mal— dijo ella, obedeciendo a Lily que le pedía caminar.
—No la molestaré más. Vaya a su cuarto. Yo voy a ir al hospital ahora a ver cómo están los enfermos.

Stella subió por las escaleras despacio, acompañada de la chica, que estaba más nerviosa que su señora. Desde la parte alta de la escalera, la enfermera Wilson las observaba, para ver si podía ayudar en algo. Su paciente estaba durmiendo, pues al ver a todos enfermos en casa, le dio una taquicardia y hubo que sedarla.

—¿Alguien está muy mal? — preguntó Baker, hablando con su subalterno que se acercaba.
—El señor Montgomery y el señor Rice se fueron en la ambulancia al hospital. El doctor Grant se fue con ellos; cenaba con la familia. La señora, tiene molestias leves, la dejó a cargo de la criada, más que nada para que se acostara pronto. Estaban de visita los hijos del juez. Ambos se fueron a casa, los llevó el chofer. Sólo tienen incómodas molestias…si me comprende— dijo Roberts, mostrando escrúpulos al respecto.
—¿Y el resto de la familia?
—La señorita y la tía están bien. El secretario no cenó. La servidumbre comió un pastel de carne que había quedado del almuerzo y no tienen malestares.
—Necesito hablar con alguien que esté cuerdo, por favor— pidió Baker, mirando alrededor y no encontrando a nadie.
—Tal vez, el mayordomo pueda ayudarnos. La señorita está hecha un mar de lágrimas y la tía está en su cuarto durmiendo; le dieron un calmante— señaló Roberts, dando respuesta a todas las inquietudes de su superior.
—Que venga Spencer, entonces.

El anciano llegó con su paso lento. Se acercó al comisario y se puso a

su disposición.

—Cuénteme lo que pueda. ¿Qué sabe de los hechos?
—La familia cenó cerca de las nueve. Se sirvió una sopa de setas, pato a la orange con papas finas hierbas y un pastel de merengue.
—¿Todos comieron lo mismo? — preguntó tratando de entender qué había causado los malestares.
—No. La señorita y la señora Kay no bebieron la sopa. El resto, todos lo consumieron— aclaró Spencer, con seguridad.
—Y luego…
—Iban a jugar bridge. Se reunieron en el salón a beber y de pronto el señor se sintió mal. Yo había traído los tragos, cuando la señora fue a verlo, pues se quejaba. El señor Rice de pronto hizo los mismos gestos de malestar. Afortunadamente el doctor cenaba con la familia y llamó a la ambulancia desde aquí; llegó en seguida. El Hospital queda a pocas millas.
—¿Quedaron restos de la comida? — inquirió con la vaga esperanza de poder analizar lo que se había comido en la cena.
—Sí, señor. Le pedí a la señora Rogers que no lavaran los platos.
—Hizo bien, Spencer— celebró el comisario— Le agradezco su previsión.
—Es mi deber, señor.

El comisario se quedó esperando en el recibidor, para hablar con alguien más. Llamó a Roberts y ordenó que fuera a la cocina y recogiera muestras de los restos de la comida y de los tragos que habían bebido. La señorita Montgomery bajaba con su bolso y sus ojos reflejaban la angustia que estaba sufriendo.

—Señorita Montgomery. ¿Podemos hablar?
—Tengo que ir al hospital, señor. No podría ahora, estoy muy nerviosa — pidió con gesto suplicante.
—Venga. Yo voy al hospital ahora. La llevo si desea.
—Se lo agradezco, podemos hablar en el trayecto— ofreció ella, cubriéndose con un abrigo celeste de lana.

Se subió al vehículo del comisario y enrumbaron hacia el Hospital de la Caridad que estaba a un par de millas. En el camino, el comisario aprovecho de corroborar la declaración del mayordomo.

—¿Entonces usted no bebió la sopa? — inquirió el policía, para confirmar la información.
—No me gusta el sabor de las setas, nunca la bebo.
—¿Y su tía?

—Tiene una especie de alergia a los hongos y siempre le preparan algo especial, que es lo que comimos hoy; ensalada de col y pimientos— especificó la chica.
—¿Cuándo notaron que empezaron las molestias?
—Fue unos minutos después de cenar— declaró Jessica, tratando de recordar la escena— Mi padre fue el primero en sentirse mal, pero no parecía nada importante— agregó sollozando.
—¿Bebió la sopa?
—¿Cree que haya sido la sopa?, pero el resto también la bebió y ellos no se sienten tan mal. Sin embargo, el señor Rice se veía bastante grave— dijo la chica, sollozando.
—A veces pasa en estos casos, algunos tienen síntomas graves y otros leves. De todas formas, vamos a analizar todo lo que comieron. Esperemos no encontrarnos con sorpresas.
—¿Qué cree, comisario? Seguramente las setas estaban en mal estado. Las trajeron ayer desde el mercado— señaló la muchacha, respirando profundamente, como una forma de calmar su angustia.
—Voy a hablar con el doctor. Necesito saber su opinión al respecto— dijo Baker, sin querer aventurar ninguna respuesta.

CAPITULO XXXIV

Un par de días después, el comisario citó a la familia Montgomery a su despacho. Necesitaba comentar con ellos algunas ideas que tenía en mente y precisaba de su ayuda para llevarlas a cabo. Era esperable que no estuvieran muy dispuestos a colaborar, por lo que iba a tener que convencerlos.

El señor Montgomery y su esposa estaban bastante repuestos de la intoxicación alimentaria que habían sufrido. Jessica aún se veía muy preocupada por el estado de salud de su novio, aunque había tenido una leve mejoría en las últimas horas.

Entraron a la oficina del oficial, tomando asiento frente a su escritorio.

—Señor Montgomery, agradezco su presencia. Sé que su salud aún no está restablecida completamente.
—Estoy bien comisario, sólo preocupado por el señor Rice, que no se recupera con la prisa que quisiéramos.
—Lo lamento realmente. Ayer en la noche estuve en el Hospital de la Caridad y hablé con el doctor Evans. No me quiso dar un pronóstico exacto de la salud del señor Rice, pero están haciendo todo lo posible por lograr su recuperación.

—¿Por qué nos hizo venir? — preguntó Stella, que pensaba que hacerlos salir del castillo, en las condiciones en que se encontraban, tanto físicas como emocionales, no era de gran ayuda.
—Qué bueno que quiera ir al grano, en seguida, mi señora. Creo que es lo mejor— dijo poniéndose de pie y llamando a uno de sus hombres de confianza— No quiero a nadie cerca de esta puerta, hasta que yo lo ordene. Usted responde por cualquier falta a mis instrucciones, Monroe— dijo cerrando la puerta, previo a lo cual se aseguró de estar en privado.

Se sentó nuevamente y comenzó a hablar.

—He conversado del caso del crimen de la señorita Cook y todos los acontecimientos posteriores con mi superior en la ciudad. El caso es bastante complejo y aún no tenemos siquiera sospechosos reales sobre quienes dirigir nuestras investigaciones.
—¿Pero de todas formas sospecha de alguien, no es cierto? — preguntó Jessica, que tenía algunas dudas propias, pero no se atrevía a mencionarlas.
—Personalmente, tengo algunos sospechosos, pero no puedo revelar la información, pues son sólo ideas, algunos recelos. Creo que el asesino se descuidó y cometió un error, pero tenemos que confirmarlo.
—¿Entonces está sobre una pista? — dijo el señor Montgomery optimista.
—Digamos que estamos corroborando algunas versiones. Mis oficiales están siguiendo a algunas personas. No puedo revelar nada más— recalcó el policía.
—¿Y qué piensa su superior, Baker? — preguntó Montgomery, que ya estaba harto de la falta de resultados de la policía.
—Estamos de acuerdo, en que tenemos que cerrar el círculo sobre el culpable de todo esto.
—¿Se sabe algo de la impostora? — inquirió la señora Montgomery.
—Logramos ubicar a su esposo y aunque ya no estaban casados y se habían separado hace muchos años, él entregó información valiosa sobre la familia de la víctima— dijo el comisario, dejando sorprendidos a sus oyentes—. La señorita Cook, tenía un pariente en Australia que tenía un patrimonio nada despreciable y que ha fallecido hace un par de semanas. La mujer que usurpó la identidad de la artista asesinada, reclamó la herencia hace unos días.
—Entonces, ¿la atraparon? — exclamó Stella, esperando escuchar una buena noticia.
—No. La policía no alcanzó a llegar a tiempo, pero la están buscando y van a dar con ella muy pronto. Ya saben de quién se trata y hay una orden de búsqueda. Se sabe que no ha viajado fuera del país y están

vigilando los trenes y las carreteras.
—Pero ella no pudo matar a la señora Page— afirmó Jessica— Debió estar fuera del país.
—Efectivamente. Y tampoco pudo envenenar al señor Rice— aseguró el comisario, dejándolos atónitos.
—¿Envenenado? ¿Milton fue envenenado?, pero si todos…
—Señorita, el laboratorio revisó los restos de comida y se encontró que la sopa de setas tenía un fuerte laxante, nada más— señaló con algún escrúpulo— El señor Rice bebió ricina.
—¿Ricina? — exclamó Stella, no entendiendo nada.
—Se extrae del árbol del ricino, que creo tiene en su propiedad— manifestó el policía, mirando al señor Montgomery— Se saca del fruto. Es una planta con unas semillas rojas, en forma de bolas.
—Eso es higuerilla— dijo Stella— Había una en el parque, pero cuando íbamos a soltar a los perros guardianes, el jardinero la cortó, porque dijo que podría enfermarlos.
—Exactamente, tenía razón— dijo el comisario— alguien se proveyó de semillas antes de que la cortaran, al parecer.

Jessica no pronunciaba palabra. La palabra envenenado la había dejado en shock. Por eso, Milton no reaccionaba a los fármacos y no había mejoría. Los demás se sanaron muy pronto, porque no consumieron el tóxico. La chica se puso a llorar y Stella la consoló, abrazándola y pidiendo al comisario que las dejara partir.

—Lo siento, señora. Pero prefiero que se queden. Necesito que me respondan a una solicitud que quiero hacerles.
—¿De qué se trata, comisario? — dijo el señor.
—Queremos tender una trampa al asesino y para eso necesitamos que ustedes nos ayuden. Debemos ser discretos y actuar rápidamente— Miró a sus visitantes y espero que dijeran algo, pero nadie habló. Siguió con su propuesta— Debemos trasladar al señor Rice a la ciudad más cercana. No queremos que nadie esté al tanto de su estado. El doctor tiene esperanzas de una pronta mejoría, sobre todo pensando que ya lleva cuatro días en evaluación y su estado no ha empeorado.
—¿Y por qué trasladarlo? — exclamó Jessica, alarmada.
—Porque queremos que se crea que está más grave y que se teme por su vida— declaró el policía— De esa manera, sirve a nuestros fines.
—¿Qué trama comisario? — preguntó Stella.
—Luego del crimen de la señorita Cook, ha habido dos atentados. La señora Page, lamentablemente pereció en el ataque que se le efectuó. El señor Rice estuvo muy cerca de perder la vida. A Dios gracias, las circunstancias para él serán favorables, pero debemos seguir rezando por su restablecimiento.

—No entiendo sus conjeturas, señor— dijo Jessica, confundida.
—Las dos personas tienen algo en común— dijo Baker— la noche del crimen estaban en el jardín.
—¿Y el asesino teme que alguien lo haya visto y pueda hablar? — dijo Montgomery, empezando a comprender el razonamiento del oficial.
—Exacto. Hay una tercera persona que estuvo en el jardín esa noche y creemos que está en peligro— afirmó el comisario.
—Yo estuve en el jardín— afirmó Stella— pero no vi nada.
—¿Está segura?
—Yo estaba buscando a los perros, que se habían escapado.
—Trate de recordar. ¿No sintió un ruido? ¿una presencia cerca suyo?
—Sentí a mis espaldas que alguien caminaba hacia el nogal, pero al volver la cabeza no vi a nadie. Pensé que me lo había imaginado.
—Tal vez el asesino la vio volver la cabeza y crea que usted lo reconoció— aseguró Baker, generando preocupación en todos los presentes.
—Entonces mi esposa está en peligro. Debemos salir de aquí— ordenó Elliot— nos vamos ahora mismo a Londres.
—Yo no voy a dejar a Milton solo— dijo Jessica, decidida— Señor comisario, debe colocarle protección.
—Ya la tiene, señorita. Desde el primer minuto ha estado con un oficial para su resguardo.

Stella miró a su esposo y luego al comisario, que estaba expectante a su reacción. La señora Montgomery había comprendido lo que tramaba el comisario.

—¿Usted quiere que yo atraiga al asesino? ¿Quiere que deje que me ataque?
—La estaríamos protegiendo todo el tiempo, señora— aseguró Baker.
—No, de ninguna manera— exclamó Montgomery. No vas a arriesgar tu vida— ordenó a su esposa— ¡No esperará usarla como señuelo! — reclamó encarando al oficial.
—Pero si sirve para atrapar a un asesino, creo que deberíamos intentarlo— dijo ella con valentía.
—Señora, le estaríamos muy agradecidos si pudiera colaborar con nosotros. Minimizaríamos los riesgos, habría oficiales ocultos en la casa. Lamentablemente, creemos que se trata de alguien que convive con ustedes.
—Yo no estoy de acuerdo— dijo Elliot— pero si tú quieres hacerlo…
—Lo haré, comisario— dijo Stella, comprometiéndose con la autoridad.
—Perfecto— dijo Baker— vamos a revisar el plan. Lo primero que necesito es que Rice salga de ese Hospital. Tenemos que llevarlo lejos

y necesito que se divulgue la noticia de su extrema gravedad— luego miro a Jessica— señorita Montgomery, tenga fe. El señor Rice es fuerte y el doctor Evans ve un buen pronóstico.

Luego de estar preparando la maniobra un buen rato, los Montgomery volvieron al castillo. Nadie habló en el auto. Estaban preocupados y temían que cualquier palabra pudiera estropear los planes del comisario. Stella apretaba la mano de Elliot, para darle fuerza, pues él estaba muy asustado por exponerla al peligro.

CAPITULO XXXV

Los días que siguieron fueron tranquilos en el castillo. El martes siguiente al incidente de la intoxicación, la familia comía en silencio. Stella estaba pálida, Jessica no probaba bocado. La señora Kay las reprendió por no cuidarse.

—Ustedes dos están cada día más flacas— dijo Bridget, bebiendo su sopa de puerros.
—Porque no comen— dijo Elliot, mirando a su hija y a su esposa— Deben alimentarse. Por favor, Stella prueba la ensalada siquiera— pidió tomando su mano.
—Es que no me siento bien. Mi estómago quedó débil con las molestias de esa noche. Creo que lo que coma lo voy a devolver.
—Yo no tengo hambre, papá. Estoy preocupada. No he tenido noticias de Milton— dijo la chica, exagerando su inquietud.
—Yo también estoy preocupada por él— dijo Stella, bebiendo un poco de sopa, pero ésta se había enfriado— Spencer, por favor. Puede pedir que calienten la sopa.
—En seguida, señora— se apresuró a contestar el mayordomo, tomando la sopera y llevándola a la cocina.
—Williams, por favor. Luego de almorzar, necesito que llamemos al comisario. Al parecer ya tienen novedades del caso y quiero estar al tanto.
—¿Ya encontraron a la mujer? — preguntó el secretario intrigado.
—Creo que si— dijo Elliot mintiendo, pues aún no se había logrado localizar a la mujer.
—Si la encuentran, la harán hablar y encontrarán a su cómplice— dijo Stella, dando énfasis al hecho— Estoy preocupada.
—Pero querida, no sabemos nada al respecto. No tenemos que preocuparnos, ¿O tú tienes alguna sospecha? — preguntó su esposo, asombrando a Bridget.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún sospechoso? — exclamó la señora curiosa— ¿Qué sabes, Stella?
—No sé nada. Yo no he escuchado ni visto nada— declaró mostrándose nerviosa— es sólo que tengo miedo.
—No debes preocuparte. El comisario se llevó a su gente. Me imagino que eso demuestra que ya no seguirán observando el castillo— dijo Montgomery recalcando el hecho— El comisario sigue sus pistas en otro sitio.

Spencer regresó con la sopera y volvió a servir sopa a Stella que trató de beber un poco de líquido caliente, para reponer su ánimo. Elliot terminó de comer y se levantó de la mesa, junto a Williams, que lo seguía muy de cerca. Al salir del cuarto, el joven se quedó mirando a Jessica, que estaba compungida. Desde esa noche en que Rice se sintió enfermo, ella no cambiaba su gesto de tristeza y preocupación.

El muchacho aún no perdía la esperanza de que la chica cambiara de opinión y desistiera de ese matrimonio tan impropio. Rice era mucho mayor que ella y era un hombre tan distinto a lo que necesitaba. Era probable que Rice no se recuperara de su estado, según había escuchado. El iba a estar cerca de la muchacha, para prestar su hombro amigo y consolarla. Eso podía ser un primer paso al acercamiento que estaba buscando.

A través de unos conocidos en el centro de salud, se había enterado que a Rice lo habían trasladado desde el hospital del pueblo, pues no tenían las condiciones para atenderlo, debido a su gravedad. El hombre estaba agonizando y se esperaba lo peor. Tenía un amigo en la sala de urgencia y le había comentado que esa noche del incidente, Rice estuvo muy grave. Nadie lo sabía, pero los médicos hablaban de envenenamiento con una sustancia muy tóxica.

Jessica salió del comedor y se fue a su cuarto. Acostumbraba rezar cada tarde, pidiendo a Dios por el restablecimiento de la salud de su novio y al día siguiente esperaba que su padre la acompañara a verlo al Hospital de Gray River, en donde habían trasladado al enfermo.

Stella y Bridget se quedaron en el comedor otro momento. La señora quería saber las últimas novedades. Estando encerrada en casa, no se enteraba de nada. No tenía amigas, salvo algunas conocidas en el pueblo, pero no se visitaban, ya que eran de avanzada edad. Tendría que ir ella a sus residencias y la señora Kay no gustaba de hacer visitas.

—Stella, ¿Qué está pasando? — preguntó bajando la voz— ¿Por qué estás tan asustada?
—Me preocupa que nos ocurra algo, Bridget— dijo con voz afectada— Ya han muerto dos personas en esta casa y la noche fatal temí por otra desgracia. Mis nervios están muy delicados.
—Pero, ¿Qué te atormenta?
—No lo sé— dijo mirando al vacío— Creo que vi algo aquella noche, tal vez pueda ser importante— agregó, sin mirar a Bridget que la escuchaba con la boca abierta.

De pronto, alguien habló a sus espaldas y la señora Kay dio un grito de asombro.

—Señoras— dijo el doctor Grant que llegaba— Lo siento si las asuste.
—Doctor, me dejó pegada en el techo— bromeó Bridget, ya más calmada.
—Vine a dejar esta medicina que el farmacéutico me consiguió— dijo sacando de su maletín un frasco de vidrio oscuro que tenía unos polvos en su interior.

La enfermera Wilson llegaba desde la cocina y saludó al doctor recibiendo la medicina que él traía.

—Alice, no sabía que estaba por aquí— dijo Bridget, poniéndose de pie— Creo que prefiero ir a reposar a mi cuarto.
—Yo la ayudo, afírmese en mi brazo— pidió la enfermera, despidiéndose con un gesto del doctor.
—Gracias, doctor Grant. Es muy amable- dijo la señora Kay— ¿Son los polvos para el ungüento?
—Si, efectivamente. La enfermera sabe cómo hay que prepararlo. Debe usarlo en las mañanas.

La señora Kay y su enfermera se retiraron. Stella le pidió al doctor que la acompañara. Le ofreció un café que Spencer fue a traer desde la cocina.

—¿Cómo están por aquí? — preguntó Grant, tomando asiento junto a ella. Dejando a un lado la taza que Bridget había usado.
—No le voy a mentir. Estamos preocupados por Rice— dijo ella, exagerando el estado del enfermo— No nos quieren dar ningún pronóstico. Jessica está destrozada.
—Lo lamento. Quise averiguar de su estado, pero en el Hospital de Gray River son muy estrictos. No me han dado información.
—Agradezco su preocupación, doctor.

—Eleanor vendrá esta tarde a visitarla.
—Si, la estoy esperando. Me hace falta distracción. Será bueno cotillear un rato.
—Mi esposa es la mejor para eso— bromeó Grant, que sabía que Eleanor se hacía siempre de las últimas noticias. Tenía una red entre las criadas y los repartidores de los víveres que visitaban las casas del pueblo— aunque ahora el carnicero ha traído a un jovencito para los mandados y parece que no es tan comunicativo.
—Eleanor lo va a hacer hablar— dijo Stella sonriendo— ella logra averiguar cualquier cosa que se propone.
—Tiene razón. Debo tener mucho cuidado de guardar mis secretos profesionales. Espero no hablar dormido— dijo bromeando otra vez, pero luego se alarmó de que pudiera ser verdad.

Al día siguiente, Jessica y su padre acudieron al hospital del pueblo vecino para tener noticias de Rice. El facultativo que lo atendía tenía prohibida las visitas para el paciente y a pesar de los esfuerzos que hizo el caballero, destacando su rango y su cercanía con el enfermo, no logró que el doctor permitiera que pudieran verlo.

Jessica estaba realmente destrozada. Cuando su relación recién comenzaba, estaba pasando por una dolorosa prueba. La familia del señor Rice, constaba de su madre, que ya era bastante anciana y una hermana que vivía fuera del país, junto a su esposo y dos bebés gemelos. Los habían llamado y esperaban que el cuñado llegara de un momento a otro a informarse personalmente del estado de salud de Milton. Por ahora, ellos eran su familia y aun cuando el comisario le dio tranquilidad de la evolución de su novio, ella necesitaba hablar con él para tranquilizarse.

Debieron regresar a casa, sin poder verlo, aunque luego de mucha insistencia lograron que el doctor, en forma confidencial les asegurara que estaba evolucionando favorablemente. El veneno había sido suministrado en algún alimento o trago. Al parecer, no había consumido la totalidad, lo que beneficiaba mucho a la recuperación. Era un tóxico muy peligroso, pero el señor Rice era un hombre fuerte y había padecido enfermedades tropicales en su juventud. Ya estaba acostumbrado a esos trances y su cuerpo había superado esa dura prueba. Había que esperar que recuperara sus fuerzas. En un par de semanas, el paciente podría retornar a su hogar, si todo marchaba según lo esperado.

La muchacha recuperó el alma, que ya estaba apenas en su cuerpo.

Ahora venía otra prueba, que su alegría por saber que Milton estaba recuperándose no fuera manifiesta, pues la policía necesitaba que ella jugara el papel de mujer sin esperanza. La chica estaba al tanto de la trampa que se estaba preparando. Stella poco a poco daba señales de estar cada vez más asustada y cuando ya se corriera la voz de que ella sabía algo de lo que sucedió la noche fatal, el comisario esperaba que el asesino actuara sintiéndose inseguro y pudieran atraparlo in fraganti.

CAPITULO XXXVI

El día sábado siguiente, la familia almorzó en casa y luego Elliot y Jessica salieron en dirección al pueblo, Bridget se fue a reposar a su cuarto y el resto de la gente continuó con sus labores habituales. Stella esperó que la casa estuviera en silencio y se acercó al teléfono del salón para llamar a alguien. Dejó abiertas todas las puertas, con la esperanza de que el asesino estuviera cerca y escuchara lo que tenía que decir. Marcó un número que buscó en una pequeña libreta y comenzó a hablar con alguien sin nombrarlo.

—Gracias a Dios que estás en casa— dijo hablando despacio, simulando que no quería ser oída.
—…….
—No, no hay nadie cerca. No te preocupes. Nadie nos puede oír.
—…….
—Sí, lo sé. Pero tengo miedo. Desde esa noche, siento temor. Cada día estoy más segura de lo que vi. Creo que voy a hablar con la policía.
—…….
—No se lo he dicho a nadie. Elliot se va a preocupar y las cosas no están para que sufra más presión.
—…….
—Tienes razón, voy a ir en persona a hablar con Baker. Mañana mismo lo haré.
—…….
—Gracias por escucharme, querido. No, no te diré de quien se trata. Prefiero hablar con el comisario y ver qué opina. Puedo estar equivocada, pero aunque estaba oscuro alcancé a ver algo. Eso puede ser una pista, para que la justicia actúe.
—…….
—Sí, me voy a cuidar. No te preocupes, mañana me liberaré de esta carga. Eres un gran amigo. Espero que vengas a visitarnos pronto. Elliot se acuerda mucho de ti.
—……

—Tú también. Nos vemos…y gracias por tu consejo.

Luego colgó el auricular y respiró profundo. Su dedo estuvo en todo momento bloqueando el interruptor. No había hablado con nadie, todo era parte de la trampa que estaban preparando con la policía. Se el asesino iba a actuar, debía ser esa noche.

CAPITULO XXXVII

En casa del doctor Grant, Eleanor conversaba con su amiga Olive, que la había ido a visitar, después de varios días sin verse. El párroco había estado con una fuerte gripe y su esposa estuvo de enfermera de cabecera por varios días.

—Gracias a Dios que mañana podrá predicar su sermón. Jacob no podía aguantar más días en la cama…y yo tampoco— dijo con cara de aburrida.
—Se ponen como niños cuando se enferman— dijo la señora Grant que tenía un gran doctor en casa, pero un pésimo paciente cuando lo atacaban las enfermedades.
—No podía dejarlo solo— reclamó Oliva— quería que estuviera a su lado en todo momento. No quería comer, pues decía que le dolía hasta el pelo.
—Qué bueno que ya está mejor— señaló la dueña de casa, sirviendo un té a su amiga.
—Sí, menos mal que ya está en actividad nuevamente— manifestó la señora Murphy tomando el aroma del líquido caliente— ¿Qué has sabido de Stella?
—Nada. La vi el martes, pues la visité en el castillo y la encontré muy desmejorada.
—¿Está enferma? Puede ser esa gripe que atacó a Jacob. Se sentía realmente mal.
—No creo que fuera gripe. La vi preocupada y un poco nerviosa. Yo creo que algo grave pasa en el castillo.
—Pienso que está impresionada con los crímenes. Cualquiera no soporta bien la idea de estar en medio de tanta desgracia.
—Sí, creo que eso es lo que la tiene afectada. Y además el señor Rice, está grave aún y Jessica llora como una Magdalena. Mira que justo cuando se habían comprometido pasa esto.
—Que lamentable— dijo Olive— Me sorprendió ese compromiso, no estaba en mis registros— agregó después bromeando.
—Y eso es mucho decir, pues tú eres la guía espiritual de las parejas de este pueblo.

—Exactamente. Yo tengo que velar porque las muchachas tomen buenas decisiones— aseguró, pensando en todas las parejas que había ayudado a formar familia.
—Creo que fue una buena decisión. El señor Rice es un hombre hecho y derecho. Un poco mayor que ella, pero es muy atractivo y se ve muy energético.
—Ojalá que esa energía le ayude a salir de este trance, aunque no sé…
—¿Qué?
—Llamaron a Murphy para que vaya a verlo. ¿Será que ha empeorado su estado?

Las interrumpió un ruido en el recibidor. Alguien llegaba desde la calle. Un momento después el doctor Grant asomaba su cabeza bajo el dintel de la puerta.

—Querida, vengo llegando, pero voy a salir de nuevo.
—Richard no viniste a almorzar y tampoco vas a cenar— lo regañó Eleanor.
—Para nada. Voy a Willow Manor a ver a Bridget que está con una gripe feroz. Regresaré en cuanto me desocupe.
—Pero si vienes de allá— reparó su esposa, sin entender— Te entendí cuando saliste en la mañana que pasarías a ver a Bridget.
—Sí, lo hice— señaló confirmando lo que decía su esposa— pero se me quedaron unos polvos que el farmacéutico me preparó y prefiero ir a dejarlos ahora mismo, pues mañana tengo que visitar a los pacientes de fuera de la ciudad.
—Pero no te demores— pidió Eleanor, que detestaba cenar sola.
—No tardaré mucho. Espérame para comer.
—Está bien, pero no me dejes con la mesa servida.
—Jamás, cariño— dijo tomando su abrigo de la percha y volviendo a salir.

CAPITULO XXXVIII

En la cocina, las criadas comentaban los acontecimientos de la casa. La señora Rogers aprovechaba de guardar las ollas que utilizó para el almuerzo y las chicas secaban la vajilla que se había usado esa tarde. La familia no cenaría, por lo que la actividad en la casa bajaría llegando la tarde. Afortunadamente no habían tenido visitas en la última semana, luego de lo que pasó.

—Esta casa está tan triste— dijo Lily, lamentando todo lo que habían vivido en las últimas semanas— la señorita parece un alma en pena.

—No es para menos, muchacha— señaló la cocinera— Si estaban recién comenzando a planear el futuro y ahora parece que el pobre hombre no se recuperará.
—¿Usted cree, señora Rogers? — pregunto Daisy alarmada— Un caballero tan guapo.
—Así he escuchado— manifestó la señora, secándose las manos en su delantal.

En ese momento el mayordomo entraba en la cocina, acompañado de Williams que traía una bandeja con copas.

—Gracias por su ayuda— dijo el anciano— déjelas por ahí— añadió señalando un mesón al fondo de la cocina.
—¿Y eso? — dijeron las chicas a coro.
—Voy a aprovechar de limpiar los cristales que estaban en la vitrina del comedor. Están manchados.
—Usted siempre tan activo. No descansa, señor Spencer— dijo Lily, asombrada, pues ella siempre trataba de escapar del trabajo.
—Así mantengo mi mente ocupada también— declaró el mayordomo.
—Es verdad— dijo Williams que tenía que volver a su trabajo, pero se quedó esperando parado en la puerta, por si le ofrecían un café— Hace frío— agregó para ver si alguna de las muchachas entendía la indirecta.
—Señor Williams, parece que quiere un café— dijo la cocinera, tomando una cafetera que hervía a un costado del fogón.
—Si usted fuera tan amable, no me negaría— dijo el joven sonriendo — ¿La señora está en su cuarto? — preguntó con curiosidad para hacer conversación.
—La pobrecita no tuvo valor para salir. Yo creo que está enferma— afirmó Lily, que estimaba a su señora— Las calamidades que han sucedido la tienen con los nervios de punta— agregó la doncella— hace un momento fui a su cuarto, cuando golpeé y abrí la puerta soltó un grito que me asustó a mí.
—Está muy nerviosa, parece— señaló el secretario— ¿Qué la tendrá así?
—No lo sé, pero desde que envenenaron al señor Rice, ella está en ese estado— opinó Daisy.
—¿Quién te dijo que lo envenenaron? — la reprendió la señora Rogers.
—Lo escuché por ahí— dijo la chiquilla.
—Tal vez teme otra desgracia— dijo la cocinera persignándose para alejar las malas vibras— Voy a rezar por que vuelva la alegría a esta casa— agregó saliendo hacia su cuarto.

El mayordomo se quedó en la cocina ordenando las copas que iba a limpiar, la sirvienta se ofreció a ayudarle. La doncella subió al cuarto de su señora a ver si necesitaba algo más. Williams regresó a la biblioteca para terminar el trabajo pendiente.

CAPITULO XXXIX

Esa tarde, Stella durmió una siesta en su cuarto, pues estaba cansada. La tensión nerviosa la tenía sumida en la depresión. Estaba preocupada y debía reconocer que también asustada. Se preparó todo como el comisario había solicitado. Ella se quedaría sola esa noche en casa a la espera de los acontecimientos que pudieran venir. Elliot informó a todos que cenaría en casa del juez Finch y Jessica lo acompañó para distraerse un poco de sus inquietudes, su esposa se quedaría en casa y cenaría en su cuarto.

Finalmente, a las ocho de la noche ellos salieron. La doncella le llevó a su señora una sopa de verduras y una pechuga de pollo grillada con una tortilla de zanahoria, pero la señora Montgomery no quiso cenar. Pidió que no la molestaran, se dormiría temprano. Solamente se bebería una leche caliente y pidió que se la prepararan.

Lily llegó unos minutos después con un vaso de leche y agregó unas galletas, por si la señora cambiaba de opinión y finalmente si quería comer.
Golpeó la puerta, pero la señora no contestaba. Abrió de todas formas, pues con todo lo que había sucedido en el castillo en las últimas semanas, cualquier cosa podía pasar.

La señora Montgomery se había metido dentro de su cama y se aprestaba a dormir.

—Señora Stella— susurró la muchacha para comprobar si estaba despierta aún.
—Dime Lily— respondió ella con desgano.
—Le voy a dejar su leche caliente en la mesa de noche. Por favor, tómesela antes de que se enfríe. Agregué unas galletas de avena que la señora Rogers le envió.
—Déjalas ahí— pidió, señalando el mueble en el que estaba encendida la lámpara con una tenue luz— Me tomé una píldora para dormir, porque estas noches me ha costado tomar sueño.
—La dejo entonces, señora— dijo la chica, acomodando la ropa de la señora y saliendo del cuarto— que duerma bien— dijo mientras

cerraba la puerta.

Stella se quedó expectante. Era capaz de sentir hasta el más mínimo sonido de la casa. Los pasos de Lily caminaron por el pasillo y llegaron hasta la escalera. Alguien le habló, pero no pudo reconocer la voz. La chica cruzó un par de frases con la persona que le dirigió la palabra, para luego seguir su camino y bajar por los escalones en dirección a la cocina.

Los criados se estaban preparando para irse a sus cuartos. Los señores de la casa no iban a cenar. El señor Montgomery y su hija volverían tarde. El siempre andaba con su llave, por lo que si llegaban después de las nueve, que era la hora en que Spencer cerraba todas las puertas, podrían entrar de todas maneras, sin necesidad de anunciarse.

Todos sabían que la señora Stella estaba en su cuarto y que había tomado algo para dormir, por lo que nadie volvió a subir al segundo piso para no molestarla.

En la habitación de Bridget, el doctor Grant conversaba con su paciente, mientras la enfermera guardaba algunos materiales que el doctor había usado.

—Esta irritación de la piel ha sido muy rebelde, señora Kay— dijo el doctor.
—Es bastante molesta, le diré.
—Yo le he colocado el ungüento que usted le trajo, pero no veo que haya mejoría— dijo la señorita Wilson.
—Esta que preparó el farmacéutico va a mejorarla. Estoy seguro. Tiene aceite de ricino.
—La vez pasada dijo lo mismo, señor Grant— declaró Bridget, en tono de broma.
—Es que la anterior era solamente descongestionante, pero con esta va a cicatrizar mejor.
—Dios le oiga, doctor— pidió Bridget, que ya estaba aburrida de tener la piel de su pierna escamosa y rojiza.
—Ahora, me tengo que ir, sino Eleanor me va a reclamar.
—Vaya doctor— dijo la enfermera— Yo termino de enrollar el vendaje.
—Recuerde que no debe quedar muy apretado— la previno el doctor, guardando sus cosas en el maletín que traía— Hasta pronto Bridget, cuídese.
—Gracias. Saludos a su esposa— dijo la señora y se entregó a los cuidados de su asistente.

La enfermera puso el vendaje de acuerdo a las instrucciones del doctor Grant y luego bajó a la cocina a lavar los utensilios que habían utilizado en la curación. Se encontró en la escalera con la doncella que bajaba al mismo tiempo y ésta se ofreció a lavar los trastos, así que la señorita Wilson se dirigió a su habitación a preparar su cama para acostarse en cuanto la señora Kay comiera algo liviano y se dispusiera a dormir.

En la habitación en que comían los criados, Spencer conversaba con la cocinera que había preparado unas empanadas de verduras y una sopa de calabacín, que estaba dispuesta para la familia, pero a última hora le avisaron que no las iban a consumir. Ella guardó algo de sopa para el almuerzo del día siguiente y dispuso una porción para comerla con el mayordomo que era su gran amigo.

—¿En qué piensa Spencer? — preguntó ella notando al caballero preocupado— Lo he notado muy reflexivo estos últimos días.
—Me tiene inquieto todo lo que ha sucedido en la casa, Ellen.
—A mí me tiene asustada. Temo que en cualquier momento entre un ladrón a la casa y nos apunte con un rifle— dijo ella, mirando a todos lados.
—No sea pájaro de mal agüero, señora Rogers— pidió el anciano, haciendo un gesto con sus manos, moviéndolas por el aire, como alejando los malos pensamientos.
—La señora Stella está muy rara— afirmó la señora— nunca la había visto así, tan nerviosa.
—Es que el estado del señor Rice los tiene a todos asustados. Dicen que el hombre no se va a salvar— declaró Spencer, con gesto pesaroso — Que lamentable un hombre tan joven y agradable.
—¿Es agradable? Yo no he tenido el gusto de hablar con él.
—Es un caballero, se nota la buena educación y cuando conversaba en la mesa, contaba unas historias muy graciosas, de los lugares más increíbles. Estuvo en el trópico, en Egipto, en Australia.
—Pero no hable en pasado. El señor Rice, se tiene que salvar. Vamos a rogar por su pronta mejoría— dijo la señora persignándose.

Fuera de la cocina, Williams escuchaba la conversación de los criados. Lo que oía reafirmaba lo que sus conocidos en el pueblo le habían comentado. Milton Rice no la iba a contar. Era cosa de días que llegara la noticia de su deceso y él estaba esperando ese momento. Jessica Montgomery iba a pasar un duro momento, pero sería algo superable. Estaba dispuesto a consolarla y a esperarla el tiempo que

fuera necesario para ofrecerle su corazón. El secretario aún no perdía las esperanzas de hacer un matrimonio ventajoso con la hermosa muchacha.

Se devolvió por el camino por donde había venido. La casa estaba muy callada. El señor y su hija volverían tarde. La señora Stella estaba sola en su cuarto, seguramente ya dormía.

CAPITULO XL

Stella estaba cansada y a pesar de que estaba alerta, sus ojos se cerraban por momentos. No era cierto que había tomado algo para dormir, pero la tensión la tenía agotada. Estaba siendo usada como señuelo y la ansiedad le tenía los nervios de punta. Trataba de recordar aquella noche en el jardín. Su inconsciente podía haber detectado algo. Su mente consciente pudo no verlo, pero al mirar hacia un costado con rapidez, alcanzó a vislumbrar una imagen, una persona que caminaba de izquierda a derecha, ocultándose entre los árboles. Luego encontró a Ginger y la tomó en sus brazos para devolverla a la cocina, desde donde había escapado. Regresó en plena oscuridad, pues a esa zona de la casa no llegaba la luz de los faroles.

Alguien apareció entre las ramas del nogal, lo percibió con el rabillo del ojo. Vio unos pies que asomaban entre el césped del jardín. Estaba tratando de recordar y mantenía cerrados sus ojos, para lograr mayor concentración. De pronto sintió que alguien caminaba en el pasillo fuera de su cuarto. Los pasos se acercaban lentamente. Se detuvieron al llegar a su puerta. Alguien estaba fuera de su dormitorio. No podía ser Lily, pues ya le había pedido que la dejara dormir y la muchacha era muy obediente.

Sabía que no estaba sola. En algún lugar de la casa había gente de la policía para protegerla, pues si el asesino la atacaba ella no sería capaz de defenderse. Comenzó a rezar, su corazón latía a mil por hora. Se cubrió con la sábana hasta el cuello y dejó su cabeza al descubierto. El presunto atacante hacía girar la cerradura hasta que se sintió un chasquido, que anunciaba que alguien la estaba manipulando para entrar y lo había logrado. La puerta se abrió poco a poco, el invasor trataba de no meter ruido, pues aunque tenía la seguridad de que ella se mantenía sedada, alguien de la casa podía oír algún sonido y aparecer de pronto, provocando que sus planes se estropearan y el ataque debía ser imperativamente esa noche. Stella iría a la policía al día siguiente y no había otra ocasión para evitar que ella hablara.

La luz del pasillo iluminó la habitación mientras la puerta seguía abierta. La persona que intentaba entrar en el cuarto ya lo había logrado y cerraba la puerta a su espalda. La habitación estaba a oscuras, solamente la iluminaba un haz de luz que entraba por la ventana, cuya cortina de velo estaba un poco corrida, dejando que un rayo de luna ingresara suavemente dejando una estela mínima que iluminaba una esquina de la almohada.

El agresor se acercó a la cama, dio un par de cortos pasos. Traía algo en su mano. Stella estaba asustada. No podía abrir los ojos, pues el atacante se daría cuenta que no dormía. La respiración comenzó a acelerársele. Cuando esperaba un golpe o algo violento, sintió que le tocaban el brazo y aprovechando que el presunto asesino estaba pendiente del sitio en el que iba a clavar una aguja, entreabrió un poco los ojos y logró ver de quién se trataba.

La impresión la dejó congelada. Quería gritar, pero el pánico no dejaba que articulara palabra. Estaba tan aterrorizada que no se percató de que alguien más entraba en el cuarto tras de la persona que la estaba tratando de inyectar con algún tóxico o veneno que quizás provocaría su muerte.

Cuando la mano se acercaba peligrosamente a su piel, una mano más poderosa se adelantó y le quitó la jeringa a la mujer que se inclinaba sobre su víctima. Lo único que sintió fue un grito ahogado de su atacante, que forcejeaba con el oficial Sullivan que estaba de guardia en la casa y que tenía como principal misión proteger a la señora Montgomery de cualquier amenaza.

—Déjeme— dijo la mujer que se defendía como un animal de los brazos del policía que trataba de reducirla.

De pronto alguien entró al cuarto y quedando tan atónito como Stella que miraba boquiabierta lo que sucedía frente a sus ojos, encendió la luz para averiguar qué era lo que estaba pasando. El secretario trató de quitarle al hombre de encima a la enfermera, que se retorcía en el suelo intentando zafarse de su captor.

Entonces Stella lo previno para que no estropeara lo que habían logrado conseguir con la trampa que había dado resultado.

—Williams, no intervenga— ordenó Stella saltando de la cama de una vez— es el oficial Sullivan que acaba de atrapar a la asesina que nos

ha causado tanto daño.

Ralph Williams recién se daba cuenta de lo sucedido. La mujer tenía en su mano una jeringa y el policía trataba de evitar que lo inyectara con ella.

—Ayúdele, por favor— gritaba Stella— esta mujer parece un animal salvaje.

El joven agarró a la mujer desde atrás y atrapó su cuello entre sus manos, con eso consiguió que soltara la jeringa, pero seguía intentando atacarlos. Parecía un energúmeno, sus fuerzas eran descomunales. Entre los dos hombres apenas lograron contenerla.

Cuando por fin la tuvieron controlada, el oficial sacó sus esposas desde el bolsillo y se las colocó a la señorita Williams en ambas muñecas, dejándola imposibilitada de mover sus manos. Luego la tomó de uno de sus brazos y la arrastró fuera del cuarto. Le pidió a Williams que recuperara la jeringa que había caído a un costado de la cama.

Al pie de la escalera, los criados miraban horrorizados la escena que se les estaba exhibiendo. La enfermera llevaba el pelo desgreñado, su aspecto parecía el de una loca.

Williams sacó su pañuelo y tomó la jeringuilla con cuidado. La levantó y la dejó en la mesita de noche. Luego se acercó a la señora Montgomery y la abrazó, provocando que ella estallara en llanto. La experiencia fue traumática.

—Esa mujer es una enferma. Trató de matarme— exclamó entre sollozos.
—Tranquila, señora Stella. Ya todo terminó, la policía ya la tiene en su poder.
—No puedo creerlo. ¿Por qué?
—Hay que esperar que la policía la interrogue— dijo el joven— pero ahora usted debe descansar. Voy a pedirle a Lily que venga.
—Gracias— dijo Stella sentándose en la cama, pues sus pies no la sostenían.

Williams volvió a tomar la jeringa y bajó con ella, para entregársela a la policía. El comisario subía la escalera en ese momento. El señor Montgomery venía tras él.

—¿Cómo está Stella? — preguntó al ver que el muchacho salía del cuarto.
—Está muy nerviosa, pero está bien, señor— lo calmó el joven— voy a pedir que le traigan algún calmante.
—Gracias, Williams.
—Deme esa jeringa— ordenó Baker— es una prueba más para inculpar a esa mujer.
—¿Usted sabía que era ella? — preguntó Montgomery.
—Teníamos serias sospechas, pero no podíamos develarlo. El oficial Sullivan estaba al tanto, claro está— señaló para que el señor no pensara que la policía estaba a ciegas en el caso— Siempre estuvo tras su pista— agregó.

CAPITULO XLI

En el castillo, luego de una semana de acontecidos los hechos que tuvieron a Stella a un tris de la muerte, ella y sus invitadas conversaban de lo sucedido.

—Querida, fuiste muy valiente— dijo la señora Grant— Yo no habría sido capaz de arriesgarme como tú lo hiciste.
—No lo pensé mucho. De lo contrario me habría negado— dijo sirviendo una taza de té y colocándola al alcance de Bridget.
—Santo cielo. Pensar que esa mujer velaba mi sueño cada noche. Pudo envenenarme en cualquier momento— dijo la señora Kay, suspirando.
—Tú no representabas peligro.
—¿Verdaderamente habías visto a esa mujer perpetrando el crimen? — preguntó Olive.
—Claro que no. Esa noche entré a Ginger y al regresar por el jardín, la mujer atacada ya estaba en el suelo— señaló— Aunque estaba sugestionándome con el hecho y veía a todo el mundo como sospechoso.
—¿Sospechaste de Richard, también? — la interrogó Eleanor.
—¡Cómo iba a pensar eso! — exclamó Jessica, que estaba más serena, pues Milton ya estaba en casa.
—Si lo pensé, amiga. Cualquiera pudo ser— ¿Por qué lo preguntas?
—Yo lo pensé por un instante, cuando mataron a la señora Page, pero conozco a mi esposo. En seguida, comprendí que él jamás podría hacer algo así.
—¿Y por qué la enfermera asesinó a esa mujer? No lo comprendo— preguntó Bridget.
—Bueno, el comisario me comentó— comenzó diciendo Stella— que la enfermera Wilson tiene una hermana que trabajó para la artista.

Cuando se enteró que la señorita Cook no iba a aceptar la herencia de ese primo lejano, pues había rencillas familiares que no podía perdonar, aprovechó el parecido y decidió apoderarse del dinero. Parece que siempre le decían lo mucho que se parecía a su jefa y las confundían. La señorita Cook, la despidió porque la sorprendió firmando un documento que ella no había aprobado. Antes de ese evento, la mujer escuchó que la artista vendría al castillo y consiguió que su hermana se colocara aquí— agregó.
—¿Pero sería enfermera, realmente? — consultó Olive, temiendo que los hubiera engañado con eso también.
—No lo sé— rio Stella— Bridget pensaba que era la mejor enfermera del mundo.
—No bromees. Todavía tengo el corazón en la mano por el pavor que me causa todo.
—¿Y cómo la asesinó? La maceta era muy pesada.
—La había movido de su sitio antes y esa noche llevó engañada a Rachel al jardín, diciendo que su anfitrión la estaba buscando. Le inyectó algún medicamento para adormecerla y haciendo palanca, sacó el jarrón de su sitio y lo lanzó sobre su cabeza. Tenía bastante fuerza, debieron ver lo que le costó a Sullivan contenerla.
—¡Qué horrible! — exclamó Olive Murphy.
—Pero si en el momento en que eso ocurrió, ella estaba en mi cuarto. Me dijo la hora, precisamente— declaró Bridget, que no entendía la situación.
—Porque había cambiado la hora del reloj mural del salón, el de péndulo.
—Te dije que el vidrio quebrado era muy raro. Lo quebró para fijar la hora que ella necesitaba para su coartada— afirmó Olive.
—¿Y por qué matar a la señora Page? — preguntó Jessica, que aún lamentaba el fatal destino del ama de llaves.
—Porque ella si la vio cometer el crimen— manifestó la dueña de casa, que había recibido toda la información del caso, del comisario Baker.
—¿Y por qué no habló con la policía? — dijo Bridget, sin comprender nada.
— Seguramente la chantajeó ¿o no? — aseveró Eleanor, que veía bajo el agua.
—Exacto. La policía encontró el anillo de esmeraldas perdido en poder de la señora Page y comenzó a atar cabos. Al parecer, no fue suficiente para ella el anillo y siguió extorsionándola, pero lo pagó caro.
— O sea, que el comisario, sospechaba de la enfermera— declaró Eleanor.
—Claro, además ella cometió un error— señaló Stella, sorprendiendo a todas con la información— Fue al Hospital a tratar de matar a Rice,

cuando falló su plan y la policía entonces comenzó a seguirla.
—¿Cómo envenenó a Rice? — preguntó Olive curiosa.
—Ese día de la cena, fue al comedor a llevar una manta— declaró la señora Kay— Ahora comprendo. Cuando se cayó mi bastón, el señor Rice se agachó y yo estuve pendiente de eso.
—Pero aún no servían la sopa— afirmó Jessica— yo recuerdo ese momento.
—Porque el veneno estaba en el vino, no en la sopa.
—Entonces la sopa no estaba envenenada— sentenció Eleanor.
—Claro que no. Había echado en la sopera un laxante muy fuerte, cuando estuvo en la cocina un momento antes. Eran unos polvos que el farmacéutico envió equivocados.
—¿Y la mujer que suplantó a la artista?
—La atraparon en Australia. La policía la encontró cuando iba a embarcar hacia América en un navío— contó Jessica, que se enteró por su amigo Jerry—. Le encontraron encima las joyas que se robaron de nuestra caja fuerte— añadió la chica— Así que espero que papá me regalé ahora el anillo que tanto sintió no darme- dijo riendo.
—¿Y la supuesta prima que reconoció el cuerpo? —preguntó Olive.
—Era la misma enfermera que se disfrazó. Parece que si tenía dotes de actriz.
—Es bueno que todo se haya aclarado— dijo la señora Kay más tranquila.
—Ya no dormía— señaló Stella— dudaba de todo el mundo. Creí en un momento que el asesino era Williams. El hizo lo posible por conseguir la llegada de la mujer a esta casa.
—¿Cómo pensaste eso? Williams es un buen chico— dijo Jessica, que lo estimaba— sólo quiso hacer su trabajo.
—Si lo sé, pero cualquiera podía ser— declaró Stella— Llegué a sospechar de Spencer.
—Bromeas— señaló Olive con gesto de lástima— Al pobre anciano lo voltea un viento fuerte.
—Pero siempre hay que sospechar del mayordomo— bromeó Eleanor.

En ese momento golpearon a la puerta y apareció Spencer. Las mujeres se miraron con gesto cómplice, esperando que no hubiera oído lo que hablaban.

—El señor Rice está aquí— anunció el anciano.
—Por favor, dígale que pase— pidió la dueña de casa, mientras Jessica se puso de pie para recibirlo.

CAPITULO XLII

Hudson ha recuperado la normalidad y los habitantes del castillo Montgomery vuelven a retomar su vida sin el temor de verse acechados por un ataque inminente.

A la casa ha llegado una nueva muchacha a cuidar a la señora Kay, recomendada por el doctor Grant, que es la mejor enfermera del mundo, según Bridget. Es una chica recatada y bastante joven. Su aire angelical le ha ganado los favores de la servidumbre y Williams al parecer se ha quedado prendado de su belleza, olvidando rápidamente a la señorita Montgomery, que ya ha definido su vida.

Jessica viene llegando del Hospital, junto a Milton que tenía que ser revisado por el doctor Evans, quien se convirtió en su médico tratante, luego de las secuelas que dejó el envenenamiento por ricina. El señor Rice, siendo un hombre joven y fuerte ha tenido una rápida mejoría, pero aún debe mantener algunos cuidados, que su novia le prodiga.

Se encuentran al entrar a la casa con una gran sorpresa.

—Tía Margot, no sabía que nos visitarías— exclamó la chica, abrazando a su tía preferida.
—Que linda que estás, muchacha— dijo tomándola de ambas manos y observándola con detención— Me imagino que este joven guapo es tu novio— añadió escrutando a Rice.
—No tan joven, señora— aclaró el hombre, sonriendo con ese gesto cautivador que enamoraba a las damas.
—Me gusta este muchacho— dijo la tía— tienes mucha suerte, hijita.
—La suerte la tengo yo, de que una mujer tan bella me ame— declaró Rice, dejando a la tía Margot más encantada aún.
—Te vas a quedar unos días, espero— afirmó la chica, tomando a la señora de un brazo y llevándola hacia dentro del salón.
—Una semana por lo menos— señaló la señora mirando los nuevos cortinajes— Vengo de visita, pero también quiero aprovechar de hablar con el Alcalde, para que organicemos una exposición de arte.
—No sabía que te interesaban esas actividades— manifestó la sobrina asombrada.
—Es por Rachel. Tú sabes que era una gran amiga y deseo que su arte sea reconocido, aquí donde tuvo su triste final.
— ¡Qué lindo gesto!, tía.
—Es lo menos que ella se merece. Era una gran artista, sus paisajes son hermosos y voy a exponer también un lienzo que le hizo a Joan.
—Excelente. Esperemos que el Alcalde Masterson coopere.
—Va a cooperar, no te preocupes— dijo la señora que confiaba en sus

habilidades de convencimiento— pero muéstrame la casa, creo que han llegado novedades.
—Siempre hay novedades en esta casa. Mi padre ha aumentado la colección de lienzos. Ven conmigo a la biblioteca— Querido, ¿Esperas aquí a papá?, le pediré a Spencer que te traiga un refresco.
—Gracias, cariño— respondió Milton, tomando ubicación en un sillón, hojeando una revista que halló en un mueble.
—La nueva adquisición de papá es un jarrón de porcelana china que es una belleza. Le pone los nervios de punta sólo que lo miren. Yo no me puedo acercar a él.
—Vamos a verlo entonces— rio la señora.

CAPITULO XLIII

En el dormitorio principal, Elliot y su esposa miraban por la ventana el parque y la laguna, con sus sauces reverenciando al agua. El señor Montgomery reflexionaba acerca de su vida.

—Qué bueno que todo se ha acabado— Esa mujer ya está purgando sus crímenes y volvemos a tener tranquilidad en la familia.
—Gracias a Dios, volvió la normalidad.
—Ahora que Jessica se casé con Rice y se vayan a vivir a Londres durante el invierno, esta casa va a estar tan vacía— se lamentó Elliot, pensando en las largas tardes de soledad que deberían soportar— Nos va a matar el aburrimiento.
—No creo que tengas tiempo de aburrirte, querido- dijo Stella, buscando las palabras precisas para comunicar a su esposo una noticia inesperada—. Vamos a tener bastante actividad.
—¿Por qué?, ¿Tendremos alguna visita, acaso? No me habías mencionado nada.
—Es que no estaba segura…
—¿De qué hablas?
—Es que va a llegar un visitante en unos meses, que se va a quedar por mucho tiempo con nosotros- señaló Stella sonriendo a su esposo y sacando desde un cajón de la cómoda un escarpín de lana color blanco, adecuado para el pie de un bebé.
—¿Hablas en serio? —preguntó el hombre alarmado— Vamos a tener un bebé a estas alturas de la vida.
—¿No te gusta la noticia? — lo interrogó preocupada, esperando su reacción.
—Me encanta. Otro hijo es lo que siempre quise, mi amor— declaró el hombre, abrazándola con cariño.
—Entonces anda preparándote para jugar con él. Va a hacer diabluras

por toda la casa— agregó anticipándose a los hechos— Vas a tener que cuidar tus objetos valiosos— dijo riendo.
—¡Mi jarrón chino! - exclamó Elliot, doblemente impactado con la noticia.

F I N